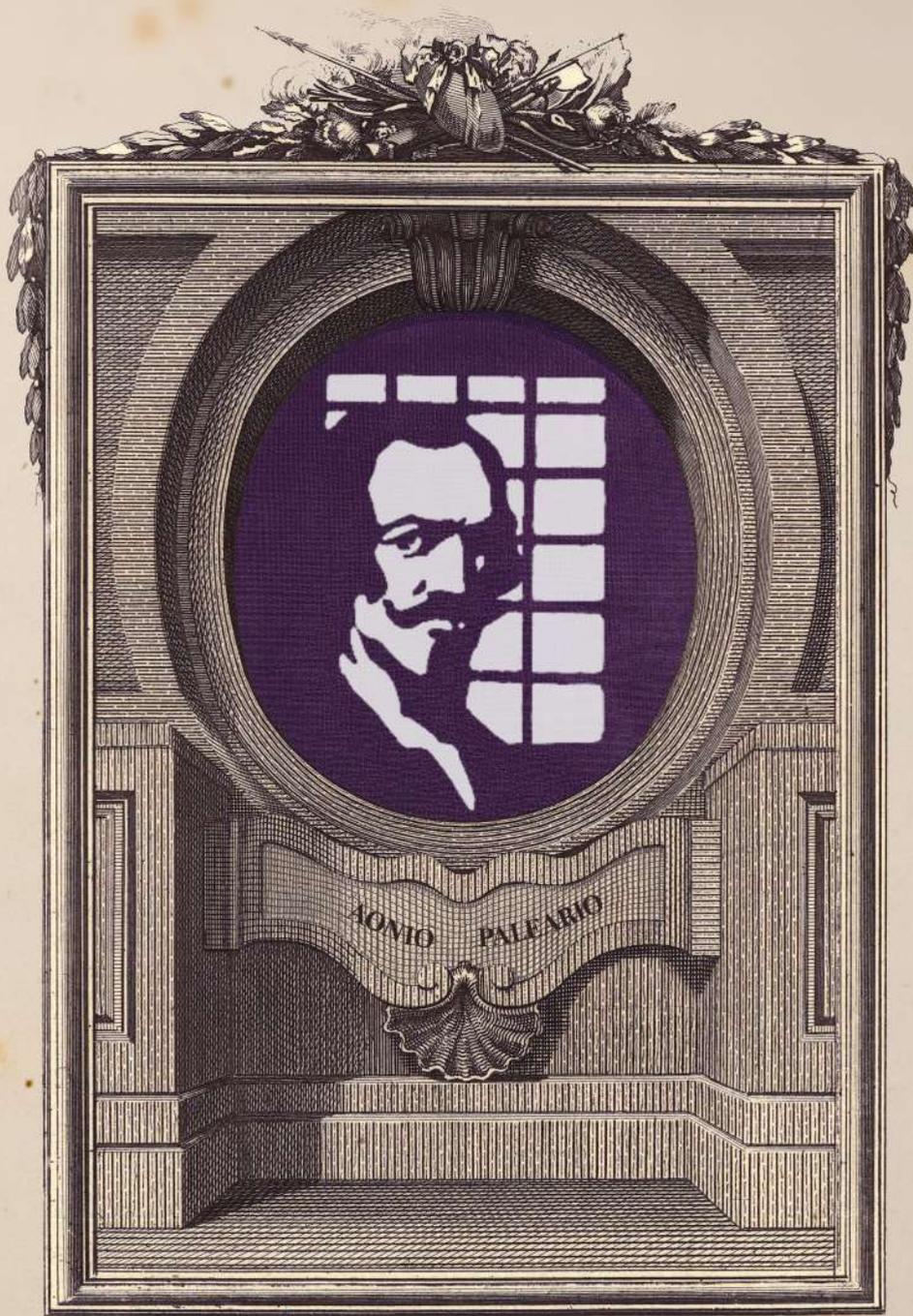


Acerca de la economía o de la administración de la casa



Edición crítica y traducción de
José García Fernández

Colección

MenforWomen. Voces masculinas en la Querella de las mujeres

Mercedes Arriaga Flórez

Daniele Cerrato

Vicente González Martín

Directores

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia

Javier Carou, Universidad de Santiago de Compostela

Irena Prosenc, Universidad de Lubiana

Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid

Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia

Rino Caputo, Universidad de Tor Vergata

Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil

Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA

Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile

Monica Farnetti, Universidad de Sassari

Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Roberto Trovato, Universidad de Génova

Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía

Julia Benavent, Universidad de Valencia

José García Fernández (ed.)

**ACERCA DE LA
ECONOMÍA O DE LA
ADMINISTRACIÓN DE
LA CASA**
Aonio Paleario

Dykinson, S.L.

2024

Acerca de la economía o de la administración de la casa
Aonio Paleario

José García Fernández (Ed.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”



Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© Introducción, edición crítica y traducción: José García Fernández
© Del Texto: Aonio Paleario

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Belén Abad de los Santos

1ª edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España

Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-955-2

ACERCA DE LA ECONOMÍA O DE LA
ADMINISTRACIÓN DE LA CASA

Aonio PALEARIO

EDICIÓN CRÍTICA Y TRADUCCIÓN

JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ

SOBRE EL AUTOR

José García Fernández es docente e investigador de Filología Italiana en la Universidad de Oviedo (España). Doctor Internacional en Investigaciones Humanísticas (especialidad en Filología Italiana) con Premio Extraordinario de Doctorado, se licenció en Filología Románica y obtuvo un Máster Universitario Internacional en Lengua Española y Lingüística. Su campo de estudio se centra en la literatura italiana de género, en la lingüística románica, en la traducción italiano-español y en la cultura siciliana. Amén de asistir a eventos de difusión científica, de mantener vinculación con asociaciones académicas de prestigio internacional y de participar en actividades de gestión y transferencia de conocimiento, el Dr. García es miembro de los Grupos de Investigación “Voces femeninas en la literatura y cultura europeas” (Oviedo, España) y “Escritoras y Escrituras” (Sevilla, España). Asimismo, forma parte del proyecto I+D+I “Men for Women”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

EL MENSAJE FILÓGINO DE AONIO PALEARIO: MODELO CULTURAL Y TESTIMONIO FILOLÓGICO DE UNA MASCULINIDAD ALTERNATIVA EN LA ITALIA QUINIENTISTA.....	7
---	---

Referencias bibliográficas	35
----------------------------------	----

OBRA

ACERCA DE LA ECONOMÍA O DE LA ADMINISTRACIÓN DE LA CASA.....	39
---	----

Libro primero	41
---------------------	----

Libro segundo	88
---------------------	----

EL MENSAJE FILÓGINO DE AONIO
PALEARIO:
MODELO CULTURAL Y TESTIMONIO
FILOLÓGICO DE UNA MASCULINIDAD
ALTERNATIVA EN LA ITALIA QUINIENTISTA

José GARCÍA FERNÁNDEZ
UNIVERSIDAD DE OVIEDO

*Convienmi, mestiere fa che
io pigli una commune difesa di tutte le donne,
avegna che migliore, e più fermo aiuto potrebbero avere,
voglio, dico io, ora tale difesa pigliare,
ché troppo bene mi dà cagione il nostro ragionamento,
che per ventura simile a pezza non mi tornerà*
Aonio Paleario (1983 [1555]: 43)

Adalid de un modelo de masculinidad discrepante de los estereotipos hegemónicos de corte patriarcal, el humanista Aonio Paleario¹ (Veroli, 1503-Roma, 1570) ejerció una enorme influencia y asumió un rol decisivo dentro del escenario literario e intelectual europeo del Quinientos (Malato, 1996, 1997; Bascagli, 2005; Fragnito, 2011; Alfano, Gigante y Russo, 2016; Ferroni, 2021)². Aunque olvidado por buena parte de la crítica literaria, D'Onorio y Gabriele (2004: 143), expertos en Paleario, no dudan en reconocer cómo este autor fue un hijo de su tiempo al encarnar todas las contradicciones y los procesos de renovación propios del hombre del Renacimiento: Paleario usaría sus textos con fines reivindicativos, presentando, de esta forma, códigos de conducta de trascendencia universal. El objetivo prioritario de este pensador era el de promulgar un modo de vida saludable e igualitario para ambos sexos (el masculino y el femenino): la

¹ También se le conoce como Antonio della Paglia o Antonio della Pagliara.

² Subráyese, a título informativo, cómo Paleario manifestaría un férreo interés por el prestigioso *Studio di Padova*, destacado centro italiano de filosofía aristotélica.

equidad de género debía ser el eje vertebrador de la existencia de todo ser humano, hecho que habría de estar en la base del comportamiento ético tanto de los pobladores de la península itálica como de quienes rebasaban sus lindes geográficas.

Dentro del marco geográfico italiano, el siglo XVI se caracterizó por la presencia de numerosos eruditos que dieron cuenta de sus posiciones filóginas³. Escritores como Lodovico Dolce o Alessandro Piccolomini evidenciaron este renovado horizonte ideológico y cultural, de ahí que buena parte de sus contribuciones hayan pasado inadvertidas o incluso hayan sido marginadas por parte de la crítica literaria y de la historia de la literatura⁴. Metáfora de la necesaria reinterpretación y de la perentoria reconstrucción de los cánones tradicionales, estas figuras romperían con los arquetipos masculinos propios de la sociedad quinientista para afrontarlos en clave de igualdad⁵. La escritura había de ser el elemento vehicular que incitase al cambio, o, lo que es lo mismo, el texto debía convertirse en una herramienta poderosa que buscara la concienciación del lector: al abordarse la virtud y la excelencia del colectivo femenino se estimulaba el respeto y el reconocimiento de los derechos de la mujer.

En este contexto, Aonio Paleario destacó sobremanera por su talante progresista y por su espíritu reformador: su adscripción a

³ Sobre el pensamiento y la cultura italiana renacentistas, y sobre las particularidades del humanismo itálico, cfr. Saitta (1961), Tateo (1974 [1967]), Kristeller (1998 [1990]: 3-96), Burckhardt (2004 [1992]) y Pastore Stocchi (2014).

⁴ Aonio Paleario habla de machismo al describir cómo existieron mujeres virtuosas que serían tachadas de indecentes, débiles o locas por culpa de pérfidos escritores cuyo único objetivo no era otro que denigrarlas mediante una deformación premeditada de la realidad. Por consiguiente, Paleario advierte: “Debbiamo, adunque, donne mie care, molto più che io non dico, temere e riverire coloro che scrivono, e per quanto l’onestà nostra permette, vedere di averli per amici, il che assai agevolmente potrà fare la gentile, discreta, e savia donna” (Paleario, 1983 [1555]: 81).

⁵ Hubo numerosos autores renacentistas que mostrarían su firme compromiso con la defensa de las mujeres: Pietro Bembo, Domenico Bruni da Pistoia o Galeazzo Flavio Capra son solo algunos ejemplos ilustrativos de intelectuales que asumieron una actitud filógina en su producción literaria. Para mayor abundamiento, véase: <<https://menforwomen.es/es/autores/siglo-xvi>> [fecha de consulta: 07/08/2022].

la Querrela de las mujeres y su denodada lucha por la implantación de la Reforma protestante en Italia lo enfrentaron al dogma de fe católico imperante en los estados itálicos de su periodo vital. En lo atinente a este punto, resáltese cómo,

no sorprende que, iniciado en 1545, el Concilio de Trento acelerase la fractura definitiva del mundo cristiano. Las aspiraciones de Paleario quedaron entonces truncadas, vista la imposibilidad de alcanzar una reforma de la Iglesia común a todos los cristianos. Aun habiendo escrito a célebres reformadores religiosos de la talla de Erasmo de Róterdam, Lutero, Calvino, Melanchthon y Bucero, la propuesta de reforma eclesiástica de Paleario nunca se puso en práctica, habida cuenta del notorio papel que en ella jugaba la población cristiana (*plebs sancta*) (García Fernández, 2020: 76).

Como se deduce de estas líneas, los intentos de Paleario por llevar a cabo una reforma religiosa, proclive a la comunidad cristiana, se verían truncados por prácticas amorales y deshonestas: sumamente crítico con la praxis católica, Paleario estimaba apremiante la supresión de la centralidad del papado de Roma en pro de Cristo como pilar del cristianismo, lo cual contravenía de manera frontal los preceptos recogidos en la Contrarreforma⁶.

Experto en Literatura grecolatina y en Filosofía, Aonio Paleario fue partícipe de prolíficos debates ideológicos que conformarían y modelarían la personalidad y el comportamiento del autor. Basta pensar en la innovadora iniciativa religiosa planteada por este intelectual para percatarse de ello (cfr. Caponetto, 1979: 73-74). Sin embargo, los jerarcas de la Iglesia católica en ningún momento estuvieron dispuestos a transigir ante una *plebs sancta* a la que se le habría de conceder un mayor protagonismo en detrimento de la jerarquía eclesiástica. La oposición de la curia romana alcanzó, de hecho, cotas insospechadas entre 1568 y 1570, arco temporal en el que se tacharía a Paleario de herético y en el que se le terminó condenando a muerte.

⁶ A este respecto, cfr. Ruggiero (1930).

Aun incitándosele a abjurar de sus principios y doctrinas, Paleario siempre se mostró fiel a sí mismo y a sus postulados: a finales de agosto de 1568, el autor sería encarcelado en la cárcel romana de Tor di Nona. No obstante, contrario a claudicar y someterse a los designios de la Iglesia católica, Paleario fue ahorcado en julio de 1570. El siguiente extracto así lo testimonia:

The Inquisition accused him of denying the existence of purgatory, disapproving of burying the dead in the churches, ridiculing the monastic life, and teaching justification by faith. He was sentenced to be hanged on a gibbet and his body to be burned. The execution took place July 4, 1570, on Ponte St. Angelo. [...] They show that he still believed the gospel story, despite all the papists' attempts to get him to renounce Protestantism (Hagstotz y Hagstotz, 1996 [1951]: 199).

Acusado de obstinada herejía por la Santa Inquisición y declarado seguidor de creencias religiosas protestantes⁷, nótese cómo a Paleario se le condenó a muerte por negar la existencia del Purgatorio⁸, por ridiculizar la vida monástica tradicional, por desaprobar el enterramiento de cadáveres en iglesias y por desafiar la doctrina de la justificación de la fe. En virtud de ello, Paleario fue decapitado y quemado públicamente el 4 de julio de 1570 en el puente Sant'Angelo de Roma, un espacio urbano cargado de simbolismo y de significado. En ese mismo emplazamiento, poco tiempo atrás, había sido ejecutado otro distinguido humanista y político italiano: Pietro Carnesecci (1508-1567), quien, junto con el fraile Giulio Maresio, pasaría a mejor vida el 1 de octubre de 1567.

Como ha quedado de manifiesto, en el ocaso vital de Paleario, este intelectual, al igual que el colectivo femenino, sufrió los rigores de la opresión social y religiosa predominante en la

⁷ Prueba de ello fueron las acusaciones formuladas por Vittorio da Firenze o las injurias proferidas por Angelo da Cremona, dos religiosos que lucharían denodadamente por truncar las aspiraciones y acciones sociales promovidas por un audaz reformador religioso: Aonio Paleario.

⁸ Aunque no se conserva en la actualidad, destáquese la obra *Della pienezza, satisfazione et sofficienza del sangue di Cristo*, donde Paleario refutaba la veracidad del Purgatorio. Se trata de un texto que evidenciaba el interés del autor por el luteranismo.

sociedad italiana quinientista. Consciente de esta situación, Paleario (1983 [1555]: 53) no duda en subrayar cómo el despotismo comunitario se palpaba con mayor intensidad en el caso de las mujeres: la honorabilidad femenina pasaba por satisfacer los intereses de los miembros del clero, quienes, reprobando a las fêmeas e impulsando el analfabetismo femenino, conseguían su verdadero propósito, esto es, favorecer la desigualdad de género para convertir a las mujeres en exaltadas piadosas, en fervientes “súbditas” al servicio de Dios. En relación con la instrucción y educación femeninas, el historiador Caponetto reconoce que *Dell'economia o vero del governo della casa* es:

[L]a prima opera della nostra letteratura didascalica, nella quale le donne sono le protagoniste di un dibattito sulla loro condizione nella società contemporanea, affrontando la questione scottante del matrimonio e della vita della coppia. [...] Partendo dalla premessa dell'uguaglianza dei sessi per la medesima identità spirituale e della necessità del matrimonio per l'uomo, [...] e per la donna, affinché esca dalla tutela dei genitori e manifesti la sua personalità nella famiglia da costruire giorno per giorno, le quattro donne [protagoniste] discutono, con diversità di accenti e di opinioni, dell'educazione della fanciulla e della scelta dello sposo in termini inconsueti rispetto alla vasta letteratura cinquecentesca sulla questione femminile (Caponetto, 1983: 10).

El impacto de las afirmaciones de Caponetto es notorio, pues saca a la luz el inconmensurable valor de *Dell'economia o vero del governo della casa*, considerado, además del primer volumen adscrito a la literatura didáctica italiana, el tratado más representativo de la producción escrita de Paleario⁹. Fechado en agosto de 1555 y ambientado en Siena (Toscana)¹⁰, el libro se concibió como la continuación de un texto precedente, actualmente perdido, cuyo título era *Governo della città*. La trama narrativa de *Dell'economia o vero del governo della casa*

⁹ Sin menoscabar la repercusión de su obra *L'actio in pontifices romanos* (1566).

¹⁰ En relación con la cultura y sociedad sienesas del Quinientos, cfr. Mauriello (1971: 26-48).

se nutre de inmanentes fuentes clásicas¹¹ y se escribió en forma de diálogo, singularidad, esta última, que favorecería la reflexión activa entre los personajes de la historia:

El carácter innovador del volumen de Paleario se percibe en el esbozo de las protagonistas del relato, quienes debaten entre ellas, a solas, sobre cuál es el estatus de las mujeres antes y después del matrimonio. Si se atiende a esta particularidad estilística, llama la atención cómo las mujeres son las protagonistas exclusivas del relato, sin mediación de ningún hombre en el desarrollo del debate (García Fernández, 2022: 144).

Esta manera de hilvanar las ideas se basaba en razones puramente pragmáticas: la reinterpretación y la puesta en práctica de cánones masculinos y femeninos en pie de igualdad, cimentados en un fecundo y continuado intercambio de opiniones entre mujeres que hallarían en la sororidad un instrumento de transformación y de poder¹². Paleario se propuso así brindar un soporte eficaz y útil para el colectivo femenino, reflexionando, a tal efecto, acerca de los roles, cometidos y atributos de género asignados a hombres y a mujeres:

Per seguire, adunque, quello che avevamo già incominciato, dico, che il principio, il mezzo, il fine, di questo nostro reggimento e governo, tutto nasce, consiste, ha compimento da questa compagnia dell'uomo e della donna, che noi dicevamo, e perciò meraviglia esser non vi dee, se di loro ragionando buona pezza di tempo dimoriamo in considerare quello, che all'uno e all'altro si conviene (Paleario, 1983 [1555]: 59).

¹¹ Piénsese, a título ilustrativo, en Aristóteles, Cicerón, Homero, Jenofonte, Marco Juniano Justino, Platón, Plinio, Plutarco, Suetonio, Tácito, Tito Lucrecio Caro o Valerio Máximo. Asimismo, algunas partes de la trama remiten a la producción de las tres “coronas florentinas”, esto es, a las obras de Dante, Petrarca y Boccaccio. Por último, desde un prisma religioso y social, además de hacerse alusión a la Biblia, cabe señalar cómo las referencias a Erasmo de Róterdam son clave en el texto, hecho que demuestra cómo los planteamientos ideológicos de Paleario eran afines al erasmismo.

¹² Sobre la aportación de la mujer a la construcción, a la deconstrucción y a la redefinición del humanismo, cfr. González Martín *et al.* (2019).

Paleario pone de relieve cómo el mando y el gobierno femeninos se forjan a partir de la compañía entre hombre y mujer. Sin embargo, como reza en el título de la obra, en *Dell'economia o vero del governo della casa* no solo se habla de la trascendencia de la mujer para el bienestar y el porvenir del hogar. De forma argumentada e incorporando una perspectiva de género, también se someten a debate las singularidades que definen el matrimonio y la vida conyugal de pareja, se delibera sobre el papel de las mujeres en el siglo XVI e incluso se debate acerca de la identidad espiritual y antropológica de los hombres y mujeres en la sociedad italiana del Quinientos.

A tenor de lo expuesto, cabe señalar cómo el estudio filológico de *Dell'economia o vero del governo della casa* –cuya traducción al castellano aparece justo a continuación de esta edición crítica¹³– se revela imprescindible: el análisis del tratado de Paleario arroja datos precisos, cuantiosos y de suma pertinencia para conocer las convicciones y los esquemas de pensamiento del autor, testimonio clave de una masculinidad no hegemónica vinculada a la *Querelle des femmes*. Así pues, eje vertebrador del diálogo inserto en la trama narrativa, la consagración de la paridad de género pone el foco en la importancia de actuar de modo proactivo y coherente. Paleario promueve el sentido crítico y usa el texto como elemento de refuerzo positivo en beneficio de las mujeres. Al igual que para otros coetáneos (cfr. Dialetti, 2011: 1-23), la observación atenta del binomio hombre-mujer fue determinante para Paleario: el examen pormenorizado de las conductas tradicionalmente masculinas y femeninas resultaba ineludible si el autor deseaba justificar, ser convincente y refrendar sus propuestas de cambio:

[Se uomo e donna] [s]ono amendue nati del medesimo sangue, da medesimi parenti discesi, hanno da una massa di carne amendue la carne medesima, da un medesimo creatore amendue l'anima con uguale potenza creata. Di tutti gli animali solamente

¹³ Para realizar la traducción al español de *Dell'economia o vero del governo della casa*, nos hemos servido de la edición del texto publicada en Italia en 1983 por la editorial Leo S. Olschki Editore (cfr. Paleario, 1983 [1555]).

l'uomo ama con differenza i figliuoli. Che mentecataggine più biasimevole di qualsivoglia bestialità è questa sì pazzamente e senza ragione lasciarsi da non so che falso appetito traviare? (Paleario, 1983 [1555]: 87).

En este fragmento Paleario apela a la igualdad entre hombres y mujeres desde el preciso instante del nacimiento: poco importa si los hijos son niños o niñas, dado que todos ellos descienden de los mismos padres y son de la misma carne. Además, la naturaleza del alma de los hombres y mujeres es, asimismo, fruto de un mismo creador, habida cuenta de que los seres humanos son proyecto y obra de Dios¹⁴. A raíz de estas declaraciones, no cabe duda de que la equidad entre los sexos había de ser una máxima a respetar bajo cualquier circunstancia. Paleario se preguntaría entonces por qué los hombres, concedores de estas particularidades vitales, se comportaban como si fueran ajenos a ellas y se decantaban por una educación diferenciada –y excluyente– en función del sexo del individuo. Crítico con este modo de actuación, Paleario tacharía la actitud del ser humano de bestial y deplorable, pues, al obrar de manera fanática e insensata, el hombre se dejaba corromper por su sed de poder en lugar de priorizar la armonía entre los sexos.

Atento a la idiosincrasia humana, Paleario dividió en dos libros el ilustre tratado *Dell'economia o vero del governo della casa*: en el primero aborda las características inherentes a la vida prematrimonial (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 33-70). El texto da cuenta de la relevancia del colectivo femenino en el ámbito doméstico y analiza el rol social asumido con frecuencia por hombres y mujeres¹⁵. De todas formas, se pone especial énfasis

¹⁴ En relación con el concepto de alma durante el humanismo y el Renacimiento, cfr. Olgiati (1924).

¹⁵ En la obra se menciona incluso el significativo alcance de contraer nupcias con hombres de alto nivel social, una visión patriarcal del matrimonio que consideraba perentorio encontrar un varón de buen linaje para asegurarse un fructífero porvenir familiar: “Egli è ben vero, che alla donna sta bene, potendosi fare, che pigli marito di più alto legnaggio, perché i figliuoli che di lei nascono, l'insegna, il nome della casa dal padre pigliano” (Paleario, 1983 [1555]: 61). Poco después, haciendo partícipe al lector de la alegría que supone el nacimiento de una niña en vez de un varón (igualdad de género), Paleario retoma esta cuestión en la trama al afirmar: “Avendo voi figliuola potremo

en el modo de actuar de las féminas, acostumbradas, en su mayoría, a secundar los planteamientos y las actitudes promovidas con fuerza y dinamismo por el patriarcado¹⁶. La cosificación del cuerpo femenino es un claro síntoma de esta realidad:

Dee medesimamente il gentiluomo cercare che la fanciulla sia aitante, bella e pro' della persona, di viso di bellissimi liniamenti dilicato, gentile, onesto, d'ingegno pronto e leggiadro, perciocché i figliuoli il più delle volte pigliano le fattezze, le sembianze, le maniere dalla madre (Paleario, 1983 [1555]: 62).

El campo de la genética desempeñaría un papel determinante en el desarrollo y vida de los infantes, de lo que se deduce la trascendencia para los varones de desposar mujeres honestas, educadas, gráciles y bondadosas. En la obra se evidencia igualmente la importancia de que los hombres encontraran una mujer alta, hermosa, de facciones delicadas y de bonito rostro, conscientes, en el fondo, de que los hijos tienden a heredar estos rasgos y atributos de la madre¹⁷. No obstante, a este hecho se une la falta de libertad de las mujeres a la hora de escoger a su futuro marido, una elección cuyo peso en verdad recaía casi siempre en manos de los padres:

Il savio padre e la discreta madre molte cose andranno seco rivolgendo col pensiero, qualora faranno la elezione del miglior partito, nel quale, come poco dinanzi dicevamo, cerchino di

meglio del mondo a tale gentiluomo maritarla, che l'insegne e il nome della famiglia pigli colla eredità; quanto, adunque, è da falsa credenza ingannato chiunque per la figliuola nata meno s'allegra, lasciolo al buon giudizio vostro, se quasi maggiori acconci avere possiamo non avendo figliuoli maschi, che avendoli" (Paleario, 1983 [1555]: 88).

¹⁶ A este escenario se contraponen las mujeres de talante más progresista, quienes, aun siendo una minoría, lucharon por la difusión y el arraigo de sus ideas y valores sociales. Para más información al respecto, cfr. Paleario (1983 [1555]: 46-48).

¹⁷ Paleario era contrario a este planteamiento: visto que las apariencias engañan, el autor piensa que toda joven habría de centrar sus esfuerzos en embellecer su alma y no tanto en atender la belleza y el cuidado corporales (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 82-83).

sodisfare più che possano allo'ngegno, alla natura, all'opinione, da che puramente la giovane è tirata, la quale, se per ventura convenevole non fosse, potrà la madre e il padre con l'autorità che hanno e con vere e con colorate ragioni, piegarla alla volontà loro, e tantosto darle compagno appo il quale lieta e felicemente ci viva (Paleario, 1983 [1555]: 70).

Como se explica en este extracto, el padre y la madre eran quienes reflexionaban con detenimiento y atención sobre cuál podía ser el mejor compañero de vida para sus hijas, atendíéndose, para ello, a las cualidades, a las capacidades y a los valores personales de la joven en edad casadera. Los progenitores debían evitar a toda costa que sus descendientes se casaran con un mal partido, de ahí que su cometido fuera crucial en cuanto determinaba el éxito o la desdicha del futuro conyugal de sus vástagos. Aun así, conviene señalar que la Toscana quinientista estaba muy avanzada respecto de otros enclaves itálicos, ya que las madres, al advertir a sus hijas sobre la necesidad de desposarse, las incitaban a dirigir su atención hacia la búsqueda de un hombre que reputasen un buen partido y digno de ellas (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 65).

Elegido el marido y contraídas nupcias, en el segundo libro de *Dell'economia o vero del governo della casa* Paleario se detiene en los cometidos masculinos y femeninos esenciales e intrínsecos a todo vínculo matrimonial (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 71-104). Más allá de enunciarse los deberes de la mujer para con el esposo y su familia, Paleario apelaría a la fuerza de la sororidad. El autor exalta las virtudes de forjarse amistades femeninas que sirvan de apoyo para resistir el paso del tiempo, máxime si se tiene en consideración que una sólida alianza entre mujeres reportaría pingües beneficios para el conjunto del colectivo femenino: “Ora è il tempo che le buone e care compagne si può guadagnare, percioché bisogno è alla donnesca vita avere con chi tai volte il giorno si possa diportare” (Paleario, 1983 [1555]: 74).

Aun así, Paleario también reflejaría en el texto cómo el matrimonio y la rutina connubial eran en cierto modo una vía de escape para las mujeres, quienes, huyendo de la tutela de sus progenitores, tenían entonces ocasión de conformar su propia personalidad y de construir su propia familia:

La buona fanciulla, avvezza alli continovi servigi della dura madre, racchiusa lungo tempo nel picciolo circuito delle più remote stanze, per la tua venuta vede la desiderata libertà e, rozza e semplicetta, incomincia a conoscere i dolci pensieri d'amore, accesa dal disio del caro giovane che per compagno e guida da te le è dato, per te parimente il giovanetto, lasciando gli errori del corrotto mondo, a miglior vita si reca (Paleario, 1983 [1555]: 72).

Habituadas a satisfacer las demandas maternas y a ver sus quehaceres cotidianos acotados a las estancias del hogar de sus progenitores, las mujeres solían asociar el matrimonio con un estado vital de libertad. Las jóvenes pensaban que su futuro esposo las libraría de la rutina y de la monotonía familiares: el enlace matrimonial despertaba en las mujeres un sentimiento de anhelo y deseo, de ahí que se mostrasen ávidas de encontrar un buen marido. Desde la óptica actual, esta percepción no deja de ser un tanto reduccionista en cuanto que limita el ámbito de actuación de las mujeres a una esfera notablemente restringida: las jóvenes abandonaban el “nido paterno” para, una vez instaladas en su nuevo núcleo conyugal, pasar a dedicarse de lleno a la intendencia doméstica y al cuidado familiar¹⁸.

Sin embargo, en lo tocante a este asunto, cabe notar cómo Paleario dio voz y visibilidad a las mujeres mediante la creación de cuatro insignes personajes femeninos: Francesca y Cassandra Spannocchi, Aurelia Gualandi Bogino y Porzia degli Agazzari, protagonistas cuyos debates y cuyas reflexiones personales en torno a la educación de la mujer y a la elección del futuro

¹⁸ Ante esta tesitura, no sorprende que a veces la muerte del esposo se considere el verdadero momento en el que se alcanza una incontestable igualdad de género. Si bien en *Dell'economia o vero del governo della casa* se aboga por la equidad, Paleario expresa cómo en múltiples ocasiones las mujeres debían esperar al fallecimiento de sus maridos para llevar las riendas de su vida y dirigir el patrimonio familiar. Sobre esta cuestión, adviértase: “[M]orendosi il marito, e rimanendo la donna, potrà ne' bisogni più prontamente dire le sue ragioni e difendere la roba delli eredi, pregare i parenti, gli amici, lamentarsi appo Dio, appo gli uomini, quando torto le fosse fatto” (Paleario, 1983 [1555]: 78).

marido¹⁹ arrojan una plétora de opiniones y experiencias de encomiable valor. Paleario convierte el tejido narrativo de *Dell'economia o vero del governo della casa* en una trama innovadora al tratar la cuestión femenina desde un prisma inusitado (filógino), pero también al acoger múltiples y diversos planteamientos sociales femeninos –algunos de ellos afines al patriarcado– secundados por las mujeres durante el siglo XVI. Dentro del contexto literario quinientista, el alcance de este retrato femenino encuentra su expresión álgida en fragmentos como el siguiente:

Questi tai biasimi hanno fatto sì che molti e molti anni gli avedimenti del viver civile non solamente utili, ma necessari, hanno avuto bando dal mondo, e quelle donne vie più stimate sono state, che erano più monne pecore, come se il sapere e l'intendere fosse male e l'ignoranza, madre e produttrice di tutti i vizii nelle donne molto commendar si dovesse; [...] [c'è] una cosa molto e molto necessaria che volev'io dire, che non so come l'avessi trapassata: con quanta sollicitudine e aviso debba la giovane donna guardarsi, andando alle chiese, alle feste, di non mostrare leggerezza, o pensier vano (Paleario, 1983 [1555]: 75-76, 79).

Como se percibe en este extracto, Paleario critica con severidad las actitudes opresivas de la sociedad toscana quinientista: en el texto se evidencia cómo las mujeres más ensalzadas por el patriarcado y por el clero eran las que, al comportarse como “pecore”, se mostraban devotas, dóciles y

¹⁹ El texto subraya que el caso específico de las viudas escapa al control individual femenino: se estima que estas mujeres han asumido el modo de vida y los hábitos propios de su difunto marido, de donde se ve en ellas a sujetos “incapacitados” y “peligrosos” para adaptarse a las costumbres de un nuevo esposo o a la rutina de un núcleo conyugal diferente (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 61). Esta concepción ideológica tiene un claro trasfondo patriarcal: se favorece que los hombres contraigan nupcias con mujeres jóvenes, esto es, con féminas “moldeables” y “manejables”. No obstante, dentro de esta línea de actuación, las viudas cuyos esposos habían fallecido con relativa prontitud representaban una excepción, pues su esquema de vida aún era fácilmente “corregible” al no haber tenido ocasión de adaptarse por completo a la vida conubial de su recién quebrado matrimonio (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 62).

serviles ante los demás²⁰. No obstante, en la trama también se recoge cómo las mujeres, aun pudiendo ser más sabias que los hombres, bajo ningún concepto debían exhibir su encomiable erudición ante los varones²¹. A decir verdad, en este último supuesto, cabía notar cómo la mayoría del colectivo femenino, en caso de instruirse, recibía una formación de carácter prevalentemente humanístico:

Piacemi con tutto ciò che, venuta che sia la giovanetta nell'età che darle s'aviene compagno, possa liberamente in casa con l'altre fanciulle sue pari fare ta' volte una danzetta, cantare al suono d'un liuto, o d'una viuola, o d'altro stromento; concedasi che legga, intenda, tenga a mente alcuna canzone, o ballata, o sonetto, di messer Francesco Petrarca. Nel qual tempo vorrei che il padre e la madre le facessero più festa del solito e mirassero accortamente, qual sia lo 'ngegno della figliuola, in che abbia volto l'animo, o alle ricchezze, o alla nobiltà, o alla gloria delle lettere (Paleario, 1983 [1555]: 64).

Centradas en el periodo en que toda mujer había de buscarse un futuro cónyuge o acompañante de vida, estas líneas ponen de manifiesto cómo las mujeres parecían solo aptas para participar de “la gloria de las letras”: en *Dell'economia o vero del governo della casa* se promueve una formación de tipo musical e incluso se alude al baile como fuente de enriquecimiento social y personal. Sin embargo, este razonamiento no se hace eco de la importancia del tejido femenino para el progreso y el desarrollo

²⁰ En definitiva, se hacía apología de la ignorancia y del analfabetismo femeninos. Por esta razón, contrario a los preceptos de la Contrarreforma, Paleario temía que el dogmatismo opresor de naturaleza teológica acabase por minar la confianza y las expectativas de las mujeres: “[T]emendo che per il costoro sgridare perderemo la fatica di modo che invano saranno stati i nostri ragionamenti se a così fatte persone si presterà fede, le quai subito, nemiche della verità, biasimeranno le nostre leggi, perseguiranno i nostri avvisi, parleranno apertamente contro di noi” (Paleario, 1983 [1555]: 76).

²¹ En *Dell'economia o vero del governo della casa* se debate incluso sobre los límites de conocimiento que habrían de aplicarse al colectivo femenino. Piénsese, a título ilustrativo, en las siguientes palabras de Cassandra, protagonista del relato: “[B]isogna che qualche termine poniamo allo 'ngegno donnesco, ché, a mio giudizio, non istà bene alle giovani donne ogni cosa voler intendere, voler leggere ogni libro” (Paleario, 1983 [1555]: 76).

de las ciencias puras y naturales, campo del saber vinculado hegemonícamente a los hombres y, por consiguiente, al colectivo masculino²². Si nos retrotraemos al periodo vital de Paleario, conviene destacar que ya hubo mujeres cuya amplitud de miras superó los confines ideológicos propios del siglo XVI. La veneciana Moderata Fonte (1555-1592) da cuenta con especial incidencia de esta compleja tesitura en la primera parte de la segunda jornada de *Il merito delle donne*, donde,

lejos de centrarse exclusivamente en aspectos de tipo humanístico, rompe con el cliché impuesto a las mujeres de su época al demostrar por escrito su profundo saber científico en disciplinas tales como las ciencias físicas, las ciencias de la tierra y las ciencias de la vida (García Fernández, 2019: 75).

Excluidas las contribuciones de las escritoras y de los autores defensores de la instrucción femenina, nótese cómo el pensamiento mayoritario quinientista reducía los quehaceres cotidianos de las mujeres a la realización de las tareas domésticas²³. Estos argumentos misóginos, contrarios a los planteamientos éticos e ideológicos de Paleario, serían refutados por el autor al dejar constancia de cómo el colectivo femenino era central e indispensable para el conjunto de la ciudadanía. Cabe subrayar cómo la decidida lucha de Paleario en pos de la equidad

²² Esta situación llevaría, en la práctica y con el paso del tiempo, a la proclamación del Día Internacional de la Mujer y de la Niña en la Ciencia, decisión que sacaría a la luz cómo esta discriminación de índole sexista sigue vigente –aunque no siempre en la misma medida– en las diversas sociedades contemporáneas. Léase la Resolución A/RES/70/212, de 22 de diciembre de 2015, de la Asamblea General de las Naciones Unidas: <https://www.un.org/en/ga/search/view_doc.asp?symbol=A/RES/70/212&Lang=S> [fecha de consulta: 12/08/2022].

²³ Por lo que concierne al ciclo femenino de la vida, a las normas comportamentales y a las prácticas vitales de este colectivo, cfr. Murphy (2001: 15-47). Bajo este marco, y en línea con la noción renacentista de “mujer” (Maclean, 1980), señálese cómo hubo igualmente féminas que, aun peleando contra sus propios beneficios, defendieron cánones conductuales afines al patriarcado. El texto de Paleario destapa esta cruda realidad al afirmarse cuanto sigue: “[U]mili e ubbidienti loro [gli uomini] ci bisogna e per costituzione delle riverende leggi che ad altro non riguardano, che all’universale e commune bene” (Paleario, 1983 [1555]: 42).

de género mostraría a los varones no solo como sujetos políticos²⁴ o como paterfamilias intransigentes, sino también como individuos dotados de emociones y sentimientos que habrían de saber expresar sin temor, con confianza y rotundidad: “Senza dubbio così amorevoli gli uomini delle donne si debbono mostrare, come esse a’ loro uomini si mostrano ubbidienti” (Paleario, 1983 [1555]: 44). El prototipo de hombre defendido a ultranza por Paleario se erigía, por tanto, en modelo de masculinidad alternativo. Aun confiriéndosele al varón un cierto grado de hombría²⁵, esta habría de estar alejada de una representación hiperbólica de la virilidad:

[D]ico che mestiere fa che egli riserbandosi una grandezza, dirò degnità virile, così tratti la sua donna come ella a lui fosse uguale o superiore, la qual cosa gli antichi nostri, bene e saviamente si dicono avere avisato, quando volleno, che noi donne loro fossimo chiamate (Paleario, 1983 [1555]: 56).

Confiriendo a la igualdad de género una función medular, Paleario resalta cómo una virilidad contenida podía convertirse en un bien supremo, hecho que implicaba ganarse la estima de las mujeres mediante el cariño y la cortesía de los hombres hacia ellas. La relevancia de que los varones adoptasen un comportamiento acorde con este ámbito de actuación pone de manifiesto cómo el autor de la trama también alude en el texto a

²⁴ Esta percepción cívica remite a los planteamientos refrendados por Nicolás Maquiavelo. En concreto, nótese cómo “[i]n rinvio a Platone, Machiavelli sottolinea la necessità di regolare i rapporti fra individui in vista dell’ordine civile. Ecco perché non solo è possibile parlare di educazione laica, ma necessario è anche cogliere la valenza educativa politica del discorso machiavellico. Malgrado Machiavelli sia estremamente interessato a capire quali siano le possibilità individuali dell’uomo e che cosa sia sostanzialmente l’individuo, tutta la sua attenzione punta al problema di come debba agire l’individuo considerato come uomo politico di successo”. Cfr. Caputo (2005: 32) y Batkin (1992: 288).

²⁵ Sobre este particular, Paleario apunta: “[Q]ualora in presenza di brigata sia, dee serbare una certa grandezza che agli uomini è dicevole, né in veruno atto, né con fatti, né con parole mai passare il segno dell’onestà, e fare che la giovanetta s’avvezzi colle straniere persone, udendo cosa non sia onesta, di subito a vergognarsi, di subito di rossore a coprire le guancie, di subito a porre gli occhi a terra senza punto poterli indi levare” (Paleario, 1983 [1555]: 85).

las obligaciones y actitudes esperables de todo hombre para con su esposa. Y si bien la capacidad de raciocinio seguía intrínsecamente ligada al colectivo masculino, Paleario impulsa en *Dell'economia o vero del governo della casa* un arquetipo de hombre afectivo que, no por ello, habría de renunciar al desarrollo de su ingenio ni habría de separarse del ejercicio de sus funciones resolutivas²⁶. Piénsese en este supuesto:

Suole ancora il savio marito molte volte, per non contristar la donna, fingere di non vedere molte cose, che a lui non sodisfano, [...] mostrarsi crucciato oltre modo, turbarsi fieramente, far sembiante di non trovar luogo, accioché la donna molte cose pensi, e conoscendo qual sia l'anima del marito, incominci a tenere altra maniera (Paleario, 1983 [1555]: 56).

Este fragmento pone de relieve la capacidad de adaptación de los varones a un marco normativo determinado: con audacia, astucia y compostura, los hombres sabios debían ser capaces de hacer notar a sus esposas cuáles eran los actos y las actitudes que reprobaban en ellas. Para lograrlo, los hombres habían de mostrarse turbados, pesarosos y desencajados, un comportamiento que emplazaría a las mujeres a actuar de un modo diferente, concedoras, por otro lado, del carácter y de los valores éticos y morales de sus respectivos esposos. En cualquier caso, el revolucionario proyecto antropológico de Paleario (1983 [1555]: 54) significaba asumir el compromiso masculino de ser leales a las mujeres, de hacerlas sentir cómodas y de ganarse su respeto a través de una conducta irreprochable²⁷. En consecuencia, todo hombre habría de estar dotado de un talante

²⁶ En la obra de Paleario se hace referencia a la novena *novella* de la IX jornada del *Decamerón*, texto en el que Boccaccio, en un alarde misógino, advierte sobre la importancia de que los varones sepan imponerse ante las mujeres para que estas no excedan nunca las convenciones y los límites sociales esperables para el colectivo femenino (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 55, nota 61).

²⁷ Es más, Paleario (1983 [1555]: 61) aconseja a los hombres que, renunciando a su avaricia, se comporten de manera modesta, honorable y decente a la hora de elegir a su futura cónyuge.

noble, natural y bondadoso para consolar, escuchar y comprender a las mujeres y esposas si así resultaba menester²⁸.

Este cometido masculino –o, para ser precisos, esta ineludible obligación de los hombres²⁹– entraba en relación directa con la abnegación femenina: las mujeres, veneradas y apreciadas por los varones, debían ser condescendientes con ellos, una dinámica de *quid pro quo* que reforzaba un ejercicio de equidad entre los sexos. De todos modos, como se ha advertido, la sociedad quinientista italiana, amparándose en un moralismo social de corte tradicionalista, aún consideraba esencial que las mujeres se ocupasen de las tareas del hogar: Paleario hace alusión a las aptitudes femeninas para el buen desarrollo de la intendencia doméstica, tarea que el patriarcado había asignado al colectivo femenino por inercia y de forma automática. Destáquese cómo este modelo social patriarcal se transmitía esencialmente de madres a hijas, residiendo, de hecho, en las progenitoras el grueso de la educación de sus sucesoras:

[A]lle madri si conviene alcuna compagnia di savie donne alle fanciulle trovare, e dalla infanzia nella vaga puerizia tratte, sotto riverenda maestra fare che steano, le quali quello che loro si conviene l'insegnino che a gli mestieri donneschi fanno bisogno, oltre a quello che dalla madre imparano, colla quale vogliamo che stea più lungamente (Paleario, 1983 [1555]: 96).

Arraigadas en la tradición popular, estas costumbres arrojan datos que enmarcan y definen los patrones conductuales de la

²⁸ Este marco de actuación también era aplicable a las mujeres, cuyo afecto, cuyas capacidades y cuyos buenos modales se revelaban primordiales para alcanzar un fructífero futuro de pareja. Sin embargo, a fin de evitar los celos del esposo y la oposición de la familia, las mujeres debían prestar especial atención a su comportamiento público con objeto de preservar en todo momento su honorabilidad y su reputación. En ocasiones, este hecho derivaba en actitudes femeninas anómalas, habida cuenta de la constante necesidad de salvaguardar el propio estatus y dignidad personales (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 79-80).

²⁹ En realidad, como indica el propio Paleario (1983 [1555]: 68), un hombre asumía un comportamiento adecuado solo si satisfacía plenamente dos obligaciones: ganarse el sustento de forma digna y actuar con decencia y compostura a cada instante.

Italia del siglo XVI. De la misma manera que los padres eran considerados un modelo clave y fundamental en la transferencia de saberes ancestrales a sus hijos varones³⁰, las madres, por su parte, debían asumir igualmente cuantiosas responsabilidades: conseguir que sus hijas se codeasen con ilustres y selectas compañías desde su más tierna infancia hasta su juventud, proporcionarles una maestra eficiente y respetable, enseñarles las labores domésticas y transmitirles aprendizajes maternos de gran calado para el futuro. Hecho esto, las progenitoras se aseguraban el buen porvenir de sus hijas, las cuales, al convertirse en madres, terminarían a su vez por ser partícipes activas de esta cadena de engranaje social.

No obstante, en *Dell'economia o vero del governo della casa* se reinterpreta el arquetipo patriarcal femenino desde una ética de corte filógino: Paleario (1983 [1555]: 38) señala que las mujeres representan la semilla de la que germina el árbol de la vida. Sobre esta base, el autor evidencia cómo el virtuosismo femenino, la implicación de las mujeres en la crianza de los hijos³¹ y su capacidad para gestionar y llevar las riendas del hogar se convierten en factores elementales en el desarrollo de todo núcleo familiar competente³². Por este motivo, considerado el papel

³⁰ Por tanto, “convenevole cosa è adunque che i figliuoli dalla madre, ma molto più dal padre e da altri gentiluomini, piglino le maniere e il parlare; [...] a' padri mestiere fa che cerchino alcuni, da' quali i figliuoli le scienze apparino” (Paleario, 1983 [1555]: 96).

³¹ Haciendo una descripción pormenorizada de los roles familiares (padre, madre e hijo), Paleario (1983 [1555]: 94-95) no duda en apuntar cómo los padres también debían cuidar y educar adecuadamente a sus hijos: atenderlos era, por ende, una norma de obligado cumplimiento. De lo contrario, si los progenitores menospreciaban o abandonaban a su suerte a sus propios descendientes, los vástagos tenían la potestad de renegar de sus padres. El autor así lo reconoce: “[P]oca obligazione, secondo il giudizio de' valenti uomini, dovrebbero avere i figliuoli alla madre e al padre, se nati, che sono, o dopo i primi alimenti, altri beneficci non ricevevano da loro [dai genitori], anzi dolore più tosto se ne potrebbero, se per trascuraggine di essi ignoranti, e male allevati fossero” (Paleario, 1983 [1555]: 95).

³² Mención aparte merece el trasunto de la lactancia materna, explicada de forma crítica y con todo lujo de detalles por Paleario en el segundo libro de *Dell'economia o vero del governo della casa* (cfr. Paleario, 1983 [1555]: 88-90). Véase también el tratamiento de esta cuestión en: García Fernández (2022a: 122-138).

basilar de las mujeres para el bienestar y para la prosperidad de la familia, se cree que la administración de la casa constituye un “piccolo regno” femenino, un dominio cuya trascendencia social repercute de forma directa y significativa en el crecimiento, avance y estabilidad de la familia en su conjunto (cfr. Caponetto, 1983: 10; Paleario, 1983 [1555]: 42). En todo caso, conviene subrayar que dicho “reino menor” se complementaría con el “reino mayor”, asociado, este último, al gobierno de la ciudad y al colectivo masculino:

[C]onviensi al re, prenze o signore, per elezione, o poco tempo o molto avanti fatta da' suoi cittadini, sostenere il peso che la città viva ordinatamente, così conviensi alla gentile donna, eletta dal marito come atissima a questa bisogna, pigliare il carico che la sua casa con ordine si governi, ma quanto il luogo regio è più glorioso, cotanto quest'altro più agevole e sicuro, laonde varie opinioni sono cadute nelle menti degli uomini (Paleario, 1983 [1555]: 39).

Mientras al “rey” –o, lo que es lo mismo, al “hombre”– le correspondía hacerse con el control de la ciudad para lograr que en ella se viviera de manera cívica y ordenada, a la “reina” –esto es, a la “mujer”– le concernía el gobierno y la administración de la casa para asegurarse la cohesión y la armonía familiares. El correcto y adecuado ejercicio de ambos “gobiernos” acrecentaba la honorabilidad de los lugares tutelados (la ciudad, el hogar), de donde la aportación de los hombres y las mujeres se revelaba medular para el porvenir de la sociedad a nivel colectivo e individual³³. En cualquier caso, este modelo de gobernanza no estuvo exento de críticas, tal y como se refleja en el siguiente extracto:

[A]vete, se le vostre parole ho ben raccolte, il governo del maggior regno assegnato agli uomini, e del picciolo, che così chiamavate il nostro, alle donne. Come può essere questo? A cui

³³ Promotor de la urbe como escenario básico para el apropiado desarrollo de la vida social y política, Paleario (1983 [1555]: 102-104) también subraya la importancia de la ciudad como espacio urbano para las mujeres, reputándolo un enclave cívico esencial para un correcto desempeño vital femenino.

più conviensi l'essere capo di sua famiglia che all'uomo? A cui l'aver cura di essa, e il sapere le sue rendite dispensare, che bastino alle spese del lungo anno, e serbarne alcuna parte che alle doti delle figliuole possano supplire? (Paleario, 1983 [1555]: 42).

Como se deduce del texto, la trama narrativa cuestiona el rol conferido a las mujeres, a las que, desde una perspectiva misógina, pareciera incluso estarles vedado el “reino menor”. Bajo esta óptica, se creía que los hombres habrían de ser cabezas de familia, puesto que solo a ellos les concernía el cuidado del núcleo familiar, así como la repartición y la gestión de los gastos del hogar. Esta parte de *Dell'economia o vero del governo della casa* permite a Paleario criticar con severidad las concepciones patriarcales imperantes en la sociedad del momento. Sin embargo, contrario a estos esquemas morales y éticos italianos del Quinientos, Paleario puso de manifiesto cómo no debía minusvalorarse la relevancia de las mujeres en el ámbito económico: el colectivo femenino era plenamente apto para el manejo de las finanzas y su contribución era imprescindible para el mantenimiento de la economía familiar. Sobre este aspecto, considérese cómo “potrà la savia donna troppo bene non che intendere, ma vedere quale sia la diligenza del suo servente, quale l'opera dei suoi lavoratori, né sia per Dio alcuno, che stimi atto di bassezza commettersi alla donna che ciò faccia” (Paleario, 1983 [1555]: 98).

Estas líneas dan cuenta de cómo Paleario aboga por la igualdad de género en el ámbito profesional, pues saca a la luz las competencias laborales de las mujeres, capaces de determinar con fiabilidad y validez el modo en que obran y la manera en que actúan sus empleados³⁴. En lo tocante a este punto, el propio Paleario señala cómo la equidad femenina pasa por el respeto a las mujeres como dirigentes y gestoras, motivo por el que no sería lícito mostrar actitudes ariscas o desabridas a la hora de atender y acatar órdenes femeninas. No atender a razones por el mero hecho de considerar el colectivo femenino inferior al masculino

³⁴ Asimismo, Paleario reconoce: “[M]a perché conservare le cose che in casa vengono appartiene alla donna, vogliamo che ella senza schifeltà alcuna del tutto pigli il governo, né senza suo commandamento alcuna cosa si comperi o venda che al vivere della famiglia faccia mestiere” (Paleario, 1983 [1555]: 98).

suponía un grave problema para el bienestar y el progreso de la sociedad toscana e itálica quinientista: se alentaba un comportamiento machista y posesivo inaceptable, una posición sin cabida en una sociedad tolerante e igualitaria. En estrecha relación con esta idea, Paleario se pregunta:

[P]erché, adunque, bassezza è da stimare se la gentildonna, reggendo la sua famiglia, porrà l'animo alcuna volta al governo delle sua possessioni? Non vedete voi quanta sagacità e diligenza è quella nella divina mente nelle cose picciolissime? [...] Se adunque al grande Dio non è sconvenevole, che nelle cose menome volga la divina mente, e usi tanta diligenza, come non si conviene, che la gentile donna, che regge la sua casa, puonga il pensiero e diligentemente attenda alle cose delle quai la famiglia vive? Chi ciò dice, dice quello che li pare, ma per quello che a me ne paia, non bene (Paleario, 1983 [1555]: 99).

Defensor de la idoneidad de la mujer para la administración de bienes e inmuebles, Paleario (1983 [1555]: 98-102) presenta a las féminas como sujetos dotados de agudeza e ingenio para la gestión del patrimonio familiar. La idea de “inferioridad” de la mujer o la percepción de satisfacer designios femeninos como una “simple bajeza” se conciben como dos planteamientos inadmisibles para Paleario, quien, aun consciente de la disparidad de opiniones en torno a esta cuestión, califica de intolerables las actuaciones misóginas y sexistas por parte de los varones de la época³⁵. Sobre este particular, obsérvese cómo Paleario siguió siendo fiel a su particular modelo social: el hombre tenía la necesidad de asumir un compromiso de integridad ética y de responsabilidad social para con las mujeres. Así pues, además de dar cuenta de su apoyo y de su estima al colectivo femenino, el autor subraya cómo los hombres debían procurar abrir la mente de las mujeres y facilitar que sus esposas, tras contraer nupcias, lograsen integrarse con relativa facilidad en su nuevo hogar³⁶.

³⁵ Si bien se promueve la participación del colectivo femenino en la administración de bienes, las mujeres no quedaban por ello exentas de atender a sus esposos e hijos.

³⁶ Este hecho no eximía a las mujeres de la “obligación” de integrarse en la vida cotidiana del esposo a la mayor brevedad posible. Esta actitud, de corte

Alcanzado este objetivo y tomada en consideración la valía de las mujeres para el desarrollo y la bonanza del núcleo familiar, Paleario establece una conexión del rol femenino con la imagen de Dios:

Dovete adunque sapere che altra e maggior cosa siamo, che quella che col dito dimostrare o cogli occhi vedere si puote, o per avventura quelle parole, che con lettere di purissimo oro scritte si vedevano nel tempio di Apolline insegnanti la migliore, e più utile cosa che gli uomini sapere possino, CONOSCI TE STESSO [...] Come ciò vero potrebbe essere, se noi non altra fossimo che quella che questi lineamenti dipingono e terminano? [...] [Q]uesto è quello che noi tutte siamo, non perciò cosa mortale o caduca, ma divina et eterna (Paleario, 1983 [1555]: 47-48).

Tras ganarse el beneplácito y la admiración de sus conciudadanos, de sus hijos y de sus esposos, las mujeres parecían convertirse en una suerte de “deidad”. Y aunque en el texto se cuestiona hasta qué punto esta concepción femenina es resultado del cumplimiento de normas y cánones preexistentes, se incide con tenaz persistencia en la simbología de las mujeres como seres inmortales, divinos y eternos. Con todo, aun atribuyéndoles estas cualidades místicas, las mujeres son criticadas por su propensión a la impaciencia, apuntándose al respecto lo siguiente:

[La novella sposa] né fretta aver dee a voler vivere a suo modo, ma di giorno in giorno senza mostrare di ciò voler sapere, guardare qual sia la vita del marito, quale di quelli, a’ quai riverente debba mostrarsi, né cosa è, come aviso, che la savia donna con lunghezza di tempo non possa disporre a suo modo, ma è commune errore quasi di tutte le donne di non poter lungamente aspettare (Paleario, 1983 [1555]: 73).

Como Paleario pone de manifiesto en esta parte de la trama, amén de adaptarse a la nueva cotidianidad conyugal, las mujeres

misógino, sacaba a la luz cómo las recién casadas debían estar atentas a las particularidades de su nueva rutina conyugal si deseaban adaptarse a ella con éxito y sin mayores incidencias.

habían de mostrarse respetuosas con los parientes de su marido, interpretando al mismo tiempo, con astucia y minuciosidad, cómo se desarrolla la rutina diaria de sus respectivos esposos³⁷. Se reprende a las mujeres que dan muestras de impaciencia en el inicio de su vida connubial, habida cuenta de que esta actitud podía ocasionar un efecto contraproducente en el devenir del matrimonio. En el texto se censura este tipo de comportamiento femenino, si bien, aunque *a priori* parezca lo contrario, se hace desde un prisma filógino: Paleario desea que las mujeres tomen conciencia de este modo de proceder, tan habitual y extendido entre el colectivo femenino, a fin de que las futuras esposas alcancen sus metas y no se vean lastradas por sus apresuradas zozobras.

Saber esperar y perseverar era determinante para que las mujeres tomaran el control de su propio bienestar y se desarrollaran de manera completa e integral: si actuaban con calma y sosiego, las esposas conseguían –en mayor o menor medida– plegar a sus maridos según su voluntad. En caso contrario, terminaban por ser víctimas de su premura y ambición:

Nel principio del nuovo governo, come si dice, ogni servo ha cento occhi, ogni persona libera mille e medesimamente così incontanente non dee nimicare gli antichi servidori, che lungo tempo in casa sono stati, non di subito superbamente volere qualunque cosa governare, ma con una grata maniera discretamente di giorno in giorno pigliare maggioranza e tutte le cose disporre a suo modo (Paleario, 1983 [1555]: 73-74).

Tomando nota de estas sugerencias, Paleario alienta a las mujeres a ser pacientes y a no dejarse llevar por las prisas. Sin embargo, el autor estima perentorio que las mujeres centren sus

³⁷ Adviértase, por ende, cómo, “pervenuta la buona giovane dee con felice cominciamento, coll’opere mostrare la virtù, il valore del leggiadro spirito che chiuso dimora nelle delicate membra, e con maniere piacevoli e graziose, venuta nella casa del marito, farsi amare primieramente da lui, appresso dal suocero, dalla madre del suo signore, dopo dall’altre che a lei nuovamente sono per parentado congiunte; il che agevolmente farà, se in quiei giorni che novellamente sarà in casa venuta, tutto il pensiero porrà in vedere quali sieno le maniere che più a’ suoi aggradino” (Paleario, 1983 [1555]: 72-73).

esfuerzos y pongan todas sus fuerzas en el embellecimiento y el cuidado del alma³⁸. A este respecto, no sorprende que Paleario considere imperativo comprender en detalle las Sagradas Escrituras, sabedor de la trascendencia de conocer la infalible revelación de la voluntad divina para entender con mayor claridad el sentido de la vida humana y la encomiable sapiencia de Dios:

[S]ono le scritte sante, dove sono ascosti tutti i tesori della sapienza di Dio: queste sole alzano di terra gli afflitti, abbassano i superbi, e per dritta via ci indirizzano e conducono in cielo; sono le antiche e moderne istorie fedelmente tradutte nella nostra lingua, le quai, se io vi dicessi che non mi piacessero, niegherei il vero, perciöché altro non sono che l'esempio, lo specchio della vita umana, laonde per leggerle la donna ne adiverrà molto savia e discreta (Paleario, 1983 [1555]: 77).

En estas líneas se apela al poder de la traducción como vehículo transmisor de la cultura divina. Paleario declara su predilección por las Sagradas Escrituras, sopesando cómo la lectura de la Biblia no solo supone un acercamiento a la palabra de Dios, sino que también contribuye a descubrir la erudición del Señor³⁹. El texto sagrado se convierte así en una fuente de extraordinario valor para comprender el ciclo de la vida humana, si bien se revela especialmente provechoso en el caso de las mujeres, pues hace de ellas personas más sabias y discretas. Sea como fuere, Paleario destaca la importancia del respeto de las leyes divinas al afirmar “se quella riverenza delle divine leggi sarà in noi, che esser dee, la quale come che negli uomini

³⁸ Destáquese cómo en el poema *De animorum immortalitate* (1536), Paleario plasmaría su propia concepción del alma, concibiéndola como una sustancia inmortal y espiritual intrínseca al ser humano.

³⁹ Paleario deja así constancia de su interés por la Biblia, texto que habría de determinar la actuación de todo buen cristiano. A nivel de crianza, Paleario estima esencial educar a los hijos con rectitud, en clave de igualdad y promoviendo el respeto al prójimo. Sobre la lucha por la equidad, conviene recordar cómo “il XVI secolo ha dibattuto appassionatamente sull'uomo e sulla donna, sulle loro rispettive qualità, sulla loro uguaglianza. La donna, che gli artisti del Rinascimento celebrano a gara, è il soggetto di autentiche dispute in cui si affrontano opinioni maschili contrarie, in cui si rispondono anche talvolta parole di uomini e di donne” (Pelletier, 2001: 95).

ritrovandosi è degna di somma lode, nelle donne è degnissima di commendare, anzi non vi essendo questa, nulla cosa buena in noi si truova” (Paleario, 1983 [1555]: 93).

Según estas palabras, poco importaba el género del individuo: lo realmente trascendente era la observancia de los preceptos divinos, ya que su cumplimiento era el único modo de verificar que algo bueno reside en nuestro interior. La mujer ilustre y el hombre virtuoso que supieran dar cuenta de la nobleza, dignidad y fortaleza de sus almas –haciéndolo mediante el cariño, buenos modales y pequeños gestos de afecto– pasarían a convertirse en el fiel reflejo de un matrimonio bien avenido. Al seguirse con rigor y en toda su amplitud los principios promulgados por el erasmismo y por el Evangelio, los cónyuges daban ejemplo de su fe a través de su conducta, siendo un espejo en el que mirarse ellos mismos, el resto de los miembros de su familia y el conjunto de la sociedad cristiana quinientista⁴⁰. El propio Paleario apostilla:

[D]ebbono il gentiluomo e la gentildonna in tutte le cose per la virtù eccellenti mostrarsi, e fare che la vita d’amendue specchio sia et esempio di tutta la famiglia, di maniera che in loro si scorga l’image propria di Dio, alla cui simiglianza sono stati creati. [...] [D]ico che il gentiluomo debba essere per la virtù tale, che paia e sia quasi un Dio, nel quale per forza d’amore si trasformi la donna, che ha il reggimento di tutte le cose, in guisa che in lei mirando il gentiluomo veggia sé stesso, cioè la mente e lo spirito suo, il che non si può fare, se non sono di costumi e di religione conformi (Paleario, 1983 [1555]: 91-92).

En este fragmento se presenta la piedad hacia el Señor como un instrumento de unión entre los cónyuges. En concreto, se destaca cómo todo varón ha de ser afable y virtuoso a imagen y semejanza de Dios: la fuerza del amor del hombre era un elemento clave a la hora de “modelar” el comportamiento de la mujer. De seguirse este *modus operandi*, la esposa obraría conforme a los valores de su marido, de donde este terminaba por verse reflejado mental y espiritualmente en su propia cónyuge.

⁴⁰ Para más información acerca de la historia del Renacimiento cristiano en Italia, cfr. Zabughin (1924).

Paleario señala un aspecto vertebral para el fructífero porvenir de la pareja: la relevancia de que los esposos profesen un mismo credo, esto es, que abracen una misma religión. Lo contrario, según él, implicaría posiciones dogmáticas irreconciliables, o, lo que era lo mismo, controversias confesionales y actitudinales que acabarían minando el núcleo conyugal.

Por desgracia, sin perjuicio de lo expuesto hasta ahora, las aspiraciones vitales de Paleario no se vieron satisfechas ni tampoco fueron asumidas por los estados itálicos del siglo XVI, afines al papado de Roma. Con todo, Paleario logró poner de manifiesto la magnitud y relevancia de reinterpretar los cánones masculinos y femeninos en pie de igualdad: contrario a los ideales opresores del patriarcado y de la Iglesia quinientistas, el autor muestra la necesidad de potenciar un modelo social más equitativo en el que se comprendan con meridiana claridad las desigualdades emocionales y comportamentales existentes entre hombres y mujeres. Así pues, con actitud conciliadora, abierta y proclive al consenso, Paleario se sirvió del diálogo constructivo como medio esencial para alcanzar la paridad de género.

En *Dell'economia o vero del governo della casa* Paleario procura hallar puntos de conexión entre ambos sexos, a sabiendas de que no siempre resulta posible: en el caso de los varones, aunque aboga por un arquetipo alternativo y fomenta una masculinidad positiva (vigorosa y sensible) de corte igualitario, Paleario reconoce la importancia de conceder a los hombres cierto grado de “virilidad” social⁴¹. En relación con las mujeres, el autor expone las loables capacidades de las féminas para el bienestar de la economía doméstica y para el progreso del núcleo familiar. Sin embargo, aun promoviéndose la sororidad como experiencia de empoderamiento e incluso defendiéndose la paridad laboral de las mujeres a través de la gestión de su “piccolo regno”, los quehaceres profesionales femeninos se veían

⁴¹ Nótese cómo, “estando a solas con su esposa, el hombre deb[e] mostrarse comprensivo, cariñoso, amable, disponible, atento, protector, confiado y honesto, pudiendo concedérsele al esposo, a nivel público, un mayor grado de reciedumbre y hombría siempre que dicha actuación no redunde en ataques serios contra la dignidad de la mujer” (García Fernández, 2020: 79).

supeditados al cumplimiento de un “deber inexcusable”: la atención del marido y la crianza de los niños⁴².

Este paradigma social prevalecería hasta bien entrado el siglo XXI, de donde se deduce cómo el modo de vida promulgado por Paleario fue sumamente revolucionario para la época. Este humanista daría admirables pasos hacia una mejora sustancial del colectivo femenino en el siglo XVI, un aspecto palmario en su defensa de la mujer y en las posturas filóginas adoptadas en su obra más reveladora: *Dell'economia o vero del governo della casa*. Favorable a la eliminación de estereotipos y a la deconstrucción de identidades masculinas coercitivas, el mensaje igualitario de Paleario hace de este intelectual un modelo cultural y un testimonio filológico de magnitudes colosales. De ahí que, al potenciarse la visibilidad de un activista olvidado por la Historia del patriarcado, salgan a la luz las ideas de un avanzado a su tiempo, de un hombre que lucharía con denuedo por erradicar la concepción tradicional y hegemónica de “masculinidad”. El texto se convierte entonces en un arma de combate, en la munición con la que Paleario pretendió acabar con la desigualdad y la injusticia en pos de los derechos humanos.

Deus animam suam requiem.

⁴² No tener hijos era visto como una anomalía, si bien la sociedad era consciente de que esta situación podía acontecer dentro del núcleo familiar. Frente a estos casos, en la trama de *Dell'economia o vero del governo della casa* se ofrece la alternativa de buscar un joven heredero, o, lo que es lo mismo, de “trovare alcun giovane, ben dotato d'ingegno dalla natura ottimamente, allevato negli buoni studi, aitante della persona, valoroso, e finalmente di quella maniera che egli desidera, il quale poi che suo figliuolo sarà adivenuto, esalterà il nome del nuovo padre in sino alle stelle” (Paleario, 1983 [1555]: 88).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALFANO, Giancarlo, GIGANTE, Claudio y RUSSO, Emilio (2016). *Il Rinascimento. Un'introduzione al Cinquecento letterario italiano*. Roma: Salerno Editrice.
- BASCAGLI, Riccardo (2005). *Il Quattrocento e il Cinquecento*. Bologna: Il Mulino.
- BATKIN, Leonid M. (1992). *L'idea di individualità nel Rinascimento italiano* (traduzione di Valentina Rossi). Roma-Bari: Laterza.
- BURCKHARDT, Jacob (2004 [1992]). *La cultura del Renacimiento en Italia* (traducción de Teresa Blanco, Fernando Bouza y Juan Barja). Madrid: Akal.
- CAPONETTO, Salvatore (1979). *Aonio Paleario (1503-1570) e la Riforma protestante in Toscana*. Turín: Claudiana.
- CAPONETTO, Salvatore (1983). "Aonio Paleario e la «Querelle des femmes» in Toscana". En AONIO PALEARIO: *Dell'economia o vero del governo della casa* (texto, introduzione e commento a cura di Salvatore Caponetto). Florencia: Leo S. Olschki, pp. 7-28.
- CAPUTO, Francesca (2005). *Etica e pedagogia. Linee di teorizzazione etica e pedagogica dal Rinascimento a Nietzsche*. Cosenza: Pellegrini Editore.
- D'ONORIO, Giuseppe y GABRIELE, Alfredo (2004). "Aonio Paleario. Tra l'edito e l'inedito". En Franco ZANGRILLI (a cura di): *La Ciociaria tra scrittori e cineasti*. Pésaro: Metauro Edizioni, pp. 143-192.
- DIALETI, Androniki (2011). "Defending Women, Negotiating Masculinity in Early Modern Italy". *The Historical Journal*, n. 54(1), pp. 1-23.
- FERRONI, Giulio (2021). *Storia della letteratura italiana. Dal Cinquecento al Settecento*. Milán: Mondadori.
- FRAGNITO, Gigliola (2011). *Cinquecento italiano. Religione, cultura e potere dal Rinascimento alla Controriforma*. Bologna: Il Mulino.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, José (2019). "Mujer de (con)ciencia y cultura. Modesta Pozzo en la sociedad renacentista véneta". *Revista Internacional de Culturas y Literaturas*, n. 22, pp. 68-82.

- GARCÍA FERNÁNDEZ, José (2020). “Aonio Paleario y la filología humanista. Disidencia masculina en favor del luteranismo y la igualdad”. *RSEI. Revista de la Sociedad Española de Italianistas*, n. 14, pp. 73-82.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, José (2022a). “Los hombres también sacan pecho: maternidad y lactancia según el pensamiento de Aonio Paleario”. *LaborHistórico. Revista de la Universidade Federal do Rio de Janeiro*, vol. 8(3), pp. 122-138.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, José (2022b). “Los valores humanos y humanistas de Aonio Paleario. Lectura crítica y comentario filológico de su compromiso con el igualitarismo”. *Estudios Románicos*, n. 31, pp. 141-156.
- GONZÁLEZ MARTÍN, Vicente *et al.* (coord.) (2019). *La aportación de la mujer en la construcción, deconstrucción y redefinición del humanismo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- HAGSTOTZ, Gideon David y HAGSTOTZ, Hilda Boettcher (1996 [1951]). *Heroes of the Reformation*. Virginia, Estados Unidos: Hartland Publications.
- KRISTELLER, Paul Oskar (1998 [1990]). *Il pensiero e le arti nel Rinascimento* (traduzione di Maria Baiocchi). Roma: Donzelli Editore.
- MACLEAN, Ian (1980). *The Renaissance Notion of Women*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MALATO, Enrico (dir.) (1996). *Storia della letteratura italiana. Volume IV: Il primo Cinquecento*. Roma: Salerno Editrice.
- MALATO, Enrico (dir.) (1997). *Storia della letteratura italiana. Volume V: La fine del Cinquecento e il Seicento*. Roma: Salerno Editrice.
- MAURIELLO, Adriana (1971). “Cultura e società nella Siena del Cinquecento”. *Filologia e letteratura*, n. 17, pp. 26-48.
- MURPHY, Caroline P. (2001). “Il ciclo della vita femminile. Norme comportamentali e pratiche di vita”. En Sara F. MATTHEWS-GRIECO y Sabina BREVAGLIERI (a cura di): *Monaca, moglie, serva, cortigiana. Vita e immagine delle donne tra Rinascimento e Controriforma*. Florencia: Morgana Edizioni, pp. 15-47.
- OLGIATI, Francesco (1924). *L'anima dell'Umanesimo e del Rinascimento*. Milán: Società Editrice “Vita e pensiero”.

- PALEARIO, Aonio (1983 [1555]). *Dell'economia o vero del governo della casa* (testo, introduzione e commento a cura di Salvatore Caponetto). Florencia: Leo S. Olschki Editore.
- PASTORE STOCCHI, Manlio (2014). *Pagine di storia dell'Umanesimo italiano*. Milán: FrancoAngeli.
- PELLETIER, Anne-Marie (2001). *Il cristianesimo e le donne. Venti secoli di storia* (traduzione dal francese di Cristiana Doveri e Andrea Gianni, con la collaborazione di Giorgio Cavalli). Milán: Editoriale Jaca Book.
- PROYECTO "MEN FOR WOMEN" (s.f.). *Autores filóginos del siglo XVI*. Recuperado el 7 de agosto de 2022 de: <<https://menforwomen.es/es/autores/siglo-xvi>>.
- RESOLUCIÓN A/RES/70/212 (s.f.). *Resolución aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 22 de diciembre de 2015 (70/212. Día Internacional de la Mujer y la Niña en la Ciencia)*. Recuperado el 12 de agosto de 2022 de: <https://www.un.org/en/ga/search/view_doc.asp?symbol=A/RES/70/212&Lang=S>.
- RUGGIERO, Guido De (1930). *Rinascimento, Riforma e Controriforma* (2 vols.). Bari: Laterza.
- SAITTA, Giuseppe (1961). *Il pensiero italiano nell'Umanesimo e nel Rinascimento* (3 vols.). Florencia: Sansoni.
- TATEO, Francesco (1974 [1967]). *Tradizione e realtà nell'Umanesimo italiano*. Bari: Dedalo Libri.
- ZABUGHIN, Vladimiro (1924). *Storia del Rinascimento cristiano in Italia*. Milán: Treves.

ACERCA DE LA ECONOMÍA O DE LA
ADMINISTRACIÓN DE LA CASA

Aonio PALEARIO

Traducción de
José García Fernández

LIBRO PRIMERO

En tiempos en los que la fortuna se asoma hostil y orgullosa, gran alivio brinda a los afligidos el acordarse de esos momentos en los que uno se encuentra con el rostro alegre y risueño de los demás y, ante la dulzura del recuerdo de los placeres pasados, bebe las amargas hieles de hoscas acontecimientos¹. A estas alturas, creo que me sería imposible vivir si no encontrase una vía de escape en este extraordinario remedio o si me viese a mí mismo enterrado en lágrimas y angustias por la muerte de mis seres queridos. Y en el caso de que viviera, mi existencia sería demasiado mísera y cruel. De ahí que, con sumo placer, me distraiga contando y escribiendo reflexiones en torno a decididos hombres que gobernaban ciudades², labor realizada para no dejarme llevar por el dolor de unos dientes afilados, habida cuenta de que el más mínimo pensamiento llegaría a irritarme. En concreto, entre las muchas cosas a las que les doy vueltas, me viene a la mente el día siguiente a aquella fecha en la que se hubo reflexionado sobre personalidades del reino del calibre del señor Chigi³ o Bogino⁴.

¹ Aunque de forma velada, se hace referencia al final de la independencia de la República de Siena, estado autónomo de la península itálica entre 1125 y 1555. La República de Siena fue una de las principales potencias europeas durante la Edad Media, sobre todo a nivel artístico, comercial y económico. Perdida su independencia y cedida por Felipe II al Ducado de Florencia, este territorio acabaría por integrarse en el Gran Ducado de Toscana, existente hasta la unificación italiana del siglo XIX.

² Esta parte del texto pone de manifiesto cómo, en realidad, la obra *Dell'economia o vero del governo della casa* estuvo precedida de un tratado titulado *Del governo delle città*. Este último volumen fue, de hecho, sumamentepreciado por contener comentarios y valoraciones que reflejaban con nitidez la situación política y religiosa de la época. Por desgracia, se extravió durante la Guerra de Siena.

³ En el texto original aparece el sintagma *cavalier de' Chigi* para aludir al señor Camillo di Cristofano di Benedetto Ghigi.

⁴ Conocido con el calificativo de “Bogino”, este término hace mención explícita a Giovan Battista Gualandi, perteneciente al conocido como *Monte senese dei Gentiluomini*. A este respecto, téngase presente cómo, durante la Edad Media, Siena estuvo políticamente dividida en “Monti”: *il Monte dei Gentiluomini*, *il Monte del Popolo* e *il Monte dei Riformatori*, facciones en perpetua lucha por el gobierno de la ciudad. Estos enfrentamientos darían pie

Levantándose con el frescor del alba matinal, Spannocchio⁵ y Francescone⁶ tomaron las riendas de la cuarta jornada; ordenaron a los sirvientes que preparasen la cena en un lugar que estuviera bastante cerca de la fortaleza del señor Bellanti⁷, lugar donde se solazaban a menudo los hombres valerosos. A este enclave lo llamaban “Academia”, ya que, sentados bajo la fresca sombra de los árboles que cubrían todo el paraje, dichos hombres solían ponerse a reflexionar sobre temas elocuentes. En cuanto los gentilhombres se alzaron, y las mujeres con ellos, todos se dirigieron sin demora a la puerta del castillo. Aquí los esperaban los Señores del Día, quienes se encaminaron hacia unos prados rezumantes de verdor, coloreados por múltiples variedades florales; aún pudieron gozar de la compañía del canto de los ruiseñores que normalmente allí anidaban.

Llegados a este encantador lugar, y tras haber entrado, se percataron de que los sirvientes habían colocado una mesa sobre un césped cuya superficie estaba cubierta, casi en su totalidad, por flores de serpol⁸, muy abundantes en la zona. Alrededor había dos riachuelos que parecían de fino cristal, cuyo curso templado discurría entre verdes orillas que no ofrecían deleite alguno a los transeúntes; de ahí que, después de haber inspeccionado este enclave, regresaran al punto inicial: allí se lavaron las manos, se

a conspiraciones y a alzamientos populares que comprometieron seriamente la libertad de la ciudad y la República de Siena.

⁵ Se trata de Ambrogio Spannocchi di Antonio, amigo íntimo de Aonio Paleario. Formó parte del gobierno de Siena en varias ocasiones.

⁶ Insigne figura sienesa, este calificativo hace alusión al médico Bernardino Francesconi, originario de la localidad de Colle di Val d’Elsa.

⁷ Antonio Bellanti di Pietrino (1487-1533) era miembro de una acomodada familia de Siena. Tuvo dos hijos, fruto de su primer matrimonio. No obstante, Bellanti contrajo segundas nupcias con Cassandra Spannocchi di Antonio, con quien tuvo cuatro hijos de los que sería instructor el autor de este volumen: Aonio Paleario.

⁸ En el texto original se emplea el término dialectal *serpollo*, que data de la segunda mitad del siglo XIV. Propia del centro de Italia, esta voz regional hace referencia al *Thymus serpyllum*. Su correspondiente idiomático en castellano es *serpol*. Sin embargo, en español esta planta también recibe nombres como: *hierbaluna*, *salsa de pastor*, *tomillo del monte serpolio*, *tomillo salsero* o *tomillo sanjuanero*.

sentaron y cenaron con sumo gusto. El señor Giulio Santi⁹ ya miraba fijamente a Francescone y a Spannocchio; pareciera estar esperando que propusieran el tema sobre el que debatir en aquella jornada. Entonces a todos les pareció oír de cerca algunos relinchos de caballo y voces de personas que hacia allí se encaminaban. Levantándose del suelo, y desde la puerta del lugar al que habían ido, pudieron ver, no muy lejos, al señor Bartolomeo Carli¹⁰ y al señor Giulio Pannilini¹¹, gentilhombres de la misma ciudad y de idéntica predisposición. Ambos iban a visitar al magnífico Bellanti, quien sería el primero, seguido del resto, en abrazarlos y recibirlos con alegría. Todos juntos organizaron una gran celebración. Más tarde, las mujeres allí presentes se retiraron educadamente en busca de un sitio en el que pasar el día con mayor deleite¹².

Hallaron muy cerca un lugar un tanto retirado, fastuosa obra creada por la naturaleza. Parecía hecho por la mano del hombre, pues en él había cuatro nogales antiquísimos –y, más allá de cualquier estimación, de gran tamaño–, engarzándose unos con otros con una variada panoplia de viñas silvestres. Las mujeres podían quedarse allí sin problema: las ramas de las viñas proyectaban una sombra tal que ni siquiera se verían los rayos del sol en su momento álgido. Además, este paraje estaba rodeado de

⁹ Giulio di Pietro de' Santi fue capitán y gonfaloniero de Siena entre marzo y abril de 1534.

¹⁰ Junto con Aonio Paleario y Ludovico Castelvetro, Bartolomeo Carli Piccolomini (1503-1538) formó parte de la conocida como “Accademia Grande” de Siena. No obstante, de gran relevancia a nivel político, Bartolomeo Carli pasó a ingresar, tiempo después, en la denominada “Accademia degli Intronati”, un destacado centro de la vida intelectual sienesa que se fundaría entre 1525 y 1527 como lugar de reunión de la aristocracia. Para más información acerca de Carli Piccolomini, consúltese el siguiente enlace: <https://www.treccani.it/enciclopedia/bartolomeo-carli-piccolomini_%28Dizionario-Biografico%29/> [fecha de consulta: 17/07/2021].

¹¹ Giulio di Simone Pannilini ejerció de gonfaloniero en el municipio de Siena. Fue asimismo amigo de Antonio Bellanti, quien lo nombró tutor de sus hijos. Tras el fin del señorío de los Petrucci en Siena, Giulio Pannilini se exilió en Padua. Falleció después de 1540.

¹² Propio del rol de género asignado por inercia por el patriarcado, las mujeres no participaban de los debates masculinos sobre política. Sin embargo, estas mujeres entablarán una conversación centrada en un aspecto de suma trascendencia: la familia como germen de la vida ciudadana.

laureles, jazmines, naranjos, frondosos enebros nacidos de manera contigua y muy bien formados, los cuales, estrechándose en un círculo, parecían invitar a la gente a sentarse en medio de ellos. Junto a estos enebros corría un chorro de agua cristalina cuya corriente liberaba un sonido enormemente placentero de escuchar¹³. Aquí estaban la señora Cassandra Bellanti¹⁴ y la señora Porzia degli Agazzari¹⁵, mujeres valientes y de noble linaje, muy sabias y educadas. Llegaron junto con dos hijas de Bellanti; en concreto, con la mujer de Spannocchio¹⁶ y con la de Bogino¹⁷, ambas también muy hermosas, de buenos modales y de gran nivel intelectual. Una vez sentadas, todas ellas comenzaron a alabar la belleza del lugar. Pero poco tiempo después, ya pensando en los temas tratados en días precedentes acerca del gobierno de las ciudades a manos de valerosos hombres, y tras intercambiarse algunas palabras, la señora Porzia se dirigió a la señora Cassandra y, acercándosele, le comenzó a decir:

–Señora Cassandra, no me puedo creer que, habiendo venido nosotras hoy hasta aquí para distraernos, queráis que pasemos el día sin oír alguna de vuestras hermosas reflexiones. ¿No veis que el propio lugar os incita a ello? Incluso la estación misma lo estimula: con este intenso calor, escuchar cosas sugerentes ayuda a mitigar el aburrimiento.

¹³ El diálogo se desarrolla en una jornada estiva bajo una panoplia de viñas silvestres que se engarzan con cuatro altísimos nogales. Este marco narrativo recuerda al *Orlando furioso* (canto VI, 20-21), poema épico compuesto por Ludovico Ariosto y publicado en Italia entre 1516 y 1532.

¹⁴ Cassandra fue la segunda esposa de Antonio Bellanti, mujer con la este que se casaría en 1528. Cassandra mantuvo una estrecha relación con Aonio Palerio, quien ejerció de instructor de sus hijos tras la muerte de su marido.

¹⁵ Hija de Pandolfo Petrucci y Aurelia Borghesi, Porzia nació en Siena en 1503. Se quedó huérfana con tan solo nueve años y contrajo matrimonio en 1525 con Buoncompagno di Mino Agazzari.

¹⁶ En el texto se hace alusión a Francesca Spanocchi, hija de Antonio Bellanti y de Girolama Petrucci. Nacida en Siena en 1512, se casó en 1528 con Ambrogio di Antonio Spanocchi, hermano de Cassandra, segunda esposa de su padre.

¹⁷ Hija de Antonio Bellanti y Girolama Petrucci, Aurelia Gualandi Bogino nació en Siena en 1513. Se casó en 1530 con Giovan Battista Gualandi, conocido con el calificativo de “Bogino”. Años después del trágico fallecimiento del marido, Aurelia se volvería a casar en 1535 con Camillo di Antonio Ugurgieri.

La señora Cassandra apostilló: —¿Y qué podría ser más agradable que escucharos a usted, señora Porzia? Siempre estáis llena de bellos pensamientos, de nobles palabras, de una plétora de estilos con los que deleitarnos a todas las demás, las cuales, sumamente avanzadas, con prodigiosa habilidad nos esforzaremos en atenderos. De todos modos, deseo que lo hagáis si realmente así lo deseáis. Y puesto que no quiero hacer recaer todo el peso en usted, me gustaría deciros sobre qué, en mi opinión, debemos hablar: hemos de dialogar sobre algo digno de vuestras bellas palabras y de vuestro maravilloso ingenio; esto es, sobre algo que sepáis compartir mejor que nadie y de lo que podáis hablar largo y tendido.

En los últimos días, nuestros gentilhombres han hablado sin reservas del gobierno de las ciudades, lo que me trae a la memoria cómo, no hace muchos años, bajé a Roma con algunas mujeres de sangre noble que reunían las virtudes exigidas a toda mujer. De ellas escuché comentarios acerca de la existencia de un reino heleno cuyo gobierno estaba liderado por mujeres. De la altura de dicho reino ayer conversó un caballero¹⁸ con Bogino: pareciera como si el gobierno fuera un cometido más apropiado para los hombres que para nosotras; de ahí que raramente, o nunca, si no es por accidente, recaiga en nuestras manos. Y en el momento en el que esto sucediera, serían ellos quienes dirían qué se puede llevar a cabo. Sobre este aspecto me gustaría que hablarais, pues es algo que nos atañe y es un asunto del todo nuestro: ¿Acaso nosotras también buscamos señoríos y mayorías ajenas? Nunca, o muy pocas veces, nos es posible alcanzar la gloria: por tanto, ¡encaminad, oh, mujeres, la plenitud de vuestras almas hacia nuestro reino! Así gobernaremos, si no con grandeza, ciertamente de un modo proclive a un mayor descanso y a una mayor quietud. En nuestro gobierno, en todo momento sentiréis que vuestro esfuerzo se ha completado de manera excelente.

En opinión de los sabios, lo más loable y digno de encomio siempre ha sido que una mujer lleve las riendas de su casa, aunque sea pequeña, incluso pudiendo vivir y habitar en palacios ajenos donde podría alojarse sin reparos. Pero si reino significa gobernar a otros y tener mayorías, si reino significa establecer leyes que

¹⁸ Camillo Chigi.

muchos analizan, adviértase cómo el tema sobre el que hoy debatiremos es digno de tal nombre. Según estas voces mayoritarias, toda mujer ha de manifestar que sabe gobernar su casa y gobernarse a sí misma, que sabe criar bien a sus hijos, dispensar los servicios oportunos a su familia, construir un determinado estilo o modo seguro de vida, conservar de forma óptima e incluso aumentar los bienes e ingresos. Estos últimos habrán de administrarse de manera eficaz, deben ser suficientes para afrontar gastos y para permitir que la mujer preserve o aumente su reino; de ahí que su hogar y su familia la necesiten. En virtud de esto, señora Porzia, ¿no os parece este asunto un tema complejo y digno de vuestro gentil espíritu? Cierto es que ha habido grandísimos filósofos que no quisieron escribir sobre esta cuestión. Sin embargo, precisamente por este motivo, como concedora de la virtuosa misericordia de vuestro noble ingenio, espero muchísimo más de usted.

La señora Porzia apuntó: –Señora Cassandra, hoy nos presentaréis un hermoso, agradable, a la par que útil tema de reflexión, pues, como habíais dicho, ninguna otra ciencia es mejor, no hay ninguna otra más necesaria para el saber humano que aquella que nos enseña el modo, la forma y la manera de vivir. Pero, dado que hasta ahora no era consciente de ello, será mejor escucharos a usted, que de este asunto habéis oído hablar en otras ocasiones, siendo en consecuencia nosotras quienes la escuchemos. No me parecería correcto que, siendo usted ducha en esta materia, se os desplazara de forma indebida, máxime si tenemos en cuenta que domináis el tema con absoluta maestría. Por consiguiente, atendiendo a nuestras plegarias –y siendo yo quien especialmente os alienta a hacerlo–, os rogamos que deis comienzo a vuestra disertación.

La señora Cassandra dijo: –Nunca me percaté de hasta qué punto vuestras plegarias me conminarían a asumir este compromiso; de no ser por vuestras súplicas, me habría quedado en silencio o ni siquiera se me habría propuesto una encomienda de tal calibre. Señora Porzia, no me digáis que antes no eráis consciente de todo esto, puesto que todas nosotras sabemos la enorme dignidad con la que os ocupáis del gobierno y mando de la casa de los Agazzari. Sin embargo, ya que me lo pedís tan vivamente, no quiero desdeciros. Siguiendo la luz de la razón,

trataré de hacerlo lo mejor posible. A cambio, siempre que diga algo que vaya en contra de vuestra opinión, cada una deberá gustosamente hacerme preguntas con las que poner en contraste mis propios planteamientos; de lo contrario, no me sentiré ni contenta ni satisfecha con ninguna de ustedes¹⁹.

Entonces la señora Porzia apostilló: –De buen grado haremos lo que nos pedís para que podáis fiaros de nosotras.

Y una vez que se lo prometieron la señora Francesca y la señora Aurelia, pues así se llamaban ambas mujeres, de nuevo se le rogó a la señora Cassandra que cumpliera su promesa y diese comienzo a su discurso. Empezó así:

–Como ya dijimos anteriormente, los reinos y los señoríos se asemejan al regimiento y al gobierno familiares. Así pues, del mismo modo que a quien se le da el báculo le corresponde el gobernar la ciudad y a los habitantes que residen tras sus muros, de igual manera se aplica a quien se le encarga el cuidado y la protección de su familia, única persona que mandará en la casa y en las posesiones de los sirvientes. Por otro lado, señoras, le tocará al rey, elegido antes o después por sus ciudadanos, procurar que en su ciudad se viva de forma ordenada, tal y como le ocurre a la noble mujer elegida por su marido para desarrollar con plena competencia un claro marco de actuación: el de llevar el peso de gobernar su casa con orden. De ahí que, cuanto más glorioso sea el lugar gobernado, más comfortable y seguro se tornará ante las múltiples opiniones profesadas por las mentes de los hombres.

De manera similar, quienes suelen interesarse por los honores, las mayorías, las riquezas y los banquetes solemnes, aprecian a todos aquellos que tienen tales señoríos para adelantar, en la medida de lo posible, a otros hombres hechos a semejanza de Dios, sin importarles las preocupaciones, temores o peligros a los que se tengan que enfrentar. También hay quienes os narrarán la vida de príncipes que, como muchos hermanos y no pocos hijos, terminaron en su mayoría por ser asesinados al no esperarse ya

¹⁹ Pese a ser la segunda esposa de Antonio Bellanti, y dejando a un lado su prestigio social, Cassandra no solo no usa un tono autoritario, sino que incluso incita a sus compañeras a que den sus propias opiniones, no siempre coincidentes con las suyas.

nada de ellos. Para otros, existió igualmente la necesidad de manchar las manos de sangre de sus seres más allegados; es más, hubo algunos que, incluso siendo orgullosamente amigos o parientes, se esforzaron vilmente en arrebatar, con engaños y traiciones, la vida a sus seres más leales y queridos. Quien recuerde la frecuencia con la que en los salones reales se ingiere veneno, además de tomar conciencia de la situación, también antepondrá por encima de todo el vivir, en cualquiera de sus vertientes, al sustentar la empuñadura, la corona, el báculo o todo el imperio asiático: podréis ver esto con mayor claridad en muchos, en infinitos ejemplos; elegiré algunos que os iré contando a medida que me vengan a la memoria.

Fallecido el primer y antiquísimo rey Nino, Semíramis, quien ejerció el poder de Asiria y logró extender el imperio hasta Etiopía, dispuso todo lo necesario para declararle la guerra a la India. Sin embargo, sería asesinada de forma miserable por su hijo Ninias, al que quería con inmenso amor²⁰. Candaules, potentísimo rey, fue traicionado por Giges, al que siempre había considerado amigo fiel y cercano; por su parte, la mujer de Candaules perdería a la vez el reino y la vida²¹. A Jerjes, de quien se dice “que ultrajó, por llegar a nuestros lidos, con nuevos puentes la extensión marina”²², le arrebató la vida Arbatano, en quien confiaba ciegamente²³; Artajerjes, hijo de Artabano, tampoco se avergonzaría de ejecutar a su hermano Darío²⁴. Dejando a un lado estos reyes, cuyos nombres apenas conocemos, ¿no os parece ver ante vuestros ojos, al recordar a Teseo, el veneno que su padre le puso en la comida²⁵? ¿Y qué podemos decir de Agamenón? Después de enfrentarse a tantos peligros de guerra y de haber conseguido rehuir la muerte, moriría tras su regreso a casa. Ya en su reino, Agamenón fue traicionado por su malvada mujer y por el adúltero Egisto, siendo el hijo de esta el

²⁰ Marco Juniano Justino, *Epitome historiarum Philippicarum Pompei Trogi*, I, 1-2.

²¹ *Ibid.*, I, 7, 14-19.

²² Francesco Petrarca, *Rimas*, XXVIII, 93.

²³ Marco Juniano Justino, *op. cit.*, III, 1-2.

²⁴ *Ibid.*, V, 11. Nótese que Artajerjes mató a su hermano Ciro II y no a Darío.

²⁵ Probablemente se trate de un error. Según Plutarco, Teseo habría sido asesinado por Licomedes, rey de Esciro. Cf. Plutarco, *Teseo*, XXXV, 6.

que más tarde los acabó asesinando a los dos²⁶. En el valeroso arte del manejo de las armas, ¡cuán favorable se le mostró la fortuna a Filipo, rey de Macedonia! Esto no le excluyó de todo mal: estando en un convite, pleno de felicidad y alegría, Pausanias, movido por la indignación, lo mató²⁷. ¿Y quién puede acordarse del joven y glorioso Alejandro sin dolor ni rabia? Jamás luchó contra el enemigo sin salir victorioso; no hubo ciudad asediada que no se plegase a su voluntad; sometió a toda nación contra la que se batió. Sin embargo, cuando el mundo le auguraba felices momentos a este valeroso joven, se le vertió un veneno mortífero en la comida²⁸.

Quisiera alejarme de estas distantes lindes para aproximarme a las que nos son más cercanas. Habiendo destronado a su hermano y matado a sus sobrinos, Amelio se había prácticamente asegurado su reinado. Pero cuando menos se lo esperaba, fue asesinado por el hijo desconocido de Rea Silvia, el cual, aun habiendo ayudado con compasión fraternal a Remo, luego no mostró turbación alguna por este último al ver, en cumplimiento de sus órdenes, el hacha manchada con su sangre; contemplad cómo incluso el primer rey de los romanos, tras tantas magníficas hazañas y gloriosas victorias, fue asesinado por los mismos que lo mantuvieron a salvo en inciertas batallas²⁹. Y acercándonos a tiempos más próximos a todas nosotras, subráyese cómo Cayo César, quien fue un poderosísimo y extraordinario emperador, después de infinitas y maravillosas victorias, y de dirigir a pueblos romanos y extranjeros, fue asesinado a puñaladas por sus ciudadanos cuando ya creyó que podría relajarse³⁰. Por otro lado, Tiberio de Cayo, quien había asignado un heredero para la mayoría de sus bienes, fue asesinado con el mismo veneno con que el que previamente le había arrebatado la vida a Germánico³¹. Lo mismo le sucedió a Claudio, quien abrazó la muerte antes de

²⁶ Homero, *Odisea*, I, 35 y ss.; IV, 512 y ss.; XI, 403 y ss.

²⁷ Valerio Máximo, *Factorum et dictorum memorabilium*, VIII, 14; *De cupiditate gloriae in externis*, 4.

²⁸ Marco Juniano Justino, *op. cit.*, XII, 13.

²⁹ Plutarco, *Rómulo*, VIII, 8; X, 1-2; XXVII, 6.

³⁰ Suetonio, *De vita Caesarum*, I, 82.

³¹ *Ibid.*, III, 83, 2.

que la enfermedad lo aquejase³². ¿Qué os podría decir de Galba³³ o de Vitelio, quienes, como bestias, fueron descuartizados macabramente por el pueblo³⁴?

¡Oh, señoras! Me gusta mucho reflexionar con ustedes sobre todo esto pese a que quizá no sea de vuestro agrado. Demasiado amplio es este asunto; no lo diría si así no lo creyese. Si yo quisiera narraros las crueles y amargas muertes de los antiguos y hodiernos señores, os las podría describir igual que las estrellas del cielo o las ramas de los árboles. Sin embargo, para concluir, queridas señoras, tengamos presente cómo, del mismo modo que las aguas del mar soportan los efectos de las tormentas, y las partículas de arena lo hacen con el impacto de la irrefrenable furia de los vientos, los grandes reinos también han de soportar las consecuencias del veneno y de las armas que desafían las más crueles muertes. Ninguno de estos temores puede ligarse a lo que la ciudadanía desearía vivir. ¡Oh, cuán frecuente era –aunque actualmente resulte desconocida– aquella vida en la que cualquiera podía dinamitar las mayorías, pero se adhería a ellas de buen grado! También conoceréis la gran estima que los antiguos sabios profesaban por Feraulas, quien, habiéndose convertido en un hombre rico, constató que en la vida civil había mucha más quietud que en ninguna otra. Por eso, cambiando de estilo (como dicen) y dejando las mayorías para quien las desee, querría centrarme en la tranquilidad de lo cívico³⁵. Solía decir Aristipo: aquellos cuya fortuna los envía por los mejores caminos de la vida humana, aquellos que no la transitan ni por el camino de los príncipes ni por el de los siervos, hallan una vía intermedia por la que cualquiera podría circular sin mayor problema³⁶, razón por la que se toparían con menos inconvenientes y con menos disgustos. Y dicho esto, respecto del reino sobre el que los hombres reflexionaban, cabe destacar cómo, con horribles grandezas, dichos hombres abruman el gobierno familiar y nuestro pequeño reino particular. Tampoco queda excluido ese

³² *Ibid.*, V, 44.

³³ Plutarco, *Galba*, XXVII, 1.

³⁴ Suetonio, *De vita Caesarum*, VII, 17 y 18.

³⁵ Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 3, 35-50.

³⁶ Jenofonte, *Memorabilia*, II, 1, 11.

otro reino de reposo y seguridad al que hemos aludido con anterioridad.

En ese momento la señora Francesca se volvió hacia la señora Aurelia y, al mirarla, le hizo notar que había escuchado algo que no consideraba cierto. Por tanto, sonriendo, la señora Cassandra dijo:

—Por lo que percibo en vuestro rostro, deduzco que ponéis en duda algunos de los aspectos expuestos. Os ruego, pues, que no os lo guardéis; de lo contrario, no podría proseguir, lo cual sería necesario para llevar adelante el peso que me habéis otorgado y con el que ya me he comprometido. De igual modo, quien quiera hacerlo, no dude en expresar su opinión, en dejar que su alma avance sin freno por este amplio asunto del que hoy nos complace divagar; será grato tanto para mí como para ustedes.

La señora Francesca respondió lo siguiente: —Visto que tanto me lo imploráis con vuestras corteses súplicas, os confesaré lo que me hizo dudar: si he comprendido bien vuestras palabras, habéis asignado a los hombres el gobierno del reino mayor, y a las mujeres, tal y como lo habéis llamado al nuestro, el reino menor. ¿Cómo es posible? ¿A quiénes, si no es a los hombres, les conviene más ser los cabezas de familia? ¿A quiénes, si no es a ellos, les conviene más cuidar de la familia y saber cómo repartir sus ingresos, distribuyéndolos convenientemente según los gastos anuales y conservando una parte para compensar la dote de sus hijas? Todo esto es completamente cierto; todas nosotras sabemos muy bien que dichos hombres se hacen llamar cabezas y padres de familia por todas partes. Pero si no tuvieran la mayoría de ese reino que mencionáis, quizá con razón habríamos de enfrentarnos a un reino mayor de una sola persona, donde los marginados disfrutarían todavía menos. En todo caso, si todo esto fuera nuestro, tal y como deseosamente exponíais, ¿qué les quedaría a ellos? Tampoco me creo que, si nosotras nos dedicáramos a estos menesteres, los hombres renunciasen a ellos. De hecho, en mi opinión, los hombres quieren, y es justo que así sea, no solamente bienes, sino también ser los señores y asumir el mando de todas nosotras.

La señora Cassandra le dijo a la señora Aurelia: —¿Qué decís las demás? ¿Acaso tenéis la misma opinión?

Ella respondió: –Creo que hay sobrados motivos para justificar las dudas de mi hermana. Las mujeres tienen la necesidad natural de ser gobernadas por los hombres; en consecuencia, deben mostrarse sumisas y dóciles ante sus gobernadores, ante sus ayudantes. Bajo este panorama, resulta necesario que las mujeres sean humildes y obedientes a los hombres, siguiendo de manera reverente las leyes exclusivamente constituidas en pro del bien común y universal. De no ser así, si la naturaleza nos hubiera hecho más fuertes y no tan delicadas, un alma superior recorrería nuestro pecho: en dicho caso no tendríamos miedo ni se nos vería a las mujeres como tímidas; tampoco se nos impediría el manejo de las armas, pues nos resultaría más sencillo al tener mayores fuerzas. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme: ¿A qué mujer le enorgullecería que esto sucediera? ¿No veis que la naturaleza nos da claras señales? Encontramos indicios claros, huellas manifiestas, cada vez que miramos la fragilidad y la delicadeza de nuestros cuerpos, los cuales nos recuerdan quienes y cómo somos³⁷.

La señora Cassandra prosiguió: –Señora Porzia, independientemente de cuáles sean sus razones, más allá de las afirmaciones expresadas por estas jóvenes, antes de contestarles, me gustaría saber cuál es vuestra opinión. De este modo, llegado el momento, podré responderos a todas al mismo tiempo y continuar después con nuestra exposición.

La señora Porzia dijo entonces lo siguiente: –Hermosas y honestas han sido las reflexiones de mis jóvenes sobrinas³⁸, no porque considere que su grácil ingenio, sus para nada cobardes y humildes, sino buenas y dignas almas, les hayan llevado a tales creencias. En realidad dijeron lo que más apropiado les parecía, puesto que, siendo ambas mujeres jóvenes y recién casadas³⁹, no podían decir lo contrario: felices y satisfechas con sus maridos, se aferran únicamente a la idea de agradecerlos y de mostrarse obedientes ante ellos. Y puesto que las demás mujeres avanzan

³⁷ Desde un enfoque tradicional, las señoras Francesca y Aurelia defienden la sumisión de la mujer al hombre. Para ello, argumentan que la fragilidad del cuerpo femenino es un claro indicio de los inescrutables designios de la naturaleza.

³⁸ Aurelia y Francesca eran hijas de la hermana de Porzia, Girolama Petrucci.

³⁹ Aurelia se había casado en febrero de 1530 y Francesca en 1528.

en nobleza de espíritu, ellas quieren demostrar cómo, gracias a la excelencia de las tradicionales costumbres, saben vivir mejor que el resto. Pero yo no puedo quedarme callada. Para mí, resulta de obligado cumplimiento tomar partido en defensa de todas las mujeres: mejor y más firme ayuda no se les podría ofrecer. Quiero, pues, realizar esta defensa, muy en sintonía con nuestro debate, a sabiendas de que difícilmente volveré a tener una oportunidad como esta. Señora Cassandra, con vuestras bellas palabras confirmáis que las damas no tienen un débil corazón que agoniza, evidenciáis que pueden recibir el gobierno y mando de la casa. Por lo tanto, considero que debo hablar de estas damas, aunque ineludiblemente hayamos de extendernos en el sermón.

Pienso que hoy no se ha tenido en cuenta a las que hilan con la rueca, con la aguja o con el huso, y cuyo principal pensamiento es saber hacer un par de cinturones o aprender la lauda⁴⁰ de la señora Matelda⁴¹; que Dios me exima de hablar sobre ellas. Además, únicamente hemos pensado en mujeres gentiles y de alto espíritu, aparcando a las de más menguado ingenio. A lo que se ha dicho, añado: —¿Por qué las mujeres son tan humildes y temerosas? ¿A quién y por qué motivo debemos someternos? Indudablemente los hombres deberían mostrarse tan cariñosos con las mujeres como ellas se muestran obedientes con los hombres. Pero, por lo que me parece, todas nosotras asumimos una habitual y mala costumbre: siempre sacamos las armas contra nosotras mismas, razón por la que los hombres, al observar las leyes y la obediencia de las mujeres, solo Dios sabe cómo se comportan. Los hombres son quienes han creado las leyes, no precisamente inspirándose en nuestra prudencia, sino para que durante mucho tiempo les seamos honestas, justas y santas, para imponer que las mujeres seamos las compañeras del hombre, causa por la que se dice que Dios nos habría creado. Por eso nos

⁴⁰ Típica de la literatura italiana medieval, la lauda es una composición de temática religiosa y de carácter popular. Surgió entre Umbría y Toscana, y estuvo en boga hasta finales del siglo XV.

⁴¹ Adaptada a gente humilde e iletrada, esta lauda fue mencionada por Boccaccio en el *Decamerón*, VII, 1: “[...] le enseñaban buenas oraciones y le daban el paternóster en vulgar, y la canción de San Alejo, y el lamento de San Bernardo, y las alabanzas de doña Matelda, y otras tonterías similares [...]”.

juran, nos mueven a ser sus compañeras al decirnos que no nos tratarán como a soldados de infantería.

Ahora, debido a nuestra propia ceguera ante estas leyes, hablamos y obramos en contra de nosotras mismas. Como solemos argumentar todas nosotras, las mujeres de vida reprochable no transigen y muestran mayor ingenio frente a nuestra mentalidad obtusa; alábase asimismo a las que viven miserablemente, ejerciendo el bajo oficio de criadas de sus maridos. Con todo, estaría bien si en Toscana, como en Roma, las mujeres tuviesen más altas oportunidades; las descendientes de nobles parientes casi siempre –que ellas me perdonen– son vistas por sus maridos como sirvientas. ¡Y cuántas cosas hacen los romanos sin razón alguna! Una, quizá la más significativa, se percibe al comprobar que las mujeres rara vez comen junto a sus esposos; es más, aun celebrándose con frecuencia solemnes convites en sus casas, ellos no dudan en llevar allí a otras mujeres (algo menos que honesto). Aunque ninguna de ellas haya cometido pecado alguno, las esposas se quedan en las estancias más altas e incómodas, en verano cálidas, frías en invierno. En estos aposentos se mueren de frío o de calor: ¡Qué cosa tan injusta e impropia! ¡Cuánto dista de las antiguas usanzas romanas⁴²! Sería mucho mejor si los padres permitiesen a sus desafortunadas hijas quedarse en su casa, habida cuenta de que ellos, con grandes dotes, con tanto estudio, compran la servidumbre de sus propias hijas, vacían la casa de grandes riquezas y hieren a su propia sangre.

Resulta de suma importancia matizar lo que quiero decir: si nosotras no viéramos a diario todo esto, ninguna de vosotras osaría creerme. En esta Toscana nuestra, así como en otros lugares, de vez en cuando sucede que gentilhombres desposan a hijas con maridos que las torturan de múltiples formas; ni siquiera dejan de hacer esto cuando, ultrajando la reverente autoridad de las leyes sagradas y civiles, frecuentan deshonestamente otras mujeres. En múltiples ocasiones, al entrar en contacto con otras mujeres, los hombres transportan consigo una grave y embarazosa enfermedad surgida en Italia años atrás. Por la ira de Dios, y para corregir la actitud de los mortales que de continuo

⁴² Porzia reconstruye su experiencia de la vida romana.

llevan a cabo todo tipo de actos inmundos, esta enfermedad, conocida como *mal francés*⁴³, brotó en el reino de Nápoles cuando la poderosa hueste de los franceses fue dispersada y derrotada cerca del Garigliano. Pero aquí no se detuvo el mal feroz: con furia infernal, no hubo lugar en Italia –qué digo en Italia, ¡en Europa, en África y en Asia!– donde no hubiera contagios. En un estadio inicial se detectaban anomalías en la frente y en el rostro; luego se extendían por todo el cuerpo en forma de pequeñas vejigas, de enviciadas flictenas que vulgarmente se llamaban ampollas. Estas últimas se hacían cada vez más grandes, hasta el punto de convertirse en llagas gigantescas y malolientes que, sin titubear, gangrenaban la nariz, se comían los labios, arrancaban los dientes, destrozaban las cejas y pestañas, pelaban la barba, te dejaban sin respiración, e incluso atravesaban los huesos, lesionaban la médula y llenaban las articulaciones de una dura e insoluble resina.

De todos modos, para no relatar una a una estas miserias, diré que, como a algunos les sucede, es de una gran fortuna el padecer una muerte súbita: aquellos que no mueren, se quedan baldados y paralizados; se quejan como si los hubieran atado con una soga; se sienten continuamente afligidos, pues, al no dormir y faltarles la mayoría de los nutrientes alimenticios, lucen pálidos, delgados y débiles, con rostros desencajados, asemejándose más a cualquier otro animal que a la especie humana⁴⁴. De ahí que muchas mujeres, al casarse con estos mezquinos –de los que no pueden evitar sentir asco al conversar con ellos, conscientes de su pésima y execrable vida–, antes de ponerse enfermas, se viesen

⁴³ Llamado más tarde sífilis, el *mal francés* barrió Europa durante el siglo XVI. Al igual que la peste, se consideró que se trataba de un castigo divino por los pecados cometidos por la humanidad. La situación era sumamente complicada para las mujeres cuyos maridos estaban aquejados de esta terrible enfermedad, pues, aun queriendo alejarse de ellos por precaución, las leyes no les permitían ningún tipo de separación.

⁴⁴ En *Agamos gamus sive Coniugium impar*, Erasmo de Róterdam aborda las consecuencias de esta terrible enfermedad en la vida matrimonial. El autor aboga por una intervención del estado que aleje a los contagiados del resto de la sociedad y que anule el matrimonio de aquellas mujeres que, sin saberlo, se casaron con un hombre sifilítico. Erasmo retomaría este tema en *L'instituzione del matrimonio cristiano*, donde desaprobaba el egoísmo de los padres movidos por el interés, la conveniencia y la indiferencia del estado.

obligadas a padecer la misma dolencia y a sufrir los mismos pecados que sus infames esposos. Y aunque se percatasen de todo esto de antemano, también se verían en la necesidad de comportarse y de sufrir los males con resignación. Por este motivo, conociendo el doloroso final que sus maridos les tienen reservado, las mujeres no encuentran ninguna vía saludable de escape: no pueden manifestar decepción a sus allegados, tampoco pueden apelar a la fe de los dioses inmortales. Pero juro por Dios, para que me ayude, que si esas mujeres tuviesen –como, por otra parte, debería ser– una actitud más valerosa, serían mucho más audaces ante los hombres⁴⁵.

¿Qué opináis? Si las mujeres se contagiasen de esa grave enfermedad, ¿soportarían ellos todo tan fácilmente? ¿No les daría asco hablar de esto con nosotras? Seguro que sí. ¿Acaso no se quejarían día y noche, o incluso algo peor? Os digo, de buena fe, que sí. Mis sobrinas decían que las mujeres deben mostrarse humildes, obedientes y sumisas a los hombres. En relación con esta reflexión, querría decir que las mujeres tienen que serles reverentes y agradables, pero no sumisas. De hecho, ya no creo que las palabras de mis sobrinas –por muy certero que todo esto les parezca, pues en realidad se ven lastradas por falsas convicciones– deriven de una mala praxis absurdamente arraigada entre nosotras; no creo que provengan de un común y pésimo error que todas nosotras asumimos desde la infancia. En todo caso, queridas señoras, si durante mi defensa hubiera habido alguna alusión desagradable o estremecedora, o si alguno de mis planteamientos gustosamente os hubiese conducido a la verdad, no olvidéis nunca que todo lo he hecho porque me parecía necesario que las mujeres pusieran fin a un error común, a los disparates que cometen. También lo he hecho porque considero fundamental transportar a las mujeres a esos lugares poco atractivos por los que a menudo y obligadamente transitan, lugares donde, en la mayoría de los casos, se establecen.

⁴⁵ La señora Porzia llama a la rebelión a las mujeres, hecho del que se desprende su defensa del divorcio. Por otro lado, este aspecto evidencia en el texto el notorio influjo de Erasmo de Róterdam, quien, en su comentario a 1 Cor. 7, 29, aceptaba el divorcio siempre y cuando el matrimonio hubiese fracasado y la Iglesia hubiese dado su consentimiento para la celebración de un nuevo enlace.

Por último, nótese asimismo que también lo he hecho para que, en tanto que asustadas por tales cosas, por tales infortunados advenimientos, las mujeres hallen una mejor alternativa de vida, una existencia en la que se muestren verdaderamente como mujeres ante sus parejas, recordándoseles a todas ellas, como la mayoría conviene, la altura de su enorme grandeza. No obstante, habida cuenta de que os agrada tratar la verdad de los hechos en vez de adentrarnos en un bosque de sombras, quisiera deciros algo aún más importante: nosotras no somos ni muy distintas ni muy diferentes de los hombres⁴⁶. Señora Aurelia, ¿cómo creéis que sois? En opinión del vulgo, valerosa joven, ¿sois un ser de delicados atributos por los que la naturaleza parece reprenderos audazmente? ¿Acaso no fue la naturaleza la que os los otorgó sin elección? Cuando os hablo, ¿advertís de alguna manera lo que os intento expresar sobre dichos atributos? Si estas son vuestras consideraciones, creedme que estáis completamente equivocada: hablaré de ello con usted, con vuestra alma, con vuestra mente divina. A raíz de lo anterior, debéis saber que nosotras somos otra cosa: somos seres supremos que vamos más allá de lo que se puede mostrar con el dedo y se puede contemplar con los ojos. Y por ventura de estas palabras, escritas con letras de puro oro en el templo de maestros apolíneos, os diré cuál es la mejor apreciación, la más útil que todo hombre habría de saber: CONÓCETE A TI MISMO.

¿Qué significa esto? ¿Creéis que significa que hemos de conocer nuestras manos, nuestros brazos, nuestro rostro y, en resumen, nuestro cuerpo y todo lo que observamos con nuestros ojos? ¿O tal vez, en su sabiduría, Dios dirigió estas palabras a los hombres y no a las mujeres? Se lo dijo a todos por igual⁴⁷; pero, ¿hasta qué punto esta concepción sería cierta si nosotras no siguiéramos los itinerarios prefijados y los planteamientos preestablecidos? ¿En qué se traduciría entonces todo esto? Sobre

⁴⁶ Con planteamientos sumamente avanzados para la época, esta parte del texto focaliza la atención en la férrea defensa de las mujeres y en su indispensable rol para la vida en pareja.

⁴⁷ Apréciase cómo en la obra se subraya el significado universal del famoso adagio socrático “conócete a ti mismo”. Las fuentes clásicas cobran aquí un especial protagonismo: Aristóteles, *Retórica*, II, 21, 13; Jenofonte, *Memorabilia*, IV, 2, 24.

este aspecto cabe decir cómo, cuando contemplamos perspectivas futuras, cuando recordamos experiencias pasadas que aún cincelan nuestro presente, cuando evitamos el indecoroso camino del vicio, en todos estos casos, seguimos la clara luz de la razón.

Dicho esto, señora Aurelia, tomad nota de cómo sois realmente; así somos todas nosotras: no somos algo transitorio o caduco, sino divino y eterno. Y lo que estamos debatiendo, ¿creéis que es igualmente aplicable a Bogino, Spanocchio o Bellanti? También es verdad; a este respecto, me acaba de venir a la memoria lo que está escrito sobre el divino Sócrates. Parece ser que, contemplando a un hermoso joven, mirándolo con buenas intenciones, y tras haber estado un buen rato observándolo, Sócrates le dijo: ¡Oh, joven! ¡Habla para que pueda conocerte!⁴⁸ ¿Acaso estas palabras no ratifican lo que os acabo de decir? Sócrates corroboró con sumo acierto que, más allá de advertirse los atributos del muchacho, quizá habría podido ver íntegramente el alma del joven toda vez que este hubiera reflexionado sobre alguna materia⁴⁹. Con todo esto, ¿qué es lo que os quiero transmitir? Si nuestra forma de ser realmente radica en nuestros atributos, en las necesidades advertidas por nuestra razón o en el refreno de nuestra codicia; si prestamos atención a aspectos presentes y a proyecciones futuras, y somos asimismo conscientes de que los hombres son iguales y nosotras no somos diferentes a ellos, ¿qué razón justifica que nosotras nos debamos a ellos en vez de ellos a nosotras? Yo no encuentro ninguna. Por consiguiente, señora Cassandra, desmontando vuestra opinión, he llegado a la conclusión de que, si el gobierno de la casa es conveniente para los hombres, no hay motivo alguno para que no lo sea también para las mujeres –de no ser que, claro está, optemos por seguir la opinión del vulgo necio e ignorante–.

La señora Cassandra respondió: –Sois un tanto imprecisa en vuestras palabras, señora Porzia. Por mucho que vuestro verbo

⁴⁸ Erasmo de Róterdam hace referencia a este episodio en su obra *Institutio christiani matrimonii*. Sobre este punto, destáquese cómo la igualdad del hombre y de la mujer surge de la identidad del alma, parte inmaterial del ser humano que regiría sus habilidades personales y tomaría el control del propio cuerpo.

⁴⁹ Téngase presente que para Sócrates el alma era fruto de la combinación de la inteligencia con los atributos del individuo.

nos conduzca a los hermosos y elevados pensamientos que subyacen en vuestra hermosa alma, ahora me toca a mí responder, a título particular, a las múltiples afirmaciones vertidas sobre mí. En primer lugar, me dirijo a esa joven mujer que gentilmente dijo cómo, en su opinión, el querer quitarles a los hombres el gobierno de la casa era algo poco conveniente para las mujeres, algo que nos costaría demasiado adquirir. Sin lugar a dudas, esto sería verdad si los hombres contasen con un gran regimiento y nosotras tratásemos de quitárnoslos del medio haciendo uso de la fuerza. Sin embargo, la situación es bien distinta: tal y como vuestra hermana ha desgranado con detalle y bellas palabras, si se hiciera una comparación entre hombres y mujeres, a estas alturas no negaría que las mujeres han sido ampliamente pisoteadas y escarnecidas. Nunca tuve otra opinión, pero quisiera apostillar que nuestras mayores cualidades derivan de la compañía que entablamos con los hombres, sin ella no tendríamos nada. Sobre este último punto, borrando Atenas y Roma de un plumazo, la señora Porzia parecía querer evidenciar todo lo contrario al dar convincentes argumentos con los que pretendía demostrar cómo los hombres no son diferentes a las mujeres.

Todo esto sería cierto si las reflexiones no partieran íntegramente de los hombres, cuyas concepciones les son favorables, tal y como se aprecia en los antiguos y más eruditos varones. Porzia se inspira en ellos para formular sus excelsos argumentos. Sin embargo, hablando en clave femenina, y quizá con mayor sinceridad, nosotras no solo tomamos en consideración la parte divina y eterna de la que ella nos hablaba, sino también el cuerpo, ese cuerpo que no tememos que sea parte del hombre. Y en la palabra “hombre” referida por Porzia quedan recogidos sus propios rasgos, unos atributos que, por elección de la naturaleza, quieren a las mujeres débiles e impedidas⁵⁰ para que, de desearlo, estas se ocupen del gobierno de la casa. Pero para ello la mujer habría de estar desposada con un gentilhombre. A dicha mujer le convendría estar con un hombre sabio, audaz,

⁵⁰ Para más información en torno a la “delicadeza” del cuerpo femenino, cf. Jenofonte, *Económico*, VII, 23. Por otro lado, aun compartiendo la opinión de Porzia, subráyese cómo Cassandra asume una actitud más moderada y realista sin olvidarse de la diversidad propia de la naturaleza femenina.

valeroso, con un hombre que, o resida en una ciudad libre, o viva en una bajo el gobierno de un rey, duque, príncipe o cualquier otro señor. Hallándose en una ciudad libre, el hombre habrá de concentrar su pensamiento en el bien común de la república. Y con la fuerza del ingenio –añádase, si desempeña un oficio, la del cuerpo– deberá esforzarse por preservar, engrandecer y exaltar la patria. También tendrá que obrar con eficacia en nombre de su ciudad y del gobierno de esta, donde habrá de procurarse el reconocimiento de sus conciudadanos para que estos lo traten con suma deferencia, esto es, para que lo tengan en tal alta estima al punto de ser siempre ensalzado, admirado y hecho partícipe de cada conmemoración local. Para lograr este propósito, todo hombre se encontrará más de una dificultad. De ahí que, como mayoritariamente cabría esperar, este asunto no nos ataña a nosotras.

Señora Francesca, como advertíais, ha de considerarse muy conveniente que los hombres ejerciten su ingenio y, por tanto, si a ellos les parece bien, seamos nosotras quienes nos ocupemos del gobierno de la casa. Si reside en una ciudad cuya dirección corre a cargo de un señor, el gentilhomme habrá de procurar caerle en gracia al gerifalte empleando muy buenas formas. De este modo, dicho gobernante lo llamará a las oficinas locales, a las magistraturas de la ciudad, donde será recibido con honores. Al hacer esto resultará necesario que el hombre ceda a su mujer el gobierno de la casa; de ahí que, referido al asunto que aquí nos ocupa, alabe a quien advierte cómo a un gentilhomme le avergüenza el desempeñar tareas familiares y domésticas, del mismo modo que a una mujer le avergüenza el querer entender los asuntos de la república⁵¹. Es muy cierto que, ya sea dentro o fuera de la ciudad, al hombre le corresponde buscarse un oficio o bien emplearse en otros quehaceres. Siempre de forma honesta, el hombre habrá de percibir un buen jornal como retribución al desempeño de su trabajo. Así pues, en la medida de lo posible, al obtener una buena suma de dinero de manera lícita, el hombre podrá afrontar gastos, adquirir nuevas propiedades o cualquier otra cosa que sea imprescindible para vivir cómodamente. He ahí

⁵¹ Jenofonte, *Económico*, VII, 30-31.

el motivo por el que a los hombres se les llama padres y cabezas de familia.

En cualquier caso, destáquese cómo a las mujeres les toca preservar las cosas de la casa. Es ahora cuando puedo responderos, señora Aurelia, confirmando lo que habíais expuesto: habiendo una supremacía absoluta por parte del hombre, debemos honrarlos de acuerdo con lo establecido. Y puesto que las leyes divinas así lo determinan, y la propia razón y experiencia así nos lo demuestran, a los hombres hemos de reconocerles todo: a ellos se les debe obediencia y reverencia. El hecho de que los hombres sean apreciados por sus conciudadanos o por los dirigentes de sus ciudades redundará en sendos beneficios, ya que estimula que el gobierno local prospere de manera fructífera. Pero, queridas señoras, para que no creáis que había recopilado todos estos planteamientos antes de enunciarlos, me gustaría referiros algunas palabras de Jenofonte, hombre alabado en toda Grecia y autor de la breve obra *Económico*. En este opúsculo aborda el argumento que hoy aquí nos convoca y que no es otro que el de la economía, esto es, la ley, el modo y la manera de gobernar y dirigir la casa. De este libro se dice que hubo ocasiones en las que Marco Tulio se ocupó de reducirlo en su versión latina para mujeres romanas⁵².

También Sócrates recoge unas hermosas palabras que un hombre sabio, conocido como Iscómaco, dirigió a su mujer. Sirviéndose de tales palabras, Iscómaco reconforta a su esposa para que se ocupe de las tareas del hogar: “¿Qué dices, esposa? ¡Ya sabes por qué razón te escogí como mujer! Como ves, tus padres te entregaron a mí. Lo sabes con certeza, de modo que tenemos que vivir juntos y acostumbrarnos a profesarnos amor. En consecuencia, si Dios así lo dispone, tendremos hijos en común, tuyos y míos, a los que resultará imprescindible criar; y cuando pasemos tiempo juntos, nos daremos consejo mutuamente. Es necesario que de ahora en adelante te ocupes de la casa, de todas las tareas domésticas. Todas mis cosas también

⁵² En *De officiis*, II, 87, Cicerón hace alusión a una traducción personal de la obra de Jenofonte. Por desgracia, esta traducción no ha llegado hasta nuestros días, si bien se sabe, en parte, de su existencia gracias al libro XII del *De re rustica* de Columela.

son tuyas: precisamente por eso, siendo agradable a los ojos de Dios, ¡ya sabes qué ejemplo debes seguir! Tienen las abejas una reina que las guía. Sigue y fijate en su comportamiento: la abeja reina no deja que su familia descansa en exceso. A las abejas que le parecen aptas, les manda que salgan del panal en busca de lo que sea menester. Al resto de abejas, a las que permanecen dentro del panal, les ordena otras tareas. La abeja reina recibe todo lo que le traen las abejas con alegría, guardándolo hasta el momento en el que, según las necesidades, se comparte todo por igual entre cada una de ellas. La abeja reina se cuida de ver cómo unas abejas hacen la dulce miel, cómo otras la transportan hasta sus celdas; observa atentamente y por igual a todas ellas, cerciorándose de que cada una hace su trabajo rápido y bien.

Además de dar órdenes, la abeja reina se asegura de que las abejas recién nacidas puedan alimentarse de manera óptima y no les falte nada que estime necesario. En cuanto ve que han crecido y se percata de que pueden mantenerse perfectamente con vida sin la ayuda de nadie, la abeja reina las induce a buscarse un nuevo hogar. Así pues, esposa mía, es esencial que tú también hagas lo mismo: cuando estés en casa, fijate en absolutamente todo; haz que nadie se sienta ocioso. ¿Hay que hacer algo fuera? ¡Manda a alguno de tus sirvientes para que lo lleve a cabo correctamente! ¿Hay que hacer algo en casa? ¡Presta atención a que todo se haga excelentemente! ¿Tienen que traerte muchas cosas? ¡Ocúpate tú de recogerlas! ¿Se necesita consumir alguna? ¡Toma la parte que necesites! Lo demás, guárdalo y custódialo. Controla que lo que debe durar un año no se acabe en un mes. ¿Recibes forraje? ¡Ponlo en un sitio a buen recaudo donde no se estropee! ¿Llega lana? ¡Ordena que se confeccione ropa para vestir a la familia! ¿Enferma alguno de los sirvientes? Esto es algo que todos agradecerán y por lo que todos te querrán: ¡ayúdalos con esmero a curarse para que, gracias a ti, recuperen la salud perdida! Si no, ¿por qué crees que las abejas aman con tal intensidad a su reina? ¡Por el excelente modo en el que las guía!

Esposa, lo mismo te sucederá a ti cuando, por el bien de la familia, y para preservar las cosas, te hagas cargo de todo lo que yo mismo te proporcionaré. Precisamente por esto, si alguien se riese al ver tu diligencia en el cuidado de la casa, si alguna vez

alguien te dijese o profiriese algún insulto, no dudes que celosamente te asistiré, poniéndote incluso al frente de todo aquello que aún no cuente con nadie que lo custodie. ¿Alguna vez has visto a alguien que quiera llenar un recipiente roto? ¿A alguien que, suspirando, lleno de melancolía, luego se da cuenta de que ha hecho un desperdicio y se ha esforzado en vano? Mujer mía, habrás pues de estar atenta a otros aspectos: en caso de que una criada no supiera hacer las tareas domésticas, enséñale tú a acometerlas y te será de gran ayuda; si una criada tosca y humilde no sabe servirte, instrúyela prolijamente, ya que te será fiel y te ofrecerá un óptimo servicio; si en tu casa hubiera sirvientes eficientes y capaces, celébralo con ellos; en caso de que estos fuesen malvados y maleantes, estará en tu mano castigarlos o despedirlos. Pero lo más agradable de todo es si te muestras mejor que yo y me haces tu sirviente”⁵³.

Estas son, en nuestro idioma, las palabras referidas por Iscómaco, pronunciadas por el divino Sócrates, escritas por el gentil y discreto Jenofonte, y por mí recogidas –otras veces con mayor fidelidad– de su diálogo⁵⁴. Ya no cabe duda de que el gobierno de la casa y el mando del hogar han de ser tomados por las mujeres. Y para evitar que penséis que esta opinión solo atañe a los griegos, me agradaría contaros brevemente el parecer de los romanos. Entre ellos existían tres tipos de mujeres: en cierto modo análogo a determinadas prácticas que conciernen a mujeres de nuestros tiempos, hubo un tipo de mujer romana circunscrita a los principios de la llamada *coemptio* (palabra ajena a la lengua toscana, pero que resulta necesario utilizar a falta de un término homólogo)⁵⁵. Este matrimonio se consumaba solemnemente. Y como era práctica habitual, los novios se preguntaban el uno al otro: “¿Qué dices, gentilhombre, quieres ser padre de familia? ¿Qué dices, mujer, quieres ser madre de familia?” A lo que ambos respondían: “Sí quiero”. Se celebraban entonces las nupcias y se desarrollaba la boda. Y mientras la recién casada entraba en la

⁵³ Jenofonte, *op. cit.*, VII, 10-12; 32-42.

⁵⁴ Aunque no se conserva en la actualidad, Palerio hace aquí referencia a una traducción personal del *Económico* de Jenofonte.

⁵⁵ Se trata de un tipo de matrimonio romano en el que los hombres compraban a sus mujeres para poder casarse con ellas.

habitación de su marido, esta decía: “Yo soy la dueña y señora de esta casa”. A partir de entonces, la mujer pasaba a hacerse cargo de la familia, de todo el hogar; ni siquiera los sirvientes hacían nada sin su consentimiento.

Tras todo lo expuesto, señora Porzia, aprovecharé la ocasión para contestar a vuestras palabras. Pero, como no deseabais que se debatiese sobre las mujeres de baja condición, sino únicamente de las corteses y refinadas, os advierto de igual modo que quiero que aquí exclusivamente se hable de hombres educados, sabios, fuertes y valerosos, de esos que –como apuntabais– son dignos compañeros de una mujer. Y para que el debate sobre el gobierno que hoy nos concierne no se vea privado de nada, se ofrecerán detalles, pormenores y aclaraciones adicionales; así se procederá igualmente a hablar de lo que me decís acerca de los romanos, si bien es cierto que razonar de esta guisa no es la usanza en Toscana. Dicho esto, téngase en cuenta cómo en las nobles familias de personas de bien las mujeres conviven honorablemente con sus maridos. Esa amplia libertad no la tienen las mujeres romanas, sino nosotras, por lo que no echéis la culpa a Dios de nada. Más bien se habría de inculpar a la corte romana, la cual, en cuanto viciosa y obtusa, escoria de la sociedad, insoportable refugio de la vida corrupta y de todo tipo de infamias, exaltadora y sustento de ignorantes y aduladores, vive sin cargo de conciencia, por lo que la corte romana ya no podría ir a peor⁵⁶. Al no mostrar respeto por las cosas humanas ni divinas, la corte romana propicia que los hombres sabios se vuelvan crueles; incluso en ocasiones, aun siendo corteses, dichos hombres terminan mostrando una disposición contraria al genio de su benigna naturaleza, un *modus operandi* contrario a la pulcritud de sus modales y de su innata amabilidad.

Dejando esto de lado, ahora quisiera señalar cómo una dama no habrá nada de lo que asustarse si se halla en compañía de un hombre valiente y educado. Sin lugar a dudas, la mujer no habrá de temer incidentes o enfermedad alguna, dado que un auténtico

⁵⁶ Esta valoración tajante de la corte pontificia recuerda a la recogida por Alfonso de Valdés (1490-1532) en su primera obra: *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. En este volumen, el humanista español aborda, entre otros aspectos, la corrupción y el mal proceder de la jerarquía eclesiástica.

caballero no frecuente ni se va con otras mujeres. De entre los múltiples preceptos que contempla el buen gobierno de la casa, este es quizá el más importante: el esposo, con sagacidad, debe tener cuidado de no dañar a su mujer, así como de no ser tachado de malvado y culpable por su deslealtad y perjurio. De todos modos, no deja de sorprenderme cómo algunos hombres creen que serán más amados por sus esposas si a ellas les muestran estar henchidos de amor por otra mujer. En lo que a mí respecta, considero que esto no es más que una verdadera tontería, o, mejor dicho, algo propio de mentecatos. Con todo, aquel que los mire con sano juicio, acabará percatándose de la pobreza de unos hombres privados de facultades morales⁵⁷.

En virtud de lo anterior, y visto que los azares del destino quisieron que así fuese⁵⁸, un hombre no solo deberá profesar cariño por la mujer que por elección propia y de sus parientes fue considerada digna de ser su esposa. Un hombre también deberá no reprocharle nada a su mujer, no hacer nada que la incomode, no darle —como ya he advertido— argumentos que la lleven a sospechar de la fidelidad de su pareja, disipar todo tipo de sospecha que la induzca a pensar que ha obrado mal por nutrir su amor a un hombre pérfido y malvado. Es más, si se peca de que su esposa pone en tela de juicio su amor por él (habida cuenta de que nosotras tendemos de forma natural a mostrarnos más desconfiadas, retraídas y obcecadas de lo que deberíamos en la mayoría de los casos), el marido deberá dejar constancia de cómo ha puesto por encima de todo la fe en su mujer. Deberá demostrárselo con hechos y con palabras que permitan a su esposa vivir tranquila. Solo así todos los pensamientos de su mujer, su corazón, su mente, e incluso su alma, todos ellos, se rendirán al placer, a la bondad, a la honorabilidad del marido.

⁵⁷ Los maridos libertinos son tachados de problemáticos, traidores, irresponsables. En contraposición a los cánones imperantes en la época, a estos hombres carentes de moralidad se les condena por su mal comportamiento hacia sus cónyuges, dejándose entrever un sentimiento humano y cristiano de respeto hacia las mujeres.

⁵⁸ El enunciado del texto original italiano (“e il generale arbitro del mondo volle che fusse”) recuerda un extracto boccacciano: “O gran rettore del sommo cielo e generale arbitro di tutto il mondo...”. Cf. Giovanni Boccaccio, *L’elegia di Madonna Fiammetta* (a cura di V. Pernicone), Bari, Laterza, 1939, p. 106.

Nada, en ninguna parte, podrá entonces ni doblegar su alma ni desviar su mente.

Según estas palabras, nótese cómo, con buenas formas, ha de ser el hombre quien sabiamente transmita a su mujer sus refinadas costumbres, si bien procurando no contrariarla en ningún momento. ¡Oh, señoras! En estos tiempos en los que tantos hombres viven en compañía de una mujer, pocos saben realmente cómo cohabitar con ellas. Y por mucho que el señor Giovanni Boccaccio fuese un hombre comprensivo, por mucho que supiese razonar con propiedad y escribir de manera excelsa, no menos cierto es que se dieron ocasiones en las que le faltó sentimiento al incidir en cómo la mujer necesita un bastón que la castigue, por buena o mala que fuese o pareciera vivir⁵⁹. ¡Menudas palabras! Usadas con poca sabiduría, estas palabras son ciertamente indignas de semejante erudito. Y aunque estuvo al abrigo de la injusta corte de los clérigos, no por ello se vio empañada la bondad de su ingenio, razón por la que estas palabras me hacen más bien creer que Boccaccio fue vilmente ultrajado por alguna mujer y, movido por la indignación, dirigió su ataque contra todas nosotras⁶⁰.

Considerado un sabio tanto en la antigüedad como en estos tiempos, téngase también en cuenta al gentilhomme romano Catón, quien advirtió: “Todos aquellos que por desdén se atreven a ponerle la mano encima a sus mujeres deben considerarse hombres malvados y agresores; de ahí que, entrando en los templos sagrados, dichos hombres tampoco duden en atizar las

⁵⁹ Se alude a la novena *novella* de la IX jornada del *Decamerón*, donde Boccaccio advierte: “Son naturalmente las mujeres todas volubles e influenciables y por ello, para corregir la inquietud de quienes se dejan ir demasiado lejos de los límites impuestos, se necesita el bastón que las castigue, y para sustentar la virtud de las demás, que no se dejen resbalar, es necesario el bastón que las sostenga y las asuste”.

⁶⁰ De un modo un tanto exagerado, se atribuye la misoginia de Boccaccio a su decisión de ser sacerdote. Una bula papal de Inocencio VI, de fecha 2 de noviembre de 1360, lo autorizaba a ejercer el sacerdocio y a encargarse de la cura de las almas. Sin embargo, justo a continuación, Paleario considera más verosímil atribuir la misoginia de Boccaccio a alguna amarga experiencia personal. Y aunque en la obra de Paleario no se mencione de manera explícita *Il Corbaccio*, parece ser precisamente esta la novela en la que se recogen las desventuras amorosas boccaccianas.

reverentes imágenes de los dioses supremos”⁶¹. En todo caso, siguiendo el trascendental dictamen de este sabio romano, cabe notar cuanto sigue: siempre que vea a su mujer hacer algo inapropiado, todo gentilhomme habrá de reprenderla. La reprimenda debe punzar tiernamente el corazón de la oyente, de modo tal que el rostro se le sonroje como un alba carmesí. Y al igual que el amanecer tiñe todo de color rojizo, las mujeres, acostumbándose a ello, se percatarán de que el miedo no está exento de vergüenza. Distínganse, no obstante, dos tipos de miedo: por un lado, se encuentra el que con reverencia escuchamos de los demás. Este miedo nos lleva a sentir la misma vergüenza que un buen niño muestra al ser regañado por su padre o el mismo retraimiento que unos óptimos ciudadanos experimentarían al ser amonestados por su príncipe. Esta actitud corrobora cómo este tipo de miedo no está desprovisto de amor y ternura. Por otro lado, también existe un miedo que no está libre de odio y maldad: se percibe cuando los ruines siervos son reprendidos por su señor o cuando un buen ciudadano es censurado por un vil tirano.

De entre estos tipos de miedo, subráyese cómo el segundo, por bueno que pudiera parecer, no resulta adecuado para las mujeres. En cambio, el primero, cuya base radica en la pureza y la dulzura del alma, se manifiesta con claridad en un rostro ruborizado, indicio claro que permite determinar su eficacia. Dicha efectividad queda testada si el rubor aparece inmediatamente en el semblante de la joven mujer, dándole un aspecto más bello y encantador. En consecuencia, no sabiendo ni pudiendo ocultar la verdad, y ante la vergüenza, la joven se siente en la necesidad de pedir perdón; es más, a causa de su sensibilidad, en la mayoría de los casos las mujeres acaban derramando abundantes lágrimas sin poder hacer nada por evitarlo. ¡Oh, cuán felices y bienaventurados son aquellos hombres que, mostrándose afligidos al ver cómo sus jóvenes esposas han sido regañadas con amargas palabras, tiernamente rompen en sollozos y derraman el doble de lágrimas! No obstante, como ya se había advertido, la eficacia del otro tipo de miedo es ínfima, particularidad que se puede discernir a primera vista: este miedo desfigura el rostro al

⁶¹ Plutarco, *Cato Maior*, XX, 3.

punto de convertirlo en feo, pálido y apagado, señal inequívoca de cuán insalubre resulta para el alma. He ahí la razón por la que, reprimiendo sus sentimientos en lo más hondo de su pecho, los malvados acaban por esconderse. Por el contrario, el primer tipo de miedo, nacido del amor abnegado, promueve el aprendizaje de las jóvenes bondadosas, quienes, como apunta Homero, hallan ejemplo en su tan elogiada Helena. Traducidas una vez más a nuestra lengua, estas son las palabras referidas por el sabio poeta:

*Me inspiras respeto y temor,
suegro amado*⁶².

Este temor se puede infundir fácilmente en la mujer si el marido, cuando resulte menester, reprende a su esposa con cuidadosas palabras. Le argumentará a su mujer el motivo por el que no ha obrado bien, instándola –más que a recriminarla– a cambiar su actitud; el esposo también la consolará, conminando a su esposa a actuar de forma diligente⁶³. De todos modos, en múltiples ocasiones, y para no entristecer a sus esposas, los sabios maridos también tienden a pasar por alto muchos aspectos que les son incómodos. En realidad, esperan con astucia el momento en que alguna de sus criadas o sirvientas caiga en tales errores: mostrándose pesaroso, gravemente turbado y con el rostro desencajado, el hombre abona así el terreno para que la mujer idee todo tipo de cábalas, de manera que, conocedora del carácter del marido, comenzará a comportarse de forma diferente. Con todo, un marido sabio ensalzará igualmente historias con las que picar la curiosidad de la joven oyente; el esposo habrá de expresar las cosas de modo que la oyente no se percate de que es precisamente ella el motivo por el que el discurso se presenta como tal. Sin embargo, ante este panorama, el hombre debe tener cuidado de no ofender la sensibilidad de su mujer y ha de esforzarse por no dar paso al odio y a la maldad que podrían abrirse en el corazón de la joven. Por último, para concluir, nótese cómo, aun concediéndoseles ciertos aires de grandeza –a lo que también se le podría llamar virilidad–, los hombres han de tratar

⁶² Homero, *Iliada*, III, 172.

⁶³ Jenofonte, *Económico*, X, 2-13.

a sus mujeres como si fuesen iguales o superiores a ellos. Esta singularidad parece ya haber sido advertida correcta y sabiamente por nuestros antepasados, quienes la aplicaban para lograr de nosotras que fuésemos consideradas sus mujeres: quien no supiera comportarse así, debía aprender a hacerlo; de lo contrario, quien no aprendiese a hacerlo, no encontraría mujer alguna vista su incapacidad e ignorancia para lidiar con ella.

De la misma manera, se espera de la mujer que no piense en otra cosa que no sea agradar a su marido. Y aunque haya sido él quien la eligió como esposa, debe reservarse a la mujer una cierta delicadeza femenina. Incluso advirtiendo ser completamente diferente a su marido, con palabras y con hechos la mujer debe saber ligar el alma del hombre a sus propios placeres, disipando cualquier sospecha que pudiera abrirse paso en la mente del esposo. De todas formas, quisiera ilustrar esto con algún ejemplo: habiendo ocupado con las armas toda Armenia, el rey Ciro se apropió, además del país, de sus tesoros, así como del padre, de los hijos y de la mujer de Tigranes⁶⁴. Ciro quería devolverle su esposa a Tigranes, pero antes le preguntó a este último hasta qué punto deseaba recuperar a su padre e hijos. Tigranes respondió: “Jamás podré atesorar el suficiente dinero para recuperarlos”. Ciro entonces preguntó: “¿Y cómo recuperarías a tu mujer?” Suspirando, Tigranes le contestó: “La recuperaría entregándosos mi alma, de modo que, al dároslo, evitaría en todo momento ver cómo mi esposa se convierte en sierva de otros”. Después de reflexionar sobre muchos y variados temas, Ciro demostró ser un señor gentil y cortés al devolverle todo a Tigranes: el reino, el padre, los hijos y la mujer.

A raíz de estos hechos, la corte de Tigranes se deshizo en alabanzas a Ciro. Se elogiaron las sabias ideas y la extraordinaria firmeza de este rey, ensalzándose asimismo sus buenas maneras y sus hermosos rasgos. Ante estas palabras, quizá temeroso de que su joven mujer volviera parte de su alma hacia quien no debía, Tigranes le preguntó a su esposa: “¿Qué opinas? ¿No te parece Ciro un apuesto joven?” Ella respondió: “Te juro por Dios que ¡nunca me lo ha parecido!” Entonces Tigranes apostilló: “¿A quién mirabas con especial atención cuando, en presencia de

⁶⁴ Nombre referido a un rey de Armenia entre 560-535 a. C.

todos, Ciro debatía conmigo?” A lo que ella contestó: “A quien, para recuperarme y librarme de toda esclavitud, dijo estar dispuesto a entregar su propia alma”⁶⁵. Aquí se observa cómo, mediante hermosas palabras, esta sabia mujer no solo disipó con habilidad las sospechas que atormentaban a su marido. Por primera vez, también le aseguró a su esposo que nunca más debería sospechar de ella. Y creedme si os digo que sería difícil de cuantificar el amor que este hecho despertó en el corazón de Tigranes. Así es como las mujeres se ganan el amor de sus maridos; así es como también los hombres se ganan el amor de las mujeres. Por tanto, según lo expuesto, adviértase cómo no basta con encomendarse a la santa fe: resulta igualmente necesario estar atentos a cualquier situación que requiera apagar posibles fuegos o incluso emplear las manos.

Por otra parte, recuérdese cómo ayer también vimos la imagen –o, mejor dicho, el retrato– de la divina Hersilia y oímos el conmovedor episodio que sacudió la urbe de Roma, ciudad que, tomada y derrotada en el pasado, se convertiría en presa de poblaciones extranjeras. Allí se hallaba esta noble mujer: por las calles de Roma no se escuchaba otra cosa que no fueran espantosos chillidos y amenazadoras voces de bárbaros. Estos últimos entraron en casa de Hersilia con gran ímpetu, la acordonaron y únicamente dejaron despejado el cubículo de su habitación. Así pues, al no encontrar ninguna vía de escape, para no caer en las garras de soldados desleales –razón por la que sus seres queridos podrían poner en tela de juicio su quebrantada honestidad–, Hersilia se dispuso a beber deliberadamente el veneno que ella misma ya había vertido en una copa por temor a un suceso de este calibre⁶⁶.

La señora Porzia replicó: –Aunque gozó de mayor fortuna, y para que siga viva en nuestro recuerdo, considérese también digna de mención la perecedera y solemne historia de Hércules. Recuérdese cómo, yendo al encuentro de la muerte, Hércules hubo de enfrentarse a cuantiosos monstruos. Su objetivo era

⁶⁵ Jenofonte, *Ciropedia*, 31-37; 41.

⁶⁶ Paleario parece hacer mención a un episodio representado en una pintura al fresco o en un cuadro sienés: alude a un saqueo de la ciudad de Roma, suceso del que no ha llegado noticia alguna hasta hoy día.

impedir que, a causa del triunfo de los bárbaros, su venerable y exitosa madre viese comprometido el honor de sus bellos y sabios vástagos. Inspirándome en esta bonita imagen, me agradan profundamente dos versos que aquí reproduzco:

*Apreciad hasta qué punto el valor ancestral
aún no ha fenecido en las deidades de Roma.*

Sea como fuere, señora Cassandra, puesto que habéis hablado de esto de forma muy sucinta, os rogaría que, en lo que queda de debate, no toméis un ritmo demasiado apresurado y os enfoquéis en aquellos aspectos en los que queráis poner nuestra atención. Para ello haced pausas, mirad a vuestro alrededor, procurad no dejar atrás aquellos asuntos que conocéis y os parezca menesteroso abordar.

Dijo ella: –Estoy realmente contenta. Más allá de hablar de la mujer romana, de nosotras, de los demás, tampoco faltan alusiones a buenos escritores que, con el poder de su pluma, encienden luces internas que brillan como las estrellas del firmamento. Creo, en todo caso, que no he omitido nada que considere digno de exponer. Dios no lo quiera, tampoco creo que hasta ahora se haya dicho nada inapropiado para la plena y absoluta comprensión del tema de debate. Y si en algún momento os ha parecido que me extendí demasiado, os pido perdón. Así pues, aunque mi primera intención es hablar sobre la vida civil⁶⁷, también quisiera reflexionar conjuntamente sobre el gobierno de la casa. A este respecto, nótese cómo quisiera satisfacer de alguna manera las necesidades de múltiples personas. Partiendo de nuestras enseñanzas, mi objetivo esencial es proporcionar a cualquier familia –ya sea pobre o rica– las herramientas imprescindibles para hallar lo que necesita. No obstante, para ello será perentorio desarrollar la capacidad de trabajo, habida cuenta de que esto solo será viable si, bebiendo de una misma fuente, todos lo hacemos por igual.

⁶⁷ Como Paleario deja patente en esta parte de la obra, no resultaba inapropiado que las mujeres se ocupasen de la vida civil. De hecho, Cassandra es consciente del vínculo entre familia y ciudad, de la conexión existente entre gobierno ciudadano y gobierno de la casa.

En cualquier caso, retomando lo que habíamos hablado con carácter previo, destáquese cómo el inicio, el desarrollo y el final del debate sobre el mando y gobierno femeninos nace de, se apoya en y se lleva a término mediante, la compañía entre hombre y mujer. Por este motivo no debe sorprendernos si dedicamos buena parte de nuestro discurso a estas consideraciones, o, lo que es lo mismo, si nos extendemos en qué resulta conveniente para unos y otros. En primer lugar, respecto de quienes estén buscando una mujer, señálese cómo han de acostumbrarse a pensar en las aptitudes femeninas; a estas facultades las llamamos dones, pues, del mismo modo que nadie puede hacer todo, no todos son capaces de hacer el bien. Por otro lado, respecto de aquellos que razonablemente procuran encontrar a una mujer, resáltese cómo, teniendo estos un amplio patrimonio, necesitan de una esposa que lo atienda y lo custodie. Esto se haría extensible a los hijos, quienes hasta el final de sus días conservarían la insignia y armas de la casa, así como el nombre de familia. Sin embargo, de los hombres que, movidos por otros intereses, empujados por la desgana o la inapetencia, buscan exclusivamente a una mujer para tener a alguien que los suceda, de esos hombres solo cabe decir que no son más que inmundas bestias con rostro humano⁶⁸.

La señora Aurelia dijo: –En lo atinente a este asunto, no puedo evitar compartir mi punto de vista, pues considero que vuestras afirmaciones se alejan por completo de la realidad: ¿Acaso solo los hombres ricos y acomodados deben desposar a una mujer? Sería formidable que todos fuéramos ricos, pero ¿quiénes ejercerían de sirvientes? ¿Quién se ocuparía de labrar la tierra? ¿Quién desempeñaría los humildes oficios dedicados a las artes mecánicas⁶⁹? Véase cómo los pobres y rudos hombres se pasan el día trabajando. De ahí que, en mi opinión, la naturaleza los haya concebido en mayor proporción: solo así pueden sobreponerse a innumerables adversidades, a penurias gracias a

⁶⁸ En el texto se desprecia con vehemencia la concepción burguesa de matrimonio, según la cual, además de salvaguardar e incrementar el patrimonio familiar, el objetivo fundamental de los contrayentes era el de tener hijos con los que perpetuar su estirpe.

⁶⁹ En la antigüedad clásica se hablaba de “artes vulgares” para designar a los oficios que requerían de destreza manual o esfuerzo físico. Esta denominación fue reemplazada por la de “artes mecánicas” en la Edad Media.

las cuales los campos, las casas, los palacios, las ciudades y, en resumidas cuentas, todo se torna más bello y feliz⁷⁰.

La señora Cassandra respondió: –No he dicho que los humildes, los de baja posición social, no puedan desposar a una mujer. Interpretéense mis palabras con acierto: basándome en mi criterio, considero que, quienes realmente quieran encontrar a una mujer, deben pensárselo antes de desposarla. A este respecto, nótese cómo el hombre habrá de ofrecerle a su esposa una digna calidad de vida; también habrá de estar atento a sus bienes. Según su condición y estatus, el hombre deberá ver qué tipo de mujer puede desposar y mantener de forma conveniente. Además, si desea tener hijos, habrá de ser capaz de alimentarlos y criarlos, de tal modo que, al morir, los deje bien situados y evite que terminen muriéndose de hambre. En el caso de las hijas, será esencial que estas dispongan de un patrimonio suficiente para hacer frente a la dote que toda mujer aporta al matrimonio. Así pues, sería una auténtica locura, una absoluta imprudencia, que alguien –sea noble o plebeyo– despose a una mujer si, fruto de sus propios padecimientos, ni siquiera él mismo logra sobrevivir a duras penas. Pero, puesto que advertís que esta clase de hombres se han concebido en mayor proporción, no me sorprende que el número de insensatos sea infinito. Dios mío, ¿cuál de todos estos disparates es mayor?

Es una verdadera temeridad desposar a una mujer cuando el hombre ni siquiera es capaz de manejar su propia vida. Esta imprudencia condenaría al esposo y a su cónyuge a una existencia miserable y hostil, por no hablar de sus descendientes: se dejaría a los hijos en pésimas condiciones, obligándolos a llevar una vida pobre, famélica, plagada de dificultades. En consecuencia, estos hijos se quejarán constantemente de la mala cabeza de su padre: por ello, contrariamente a lo esperado, en vez de darle las gracias, condenarán y culparán el doble las acciones de su progenitor, quien pareciera haberlos traído al mundo para hacerles sentir cuán dolorosa y miserable es la vida humana. De todas maneras, apúntese cómo tampoco le debemos nada a la ley del sabio

⁷⁰ En esta intervención, Aurelia evidencia la relevancia de mantener el orden social establecido. Este conformismo colectivo refleja los valores imperantes en la sociedad italiana quinientista.

Licurgo⁷¹, quien señala que la mujer debe ser joven antes de que alguien la despose; quien advierte que a la mujer no se le deben ver los signos de la edad que van apareciendo con el transcurso de los años. El paso del tiempo traerá consigo otras exigencias: de ahí que, al atenderlas, al ocuparse de la educación de los hijos, las mujeres terminen por hacerse personas más abnegadas e incondicionales⁷².

Entre las peores y más inmundas cosas, ¿por qué creéis que la valerosa Alemania incluye el caso de los jóvenes que antes de la veintena entregan su alma a las mujeres⁷³? Podría decirse que nada menoscaba más la fuerza, la altura y la osadía del hombre que aquellos tiempos en los que, desprovisto de alimentos, este se ve en la tesitura de sacar todo adelante. En consecuencia, no debe sorprendernos que esos míseros hombres, esos desafortunados padres que en la adolescencia les dieron una mujer a sus hijos, pronto se vieran privados de ellos y sintiesen un profundo pesar. Con todo, se lamentarían de la enfermedad de los hombres disminuidos, los cuales, delgados, pálidos, descarriados, sin sentimiento, apenas mantenían las piernas en alto.

Visto lo expuesto, no debemos hacer nada sin haberlo meditado antes: hágase esto a la hora de entregar una mujer a otro hombre, pero sobre todo al desposarla, habida cuenta de que, según las leyes divinas, no hay nada que pueda impedir esto. Así pues, teniendo una gran cantidad de tiempo a su disposición, un joven sabio se cuidará de no caer en trampas que lo empujen a la muerte. Y una vez que haya deliberado con qué mujer se casará, la esposa asumirá su misma condición. Muchos hombres no son conscientes de esto, en tanto que desconocen un dicho vulgar de un filósofo para nada zafio: quien quiera desposar a una mujer de forma apropiada, elija a una de su misma condición. Hecho esto, el hombre no tendrá luego que lamentarse de haber recibido dinero como dote a cambio de su propia libertad⁷⁴. También se

⁷¹ Vinculado al mundo del derecho, este legislador de Esparta fue citado por algunos historiadores como Plutarco, Jenofonte o Heródoto.

⁷² Plutarco, *Licurgo*, XV, 4.

⁷³ Tácito, *Germania*, XX, 3.

⁷⁴ Erasmo de Róterdam, *Adagio* 4024 (*LB*, II, col. 1185): *Argentum accepi, imperium vendidi*. “Nihil hac sententia decantatius: qui accipit beneficium,

evitará que su esposa le recrimine constantemente cómo, gracias a ella, se ha convertido en un hombre noble y refinado. Es más, ni siquiera tendrá que escuchar continuas quejas a su alrededor: “¿Quién diablos eres tú? ¿Quiénes fueron tus antepasados? No sé qué decir; lo juro por Dios que...”.

Haciendo caso omiso de las reflexiones del ilustre filósofo, resulta mucho más apropiado para el hombre que despose a una mujer de condición social inferior en vez de una de su mismo estatus. Dando argumentos de peso, el marqués de Saluzzo nos ofrece un claro ejemplo⁷⁵. A este respecto, cabe notar cómo, de ser posible, a una mujer le conviene encontrar un marido de estirpe más noble. De ese modo, los hijos que alumbró, además de instruirlos, heredarán el nombre de la familia del padre, un aspecto que poco –o nada– influiría en las madres de noble abolengo. No obstante, subráyese cómo, si bien antes de casarse el hombre debe fijarse en la condición de su mujer, ha de prestar mayor atención a la buena y loable vida de los ancestros de esta, atendiendo igualmente a las costumbres y a la honestidad de la madre, las hermanas y todas las descendientes de su misma sangre. Semejantes a la joven, se espera que estas parientes sean parecidas a la futura esposa, cuyos rasgos físicos y cuyas facciones corporales ayudarán al marido a reconocer en la mujer la apariencia de su alma y la integridad de sus hábitos de vida. De todas maneras, téngase presente cómo todo gentilhomme también deberá casarse con una mujer joven: de esta forma la esposa podrá adaptarse al entorno y aprender los modales del marido, haciendo que estos confluyan con los suyos. En atención a este punto, resáltese cómo los hombres deben tener mucho cuidado de no desposar a una viuda: estas mujeres ya asumieron el modo de vivir y las costumbres de su difunto marido. De ahí que, de entre los aspectos que difícilmente se pueden cambiar, el de intentar desaprender antiguas usanzas se considere el más complejo.

Y aunque las viudas se afanen en cambiar, sobre todo movidas por el cariño y el amor consustanciales a los primeros años de relación, no podrían realizar los mismos esfuerzos que habrían

perdidit libertatem. Demaenetus eleganter expressit in Asinaria: Argentum accepi, dote imperium vendidi [...].”

⁷⁵ Giovanni Boccaccio, *Decamerón*, X, 10.

hecho con su primer esposo: al haber destinado sus mayores fuerzas al primer marido, el segundo se ve notablemente afectado. A esto se añade la mala opinión que el segundo esposo siempre profesará hacia su mujer: se dice que el primer amor es más ardiente que los demás, se manifiesta con viveza en el pecho de la joven mujer. En cambio, se estima que ese ímpetu se desvanecerá con el segundo esposo, en cuyo caso la mujer se mostrará incapaz de retener el amor, su ocupación y su devoción por los primeros hijos –aquellos por quienes las madres suelen manifestar una gran abnegación–. Por tanto, ¿qué razón nos lleva a creer que, muerto el segundo hombre, la mujer no hará lo mismo con los demás? Al responder, sería correcto excusar a un tipo de mujer que podría declararse apta para un nuevo matrimonio: se trataría de las mujeres que se han quedado viudas siendo aún muy jóvenes, las cuales, con independencia de que el carácter del fallecido hubiese sido bueno y afable, todavía no habrían tenido tiempo de aprender los modales y costumbres de su difunto esposo.

De todas formas, en relación con los reproches, cabe decir que no todas las culpas han de recaer exclusivamente en nosotras. Las mujeres se ven muy a su pesar coartadas por la voluntad y los designios de sus parientes: la propuesta de matrimonio de la joven con otro hombre recae en manos del padre, de los hermanos y familiares, quienes, al ver que la mujer aún no está entrada en años, la consideran competente para aplacar las coléricas y feroces murmuraciones proferidas por las malas lenguas. No obstante, todo gentilhombre deberá buscarse una mujer que sea alta, hermosa y que suponga un aporte sumamente valioso en pro de la persona. Asimismo, deberá tener un bonito rostro, facciones delicadas; deberá ser educada, honesta, de carácter grácil y bondadoso. Sobre este aspecto, subráyese cómo los hijos tenderán a heredar los rasgos, los atributos, los modos de la madre. Del padre heredarán la generosidad, el valor y la grandeza del alma. Todo esto brindará no poca ayuda al desarrollo de la virtud, la nobleza y la belleza física, nacidas, todas ellas, de la

posición simétrica de los miembros del cuerpo y de un rostro elegante⁷⁶.

La señora Francesca apostilló: –Desde hace un buen rato estamos debatiendo sobre los aspectos en los que deben fijarse los hombres, estamos explicando a qué deben prestar atención y en qué deben poner los cinco sentidos para buscar a una mujer. De ahí que, si las demás están de acuerdo, desee escuchar algo acerca de las mujeres: háblese de a qué marido deberían escoger para que, de igual manera, las mujeres aprendan todo lo necesario.

La señora Cassandra dijo: –Me parece muy razonable lo que sugerís. Sin embargo, dado que la elección de un hombre y el interés por este no dependen de la joven, sino del padre y de la madre, poco podemos decir sobre la mujer salvo recordarle la importancia de ser criada con sobriedad, llevando una vida frugal y comedida. Con todo, nótese cómo, si bien el nacer hombre conlleva un cúmulo de miserias⁷⁷, tampoco es mucho mejor la situación de la mujer: a ella le toca ir peregrinando de casa en casa, sortear los peligros de la ruina en la que puede verse sumida a causa del padre o del marido. En consecuencia, si desde pequeña está acostumbrada a vivir en la opulencia y de manera desahogada, a la mujer no le resultará nada fácil soportar vivir amargamente y con dificultades. He ahí la razón por la que debemos familiarizarnos con cualquier cosa desde la infancia: esto contribuirá a mejorar nuestro talante sin mucho esfuerzo; en cuanto dejás de crecer, pero cumples más años, la soberbia, el orgullo y la vehemencia no dejan de aumentar. Y dado que en la mayoría de las ocasiones se hace caso omiso de las antiguas usanzas romanas, acabamos cometiendo un gran pecado al enseñar a las jóvenes, con leche, a beber vino. Si, aunque fuera de manera esporádica, se leyesen verdaderas historias en vez de las falsas fábulas propias del vulgo, sabríamos entonces que Egnazio Mecennio mató a su mujer por beber vino. Este

⁷⁶ La preocupación por la belleza no es algo exclusivo de nuestro tiempo. En este fragmento se concibe la belleza como armonía; se presta atención a las proporciones del cuerpo humano. La consideración de la belleza del cuerpo como signo de bondad y virtud resulta ser un motivo neoplatónico muy difundido.

⁷⁷ Job, 5-7.

acontecimiento —el de que una mujer bebiera vino— contravenía la constitución romana, motivo por el que Rómulo absolvió a Egnazio del homicidio⁷⁸. Años más tarde, sospechosas de haber hecho lo mismo, muchas mujeres fueron encerradas por sus familiares en las estancias más remotas de la casa, donde, encarceladas, terminaron por morir de forma miserable. También Cneo Domicio, gentilhombre romano, condenó y le quitó la dote a una mujer enferma, pues había bebido con complacencia más vino del necesario⁷⁹.

De todos modos, vista la corrupción que hay en el mundo, ¿no estaré trabajando en vano al tratar de concienciaros? Yo no sé si habría soportado no beber vino hasta haberme casado con un hombre; es más, creo que incluso habría resultado excesivo impedirles a las mujeres que bebieran un poco de vino mezclado con mucha agua. En todo caso, quisiera recordaros que la abundancia y la variedad de víveres tampoco están al alcance de las jóvenes, en cuyas mesas no encontramos sabores que abran el apetito. De ahí que se diga: el mejor condimento de la comida es el hambre⁸⁰. Bien querría que la delicadeza y la pulcritud estuviesen en el comer, en el vestirse y en todas las singularidades que a los hombres les son familiares, tales como la fealdad, la sordidez del alma y la hostilidad de su cuerpo. Siguiendo las costumbres de los romanos y de los griegos, nosotras no podemos entrenar a nuestras jóvenes para que corran, para que naden, para que ejerciten sus brazos o asuman otras duras actividades. Sin embargo, si estas jóvenes están sanas y vigorosas, si se encuentran en óptimas condiciones para la gestación, podría permitirseles que, cuando su madre se vaya al campo —aspecto que abordaremos en otro momento—, estas jóvenes toquen el cémbalo, canten con campesinas de baja estofa o incluso bailen con ellas la *ridda*⁸¹ o el *ballonchio*⁸².

⁷⁸ Valerio Máximo, *Factorum et dictorum memorabilium*, VI, 3, 9.

⁷⁹ Plinio, *Historia natural*, XIV, 90.

⁸⁰ Subráyese cómo “la fatica è il cuoco, e la fame il condimento” es un tema frecuente en los tratados de esta época.

⁸¹ Antiguo baile en el que, cantando y cogiéndose de la mano, varias personas daban vueltas.

⁸² Se trata de un tipo de danza campesina. Más allá de esto, resáltese cómo en el texto se hace en parte referencia al *Cortesano*, III, 7-8. Por otra parte,

En la ciudad, por la mañana, y después de rezarle a Dios, estas jóvenes también podrían habituarse a: limpiar la habitación; hacer la cama; sacudir los trapos; limpiar la ropa del padre, de la madre y de los hermanos⁸³. Después de almorzar –y tras haber leído, escrito o hecho algo de provecho– la joven podría dedicar el resto del día y buena parte de la noche a hilar con la aguja o con el huso. Tampoco me desagrada cierta costumbre de algunas madres de familia: dejar a cargo de sus hijas mayores el cuidado y la atención de los hijos menores. Las hermanas se ocuparían de vestirlos y de arreglarlos con cariño, aspecto que redundaría en un mayor conocimiento de cómo hacerse cargo de los demás. Y puesto que en la juventud todo se aprende con suma facilidad, tampoco se debe pasar por alto ninguna otra tarea frecuente y necesaria para el correcto desarrollo de la vida de las mujeres.

Por otro lado, destáquese cómo para el excelentísimo señor Hippias de Élida fue un gran honor decir en público –ante casi toda Grecia– que no solo sabía de ciencia, comprendía la naturaleza o conocía las cualidades de las cosas. Hippias también reconoció dominar todas las “artes mecánicas”⁸⁴, subrayando cómo el manto que veían ante sus ojos, así como el que llevaba encima, habían sido confeccionados por él mismo⁸⁵. Si Hippias de Élida hizo esto, ¿cómo no va a ser alabada y estimada una buena muchacha? En lugar de vana música o en vez de cantos llenos de lascivia y perversión, ¿acaso no hay artes femeninas esenciales para el sustento de la vida humana?

Dicho lo anterior, me gustaría notar cómo sería un verdadero placer que, llegada la edad en que a toda mujer se le ha de buscar un acompañante, dicha joven tenga la ocasión de poder bailar libremente en casa con otras compañeras de su misma edad; pueda cantar al son de un laúd, de una viola o de otro instrumento; tenga la oportunidad de leer, comprender, recordar alguna

Palcaario no alude en este fragmento a las “mujeres de palacio”, sino a jóvenes burguesas dispuestas a bailar en el campo con mujeres campesinas.

⁸³ La consideración del trabajo doméstico como actividad física se encuentra en: Jenofonte, *Económico*, X, 10-11.

⁸⁴ Se remite a la nota a pie de página 69.

⁸⁵ Platón, *Hippias menor*, X.

canción, balada o soneto del señor Francesco Petrarca⁸⁶. Asimismo, me complacería que el padre o la madre de la joven la agasajaran más que de costumbre. Me agradecería que mirasen con atención cuáles son las virtudes de su hija, descubriendo si vuelve su alma hacia las riquezas o hacia la nobleza, o incluso si ha nacido para la gloria de las letras. De este modo, a la hora de casarla, los padres sabrán en qué fijarse para que su hija viva contenta. Esto habrá de hacerse con la debida diligencia, de tal forma que, al irse de casa, al dejar sus quehaceres, la joven sienta satisfacción y no lástima.

Con todo, adviértase lo distintas que son las costumbres según el país, como diferentes los hábitos en función del lugar. Sin embargo, excluyendo los más alejados, me centraré en las usanzas propias de las ciudades de Italia, tradiciones de las que tenemos más información. Al modo de los pueblos bárbaros, ténganse en cuenta las prácticas de los padres y madres que no parecen estimar la libertad de sus hijas. Llegado el momento de desposarlas, lo hacen de manera cruel: tratándolas como a una sierva, por no decir algo peor, dan y prometen la mano de sus hijas en matrimonio. ¿No consideráis muy extraño no conmovirse ni mostrar cariño alguno cuando mandas a tu hija lejos de casa, cuando la alejas de ti, cuando inseparablemente la estás ligando a la indisolubilidad del matrimonio sin decirle ni una sola palabra⁸⁷? A este respecto, cabe señalar cómo, si bien el mundo evoluciona de forma paulatina en aspectos como el de forjar el valor de la bondad, la Toscana gana en humanidad al resto de Italia.

En las nobles familias toscanas es costumbre que toda buena madre con una hija en edad casadera, después de concretarse cuáles son los mejores partidos de la ciudad para la joven, reflexione, hable con rotundidad y tome una decisión consensuada con su esposo. Hecho esto, se lleva a la hija a su

⁸⁶ Aun manteniéndose afín al modelo renacentista de mujer, madre y esposa, Paleario señala la necesidad de que las jóvenes reciban una formación superior, más libre y completa.

⁸⁷ Este planteamiento ideológico de Paleario coincide con la posición de Erasmo de Róterdam: los padres deben tratar de persuadir a sus hijos, pero nunca forzarlos. El propio Erasmo abogaba por una ley contra la violencia parental (*Christiani matrimonii, op. cit., LB, V, col. 658 A E B*).

habitación y, apoyándose en los buenos razonamientos de Iscómaco, se le expone cuanto sigue: “¿Qué dices, hija? Sería injusto para ti –y además pensarías que es propio de una madre poco afectuosa– el querer mantenerte encerrada entre las cuatro paredes de tu habitación. Ha llegado la hora de que muestres al mundo tus valores, tus aptitudes, tu sabiduría; ha llegado el momento de poner de manifiesto que he sabido criarte bien y que me he ocupado con diligencia de tu crianza. Por primera vez no seguirás nuestros pasos, de donde derivan el juicio y voluntad de tu padre: nacido libre, él también quiere que tú lo seas. Así pues, dado que, en el pasado, casi a modo de sirvienta, gozaste de muy poca libertad, ahora queremos dejar atrás esa baja condición para hacer de ti una auténtica señora. Queremos que te cases, deseamos que te conviertas en la mujer de un hombre, de tal manera que, de ahora en adelante, podrás comenzar a frecuentar otras damas venerables. Al ya no estar encerrada en tu habitación, podrás acudir a palacios, a grandes salones, a espacios recreativos, a banquetes; podrás moverte por la ciudad, ir a la iglesia, asistir a celebraciones públicas con la misma honorabilidad con la que lo hacen otras damas de tu misma condición. Por este motivo, hemos pensado en un compañero con el que gustosamente podrías vivir, en un compañero al que le daremos la correspondiente dote. No obstante, más allá de las reflexiones sobre ti expuestas hasta ahora, ten presente que serás suya, serás tú quien tendrá que amarlo y venerarlo como has hecho con nosotros”.

Pronunciadas estas palabras –u otras semejantes–, viene muy a colación aclarar cómo, con destreza y sin nombrar a nadie, toda buena madre se cuida de alabar al candidato que ella misma y su esposo han escogido y considerado como mejor partido para su hija. Antes de ser elegido, y visto que se requiere de un juicio cuidadosamente calibrado y ponderado, el candidato es examinado con rigor y detenimiento en más de una ocasión. Y dado que toda elección resulta compleja cuando suscita dudas, aun se hace más difícil en un contexto de estas dimensiones: adviértase cómo rara vez encontramos hombres intachables; siempre carecen de algo. Desde tiempos remotos, las ciudades cuentan con jóvenes dotados, por herencia ancestral, de una incuestionable y excelente nobleza. Y aunque estén desprovistos

de un amplio patrimonio, nótese cómo las mujeres pueden vivir cívicamente con estos hombres. Sin embargo, cabe subrayar que, aun descendiendo de antepasados de baja estofa, no hay joven más noble ypreciado –y, en consecuencia, mejor reputado– que aquel que, gracias a las virtudes de su ilustre linaje, logra procurarse más bienes e inmuebles que su predecesor. Asimismo, hay muchos nobles ricos que se singularizan por su descortesía: son engreídos e ignorantes, fruto de un sino que les regaló riqueza a manos llenas y los acostumbó a vivir con el estómago saciado. Por otro lado, hay igualmente hombres cultos perseguidos por la mala suerte: de ahí que, si por un lado son presa del infortunio, por otro, se ríen sin parar⁸⁸. También hay mucha gente humilde y muchos plebeyos quienes, por medio de actividades ilícitas, terminan acaudalando grandes sumas de dinero y costosas propiedades: estos hombres se convierten de este modo en ricos y famosos. Ante tal grado de confusión, ¿qué tipo de marido convendría desposar?

–Señora Porzia, escuchemos, por favor, la opinión de nuestras jóvenes: guiadas por la naturaleza, las mentes más puras e ingenuas a menudo son tocadas por la luz de la razón. Según me ha parecido entender, amparándose en esa luz de la razón, era costumbre del sabio Sócrates el querer ir más allá de los meros indicios, el querer llegar a ese lugar que alberga toda verdad escondida⁸⁹. Si bien comprendí vuestras palabras, vosotras –dijo a la señora Francesca– queríais hablar de esto hace un rato. Por tanto, consciente de cómo el hablar largo y tendido una sola persona puede llegar a ser contraproducente, tanto para vuestra tía como para mí resultará de sumo agrado oíros a usted y a vuestra hermana debatir sobre esta cuestión. A este respecto, decidme: si estuviérais en la tesitura de esa buena madre a la que hemos aludido, ¿qué tipo de hombre elegiríais? ¿Cuál os parecería mejor para vuestra hija?

La señora Francesca apuntó: –Es muy complicado emitir una valoración sobre estas cuestiones; se requiere más que de ingenio para responder a tales preguntas. De todos modos, como veo que

⁸⁸ Se trata de una referencia autobiográfica que alude al conocido verso de Petrarca: “Pobre y desnuda vas, filosofía” (*Rimas*, VII, 10).

⁸⁹ Se hace mención a la mayéutica de Sócrates.

estáis esperando una respuesta de mi parte, dejaré a un lado el parecer de las demás. Conocedora de la extraordinaria riqueza que supone escuchar una amplia variedad de opiniones, os mostraré mi particular visión: elegiría, sin lugar a dudas, el primer tipo de hombre. Me estoy refiriendo a ese joven de alta nobleza, al hombre que, aun no teniendo un amplio patrimonio, hace que la mujer viva cívicamente. Quisiera, pues, destacar cómo la inmensa mayoría de nuestras alegrías, los más altos honores, se derivan de esa nobleza: si primero el padre, y antes los abuelos del honorable joven, se distinguieron por su nobleza, no cabe duda de que de ello también se deriva el que los hombres nobles terminen desposando a damas valerosas e ilustres. Estos jóvenes acaban entonces por tener descendencia con esas espléndidas mujeres. Y si bien festejan con gran honor y gloria a sus hijos, tampoco es poca la dicha de esa nueva madre a la que, en sintonía con otras mujeres, la tratarán de igual a igual. Téngase en este caso presente cómo, si la esposa se encuentra en banquetes solemnes, en regios matrimonios o en fiestas públicas, las nobles señoras le cederán los primeros asientos para que se siente. La mujer no tiene por qué avergonzarse de ello: de indudable pertinencia, la madre y las abuelas del marido también se sentarán en el mismo sitio para mayor comodidad.

Con un esposo en estrecho y diario contacto con los ciudadanos, la esposa también verá cómo su marido no figurará nunca en última posición; esta mujer se percatará igualmente de cómo sus hijos han nacido con estrella. Ya llegados a la madurez, desarrollada esa nobleza con la que poder vivir de forma honrada, y asumidos los valores cívicos propios del primer tipo de hombre al que se ha hecho mención, los hijos podrán aumentar fácilmente su patrimonio de manera respetable mediante múltiples alternativas. En mi opinión, las buenas formas deben ser motivo de suma alegría y han de considerarse más importantes que cualquier otra cosa. A Dios poco le importa que el hombre tenga un patrimonio pequeño si la pobreza nunca oprime el alma de la mujer. Por valerosas que sean, ni siquiera los más cultos atienden a las mujeres de forma digna: víctimas de la mala suerte, estos hombres deambulan por el mundo. Se da la circunstancia de que estos sujetos proliferan; se trata de individuos que no tienen nada bueno: no hay cabida para el elogio, habida cuenta de que,

apartándose de la gente de noble progenie, estos hombres indignos nunca llegan a lo más alto, sino que terminan por caer en lo más bajo. Con todo, para seros sincera, en este momento os confieso abiertamente que nunca he prestado atención a estos aspectos. Pero a tenor de lo anterior, reflexionando sobre el santo rey⁹⁰ que veo en mis plegarias (Dios lo tenga en su gloria), ruego que no se me dé ni pobreza ni riqueza: solo le pido que me provea de bienes de primera necesidad. En cuanto a la vida de mi esposo, espero que este se percate de lo menesteroso que resulta el ocuparme de las tareas de nuestro hogar común. Creo que mi hermana opina lo mismo que yo; no obstante, entenderéis mucho mejor su criterio si la escucháis con atención.

La señora Aurelia apuntó entonces cuanto sigue: –Esta vez mi hermana no ha atinado con su apreciación, pues tengo una opinión distinta: si se me diese la oportunidad de elegir entre los distintos tipos de hombre ya mencionados, me decantaría especialmente por el segundo. Si lo he entendido bien, me estoy refiriendo a los hombres que, aun carentes de tanta nobleza, son valerosos, gozan de renombre y se han procurado un buen patrimonio. Al decir “carentes de tanta nobleza”, aludo a los hombres nacidos de padre y madre nobles, pero cuyos antepasados no eran de tan ilustre ascendencia. Sobre este punto, basándose en su propia opinión, mi hermana se sirvió del discurso para alabar con empeño la excelencia humana de un padre cuyos nobles orígenes se remontan a los abuelos de los abuelos u a otros ancestros más antiguos. En vista de ello, mi hermana no considera perfecta la nobleza que directamente procede de un abuelo o de un padre. Pensamos muy diferente en este tema: en lo que a mí respecta, considero realmente nobles a quienes, en virtud de su modo de actuar, de su excelente virtuosismo y de su buena reputación, merecen ser atendidos, amados y venerados con admiración. Y como se deduce de todo esto, ¿de qué le sirve a un joven falto de esperanza nacer en el seno de una noble familia? ¿Acaso sembrar el desaliento y la desesperanza no disminuye y reduce la gloria de sus antepasados? A mi juicio, el trabajo, el

⁹⁰ El sintagma “santo rey” está referido a Salomón, personaje bíblico que se distinguió por su férreo carácter pacifista. Cf. *Prov.* 30, 8: “Mendicitatem, et divitias non dederis mihi: tribue tantum victui meo necessaria [...]”.

sudor y la honestidad son los atributos que convierten en bello, noble y maravilloso a un hombre. Los hombres con estas cualidades son incluso quizá más dignos que el resto de ser calificados de este modo.

Por todo lo expuesto, quien siga creyendo en el atractivo principio según el cual todo hombre noble procede de una familia gloriosa y feliz, no dude en decírmelo; todo aquel que no sea de mi misma opinión, tampoco dude en hacérmelo saber. ¿Halla su origen en algún sitio este tipo de nobleza de la que estamos hablando? ¡Por supuesto que sí! Dicha nobleza se le presupone a todos aquellos hombres que la han heredado de manera continuada durante al menos cinco, seis o diez generaciones. El que se dice primer noble de esas generaciones debió ser un hombre de bajo estatus que, por su excelente virtud, en nuestra ciudad se mereció el estar a la altura de quienes nosotros llamamos senadores. Ahora, hermana, os pregunto: ¿Consideráis a este hombre de noble linaje? Si respondéis que no, os advierto entonces que tampoco sería noble ninguno de sus sucesores: ni el segundo (menos aún el tercero, descendiente directo del segundo), ni tampoco el cuarto, el quinto, el sexto, y así sucesivamente.

Según lo indicado, puede concluirse que, quienes creen que la nobleza no hace excelente a un hombre, en verdad están negando y rechazando que haya nobleza alguna en el mundo. Quizá no se quieran tomar en consideración las fábulas de algunos poetas cuya condición proviene de los dioses. Siguiendo los planteamientos del insigne Scalza, la inveterada nobleza sería aquella que halla su reflejo en la florentina estirpe de los Baronci⁹¹: he de reconocer que no me desagrada este tipo de nobleza a la que mi hermana ya hizo alusión. Es más, atendiendo a todo lo dicho y respetando la opinión común, no me cuesta en absoluto admitir que también a mí me gusta este tipo de nobleza. Pero no debemos prestarle tanta atención a este aspecto: a mi

⁹¹ Debatendo con sus amigos cuál era la más noble estirpe de Florencia, Michele Scalza llega a la conclusión –y demuestra– que se trata de la familia de los Baronci. Cf. Giovanni Boccaccio, *Decamerón*, VI, 6. De todos modos, nótese cómo en realidad Paleario critica la vanidad de la nobleza, carente de significado en la nueva sociedad burguesa.

juicio, no hay hombre más noble, ilustre y digno de sabia mujer que aquel que, aun descendiendo de una familia de menor linaje, se ha forjado su propia reputación gracias a su arrojo y gallardía⁹².

Por otro lado, con vuestro permiso, a pesar de ser ensalzados por mi hermana, llamaré ambiciosos a aquellos hombres cuya codicia no hace ningún bien a las mujeres: el hacer de la virtud un uso detestable, el quebrantarla con desmedida codicia, no puede de ninguna manera calar hondo en el ánimo de las almas valientes. Aunque incluso una mujer muestre deseos por un hombre así, ¿qué mejor partido se podría encontrar en la ciudad sino el de un hombre que destaque por la excelencia de sus virtudes? ¿Acaso la esposa no será considerada por todos una mujer honorable, agradable y reputada gracias a la valía de su marido? ¿Acaso ese esposo no logrará darles esperanzas a sus hijos? Si descienden de tan ilustre padre y se les educa correctamente, ¿acaso los hijos de ese hombre no serán considerados, tratados y erigidos a la altura de su honor? Añádase aquí la importancia de atender a los bienes familiares, esto es, al patrimonio de la familia. En lo tocante a este punto, mi hermana se deshizo en pocas alabanzas: por mi parte, quisiera advertiros cómo, si bien no valoro en exceso el patrimonio familiar, me parece algo importante que no se debe descuidar. Con todo, quisiera subrayar que, en medio de tanta excelencia, he procurado compartir con todas vosotras aquellaspreciadas reflexiones que para mí resultan de mayor interés.

Dichas estas palabras, la señora Francesca se preparó para intervenir. La expresión de su rostro ponía de manifiesto cómo había reunido argumentos de peso con los que rebatir algunas de las cuestiones planteadas. Estaba deseosa de empezar; también la señora Aurelia estaba lista y ansiosa por escucharla, si bien para Aurelia era aún mayor el deseo de querer responder a Francesca con gran nivel de detalle. En los ojos de ambas ardía un fulgor especial, casi divino; sus ojos ofrecían la sensación de una

⁹² El hecho de que la nobleza dependa de la valía del individuo y no de sus orígenes es una concepción asumida como natural ya con carácter previo al siglo XVI. Sin embargo, aunque este tema se convirtió en un lugar común durante el *Cinquecento*, las costumbres sociales del momento siguieron otorgando gran relevancia a la nobleza de la estirpe.

majestuosidad digna de reverencia. Maravillada, la señora Porzia les dijo entonces cuanto sigue: –¡No discutamos entre nosotras! Alejemos de nuestras almas tanto la ira como las palpables muestras de indignación. Bien sabe Dios que veo cómo todo esto se manifiesta nítidamente en vuestro rostro; observo cómo, ante esos ojos inundados de luz, casi resulta imposible sostener la mirada. En vista de ello, señora Cassandra, os emplazo a seguir con el debate de modo que podamos concluirlo en algún momento.

La señora Cassandra dijo así: –Señora Porzia, ¡habéis oído cómo nuestras jóvenes no se contentan con tener únicamente nobleza, riquezas o virtudes! Es justo que así sea. Pero compuesto de cuerpo y alma, todo hombre también necesita –además de los suyos propios– de los beneficios que le aporte su cónyuge. Al casarse con una joven para tener familia, el hombre habrá de mantener y guiar a su esposa, de donde el sabio padre y la discreta madre acabarán por relacionarse e intercambiar sus pensamientos. Y como advertimos hace poco, a la hora de elegir al mejor partido habrán de mirarse con atención –y en la medida de lo posible– las capacidades, cualidades y valores que definen la personalidad de la joven. Si por desgracia el hombre no resulta conveniente para la mujer, basándose en auténticas razones y no esgrimiendo argumentos espurios, la madre y el padre de la joven tendrán plena autoridad para plegarla a su voluntad⁹³ y buscarle de inmediato un compañero junto al que pueda vivir feliz y satisfecha.

Señora Porzia, visto que, gracias a Dios, estáis casada con un buen partido, os ruego que sigáis con el debate y habléis de lo que quede por decir. Como veis y se deduce de vuestro semblante, apenas tengo voz, por lo que todas nosotras nos complaceremos en escucharos de buen grado. Y dado que prácticamente sin darme cuenta el tema de debate ha llegado a su fin, os exhorto a embarcarnos en un nuevo inicio.

⁹³ Aun teniendo en cuenta las inquietudes de las hijas a la hora de buscarles un marido, los padres estaban en todo momento obligados a evitar que sus descendientes se casaran con un mal partido.

LIBRO SEGUNDO

En el transcurso de su movimiento diurno, el sol ya había alcanzado su punto álgido desde hacía un buen rato. Por efecto de su rotación, se asistía al ocaso de la jornada; una suave brisa acariciaba nuestra espalda. Pero a fin de posibilitar la celebración de nuestro debate, esa brisa pronto se esfumó: no se escuchaban las hojas de la maleza, tampoco las ramas de los arbustos; se notaba ligeramente su presencia. Como signo de alegría y gozo ante nuestras bellas palabras y doctas reflexiones, toda vez que la brisa sacudía las verdes ramas, esta hacía caer gran cantidad de flores en el regazo de nuestras hermosas mujeres. Así pues, empujada por el aire fresco, una nube de jazmines, de flores de azahar, acababa por envolver el rostro, por cubrir el pecho –y, sobre todo, por caer a los pies– de estas nobles damas⁹⁴. Con todo, nótese cómo ni siquiera las verdes hierbas ni las flores del campo se movían desde hacía largo rato: pareciera como si estuviesen preparadas para escucharnos con gran atención; parecía que estaban bailando en círculos al son del murmullo de un cercano arroyo. Quien hubiese visto esta escena, habría dicho con firme convicción: “¡Oh, estas hierbas y estas flores no son para nada insensatas! Ante las virtudes de la luz de los hermosos ojos, ante la dulzura de las palabras de mujeres tan nobles, las hierbas y las flores terminan por sucumbir ineludiblemente a la perfección del alma”. Tampoco debemos olvidarnos de los deambulantes pajarillos: cobijándose en negras sombras donde huir del calor vespertino, se levantaban en silencio de entre las verdes ramas y comenzaban a gorjear los más hermosos cantos del mundo. Frente a este panorama, las mujeres no pudieron evitar rendirse al placer de aquel maravilloso instante.

Habida cuenta de que la señora Porzia habría de iniciar el debate, todas las mujeres pusieron su mirada en ella en cuanto se hubieron refrescado. Percatándose del inminente comienzo del debate, el viento dejó de soplar; ninguna fronda ni ninguna rama se movía, los pájaros enmudecieron, no hubo lugar en el que no reinase el silencio. Y conteniendo la bravura de sus aguas, el

⁹⁴ Esta escena se inspira en una famosa canción petrarquista: *Chiare, fresche e dolci acque*. Cf. Francesco Petrarca, *Rimas*, CXXVI.

curso del arroyo también se tornó más silencioso. Fue entonces cuando, mirando a las demás con amabilidad femenina, la señora Porzia comenzó a decir:

—Señora Cassandra, ¿queréis ponerme a prueba? Tras haberme quedado prendada de vuestros razonamientos, ¿queréis dejarme sin guía alguna y completamente desorientada? Muy a mi pesar, ¿queréis que agite mis aun frágiles alas para hacer que todas nosotras volemos al lugar al que esperábamos que usted nos condujese con sumo placer? ¿Debo ser yo ahora quien os guíe a usted y a las demás? Si pudiera hacerse de una manera educada, me gustaría negarme. Sin embargo, al final de vuestra intervención me he percatado de que no me habéis dejado otra alternativa: deseosa de escuchar otro alto espíritu, de abrir paso a planteamientos de otra índole, me habéis emplazado a iniciar este debate. Por consiguiente, queriendo retomar el tema donde lo habíais dejado, creo necesario hablar ampliamente, en profundidad, acerca del matrimonio. A este respecto, me pregunto: además de lo que cada cual dice sobre este santo y divino vínculo, ¿qué más podría decir? En la antigüedad, los hombres rudos vivían su existencia como bestias, pero la gentil vida conyugal más tarde los condujo de la selva a la ciudad⁹⁵. A raíz del matrimonio, se les concedió a los padres —aunque antes a las madres— la oportunidad de tener verdaderos y legítimos hijos. Y del hecho de tener esos hijos se derivó la existencia de padres afectuosos. Pero, más allá de esto, subráyese también cómo, gracias al matrimonio, se procuró un final feliz y deseado a las luchas, a los asesinatos y a toda clase de obscenidades. Llena de infinitas angustias, la vida humana encontró en el matrimonio un apaciguador a toda suerte de dolor: con el amor de una preciada mujer y con la ternura de unos dulces hijos las miserias del mundo se soportan mucho mejor. Asimismo, resáltese cómo, si no fuera por el matrimonio, no crecerían con tanto orden ni florecerían con tanta intensidad esas villas, castillos y ciudades donde se vive felizmente.

No cabe duda de que, en vista de su inmortalidad, la gloria de Dios es la que ha introducido el matrimonio en la vida terrenal de los hombres: la existencia de este vínculo debe de tomarse con

⁹⁵ Tito Lucrecio Caro, *De rerum natura*, V, 1001 y ss.

suma felicidad en todo momento, de él siempre habrá de guardarse un grato recuerdo⁹⁶. Si mi ingenio fuese tal, incluso si tuviera la capacidad de reproducir alabanzas en pro del matrimonio, soy consciente de que mis labios nunca conseguirían exhalar, jamás lograrían deshacerse en suficientes elogios para con esta unión conyugal. Acostumbradas a prestar continuados servicios a su estricta madre, cercenadas en un espacio limitado que se reducía a las más remotas estancias de la casa, las jóvenes mujeres atisban en el matrimonio su anhelada libertad. Candorosas e ingenuas, esas jóvenes muchachas comienzan a acariciar gratos pensamientos amorosos. Estas ideas serán alentadas por el matrimonio: dicho vínculo será el que encienda en ellas el deseo por su futuro esposo, esto es, por el compañero y por el guía que le brinda el matrimonio. Por otra parte, motivado por esta unión conyugal, el joven esposo dejará a un lado los errores del corrupto mundo para dar paso a una vida mejor⁹⁷. De ahí que, llegado el momento, y en pos de un buen comienzo, toda buena joven deba mostrar con hechos las virtudes y el valor del grácil espíritu que alberga en su interior. Llegada a casa del marido, con refinados y buenos modales, la joven deberá ganarse en primer lugar el cariño de su cónyuge, el de su suegro y el de la madre de su esposo. Más tarde habrá de granjearse el afecto de quienes se han convertido en familiares tras las nupcias.

Si permanece atenta al desarrollo de los acontecimientos durante los primeros días de estancia en la casa de su marido, la joven esposa podrá dedicar fácilmente todas sus fuerzas a analizar cuáles son las actitudes que más agradan a sus nuevos parientes. Si por casualidad considera que sus maneras no son dignas de elogio, en principio debería dejar constancia de su incomprensión. Sin embargo, la joven deberá tener paciencia,

⁹⁶ Erasmo de Róterdam, *Encomium matrimonii* (ed. de J. C. Margolin), en: *Opera omnia* 1/5, Amsterdam-Oxford, 1975, p. 386, 30-45.

⁹⁷ Se muestra el matrimonio como una opción ideal para las mujeres: dejando atrás la tutela de los padres, podían iniciar una nueva vida en la que poner en práctica sus particulares dotes personales. Sobre este punto, téngase presente cómo Paleario criticó con dureza el celibato del clero: el humanista consideraba el matrimonio como un vínculo sagrado creado por Dios para todos aquellos que no recibieron el don de la continencia. Cf. Aonio Paleario, *Actio in pontifices romanos*, V-VI.

fingir que estas conductas son de su agrado en vez de hacer todo lo opuesto: no tiene por qué alabar esos comportamientos, pero tampoco ha de condenarlos. La esposa habrá de esforzarse lo máximo posible en complacer a su nueva familia: a fin de cuentas, siempre es al principio –y no años después del matrimonio– cuando se mira con mayor detalle hasta qué punto la joven es afectuosa, discreta, desagradable o inoportuna. A resultas del matrimonio, se observará cuáles son las costumbres de la esposa para que estas converjan con los hábitos de su nuevo núcleo familiar. No obstante, cabe advertir a la esposa cómo una vez que alguien se forma una sólida opinión sobre ella, difícilmente nadie le podrá convencer de lo contrario. Y aunque así fuere, destáquese la urgencia de que la joven no tenga prisa en querer vivir a su manera. Sin mostrar sus verdaderas intenciones, debe interpretar cómo acontece la vida cotidiana de su marido y ante qué personas debe mostrarse respetuosa. Como ya había anticipado, con el paso del tiempo no es imposible que la sabia esposa disponga todo según su voluntad. Pero he aquí el error común de casi toda mujer: su impaciencia.

En el caso particular de aquellas mujeres que con sus buenas maneras han tomado, y con su correcta educación han amarrado, el alma de sus esposos, cabe preguntarse: ¿Qué sería de ellas si, reprochando a sus maridos algún aspecto cotidiano, emplazándoles incluso a cambiarlo en multitud de ocasiones, terminan por no percibir ninguna mejoría? Dejo esto a un lado, visto que la señora Cassandra estima que un sabio gentilhombre jamás necesitará de correctivos. Imaginémonos, sin embargo, que la suegra o el padre del marido actúan de forma poco ortodoxa; imagínense que ese modo de actuar de la familia del marido produce aburrimiento y angustia en la esposa. En vista de que el marido ha invertido buena parte de su tiempo en conquistar a una sabia mujer, si ella se lo pide y le muestra oportunamente la verdad, ¿acaso creéis que no será posible que el marido se pliegue por completo a la voluntad de la esposa? Habéis de saber que hay testimonios escritos que atestiguan cómo, sin lugar a dudas, un hombre no dudará en dejar a su padre y a su madre si eso le permite estar al lado de su mujer⁹⁸. No obstante, como he dicho,

⁹⁸ *Jer.* 2, 24.

debe evitarse tener demasiadas prisas por disponer la casa a nuestra manera, pues podría convertirse en causa de alboroto y crispación para toda la familia. De ahí que, como es costumbre advertir, al principio de nuestra andadura en el gobierno de la casa debemos ser conscientes de que cada siervo tiene cien ojos: aunque seamos libres desde hace relativamente poco⁹⁹, no debemos enemistarnos con los veteranos sirvientes que prestan sus servicios en casa del esposo desde hace mucho tiempo. Tampoco debemos querer mandar en todo de forma inmediata y con actitud altiva, sino que hemos de ganar terreno diariamente con nuestras buenas maneras y con absoluta discreción: se logrará así que todo se disponga de acuerdo con nuestras preferencias personales. Con arreglo a lo anterior, se puede concluir que, si la mujer acaba de mudarse a casa del esposo, resultará prácticamente imposible –o se hará de mala manera– la imposición de nuevas normas y diferentes condiciones de vida: no se eliminarán de un plumazo las usanzas que determinaron de forma prolongada la vida del hogar marital.

Por otro lado, nótese cómo es frecuente que parientes –o simplemente amigas del marido– visiten también a la nueva esposa: resulta conveniente que la señora adopte una conducta elegante, cortés, humana. Si se sabe comportar, si tiene unos modos impecables y alberga una risueña disposición, no quedará más opción que amarla, alabarla allá donde fuere que estas mujeres se hallaren. En relación con este aspecto, cabe resaltar cómo es precisamente ahora el momento en el que se pueden trabar buenas y preciadadas amistades, amigas que se revelarán de imperiosa valía para la cotidianidad de toda mujer. Gracias a ellas, habrá momentos que se harán mucho más livianos: sobre este punto, subráyese cómo, además de reflexionar juntas, habrá ocasiones en las que estas mujeres coincidirán en convites, acudirán a la iglesia o incluso asistirán a celebraciones públicas organizadas en fechas señaladas. Será en este periodo cuando la esposa deberá escrutar qué parientes le parecen más sabias, educadas, elocuentes, dignas de admiración; de donde,

⁹⁹ Recuérdese que, “liberando” a las mujeres de las garras de sus progenitores, el matrimonio se presenta como una solución femenina de enorme utilidad.

expresándose con humanas palabras, con cariñosa amabilidad, procurará entablar amistad con todas ellas.

En virtud de lo dicho, me pregunto: señora Frasia Bandini¹⁰⁰, señora Dianora Malevolti¹⁰¹, ¿quién se sorprendería al reconocer el amor que siento por mí misma aun no siendo correspondido por ustedes? Téngase en cuenta que, tras ir a casa de los Agazzari y ver sus excelsas virtudes, su alma noble y gentil, así como la belleza de su ingenio, también comencé a amaros a las dos¹⁰². Sin embargo, ha de subrayarse cómo a todo ese amor mío se añade otro aspecto digno de mención: las propias experiencias y la recíproca voluntad son los valores de los auténticos –y no fingidos– lazos de amistad. Por tanto, habida cuenta de lo anterior, han de elegirse amistades con las que tener la ocasión de reflexionar, leer, pasar momentos de ocio y matar el aburrimiento.

En otro orden de ideas, destáquese cómo uno no puede estar siempre atento a las tareas domésticas: quienes se entregan por completo a tales quehaceres acaban convirtiéndose en personas ruines, codiciosas, necias, charlatanas, groseras. En consecuencia, no sorprende que esas mujeres vayan por la vida como bestias desbocadas: a fin de cuentas, han tomado la costumbre de rodearse de sirvientes, merchantes, obreros y lavanderas; han llegado a la vejez únicamente sabiendo el día en que todos ellos nacieron; se han habituado a no levantar del suelo su cabeza adormecida, optando por dejarla sepultada bajo el fango del mundo¹⁰³. Y si bien es cierto que, independientemente

¹⁰⁰ De la familia Agazzari, Frasia o Eufrosia Bandini fue mujer de Mario Bandini, líder del partido popular sienés del Monte del Popolo.

¹⁰¹ Llamándola Dianora quizá por descuido, Paleario se refiere a la cuñada de la señora Porzia; esto es: a Leonora Pantasilea, hija de Mino di Girolamo Agazzari, nacida en Siena en 1506 y desposada con Angelo di Giovanni Malevolti en 1521.

¹⁰² Probablemente se esté aludiendo a una escena narrada por el escritor Girolamo Bargagli (1537-1586). En concreto, se estaría haciendo mención a una vigilia de los “Intronati” celebrada en la villa sienesa de Torri: allí habrían estado presentes Frasia Bandini, Porzia degli Agazzari y Onesta Venturi.

¹⁰³ Se presenta un cuadro realista de la vida de las mujeres casadas del momento. La esposa instruida era la excepción y únicamente se encontraba entre las clases nobles y burguesas más ricas y avanzadas. En cierta manera, también se muestra el desapego –e incluso el desprecio– de Paleario hacia

de la edad, resulta perentorio destinar tiempo al ocio, adviértase cómo, guiadas por la ignorancia, esperando la compañía de alguien amable, estas mujeres terminan por acercarse a frailes estúpidos e hipócritas ignorantes. Serán estos últimos quienes tratarán de atarlas en corto, quienes buscarán acordonarlas para encauzar sus vidas hacia la senda de Dios. Dios quiera que estas mujeres no encaminen su existencia hacia otro lugar y acaben teniendo una vida pésima, hostil y reprobable¹⁰⁴.

Si no fuesen víctimas de estas prácticas, de no ser saboteadas de este modo, un extenso elenco de talentosas mujeres se habría convertido en todo un ejemplo de responsabilidad civil; esas mujeres habrían proporcionado a los escritores un valioso material con el que dar vida a sus historias. Pero ahora, sumergidas en una oscuridad absoluta, no se hablará jamás de ellas; ni siquiera se conocerán sus nombres. Queridas señoras, esto no me dolería tanto si no supiese que hubo en el pasado muchas damas que, consideradas buenas y santas, terminaron por asumir las falsas ideas de estos ignorantes. No tuvieron problema en decir que el querer saber tanto y el querer comprenderlo todo era algo impropio de mujeres; tampoco tuvieron impedimento en afirmar que el escuchar razonamientos laicos era una mala práctica. Y atándose la soga al cuello, su condición de víctimas era cada vez mayor, toda vez que predicaban cómo una mujer honorable debía acudir únicamente a lugares en los que se hablase de la vida de los Santos Padres, de la grandeza de los santos eremitas o de las alabanzas de la señora Beca¹⁰⁵. ¿Acaso necesitamos saber algo más?

quienes no sentían la necesidad de escapar de la angustia de su pequeño mundo. Por otro lado, esta parte de la obra recuerda el lenguaje usado por Maquiavelo en una carta del 13 de diciembre de 1513 dirigida a Francesco Vettori: en ella se hablaba de la asunción de comportamientos y de modos de vida “vulgares” como forma de matar la ociosidad del exilio.

¹⁰⁴ Esta observación nace de la crítica a un hábito de vida según el cual, al encerrarse a las mujeres entre las cuatro paredes de su hogar, solo se les ofrecía una única alternativa de distracción: realizar prácticas religiosas no siempre edificantes por culpa de la corrupción en el seno del clero.

¹⁰⁵ Puede estar haciéndose referencia a la *Beca da Dicomano* del famoso poeta italiano Luigi Pulci (1432-1484). Cf. Alessandro D’Ancona, *La poesia popolare italiana* (2.^a ed.), Livorno, Giusti, 1906, pp. 151-152.

Estos reproches han hecho que el desarrollo de la vida cívica –no solo útil, sino también necesario– haya tenido durante muchos años múltiples detractores por todo el mundo. En lo tocante a esta cuestión, obsérvese cómo las mujeres más apreciadas fueron aquellas que se comportaban como ovejas. Pareciera como si el saber y el comprender las cosas fuese algo malo: madre y generadora de todo mal, la ignorancia era algo que se debía ensalzar en las mujeres. Esto me trae a la memoria lo siguiente: esas actitudes constatan que las personas ignorantes impiden y corrompen todo componente cívico esencial para el buen vivir, materia que hoy abordamos. Temo, pues, que perdamos la confianza en nosotras a causa de sus clamores. Me inquieta que todas nuestras reflexiones se hayan hecho en vano si acabamos por sucumbir ante el dogmatismo de tales personas: acto seguido, en tanto que enemigos de la verdad, no me cabe duda de que estos individuos condenarían nuestras leyes, censurarían nuestras opiniones y se declararían abiertamente contra nosotras¹⁰⁶. De ahí que, viniéndoseme todo esto a la mente y sintiendo un gran temor, haya llegado a este punto movida por una más que justificada indignación.

La señora Cassandra apuntó: –De no ser así, ¿habría algo más digno de lo que hablar? ¿Acaso hay algo mejor que enseñar a todas a vivir bien, a llevar con sensatez las riendas de la casa, a formar una familia de la mejor manera posible? ¿Quién será el primero en reprocharnos algo sin haber sido antes criticado por los demás? Con mayor motivo si cabe, todo esto me lleva a pensar en lo que habéis dicho sobre la sabiduría femenina. Si bien la ignorancia no me gusta, menos aún me agrada que se haga referencia de forma tan vaga a las ansias de las mujeres por saber más: es imprescindible encontrar un término con el que aludir al intelecto femenino. Asimismo, en mi opinión, creo que no es bueno que las mujeres quieran entenderlo todo o quieran leer libros de todo tipo: ¿No veis que esto nos ha perjudicado en incontables ocasiones? Se percibe con claridad en aquellas

¹⁰⁶ Quizá la construcción narrativa de esta parte del relato esté basada en el coloquio erasmiano *L'abate e la donna colta*. La polémica se dirige contra la difusión de los preceptos de la Contrarreforma católica, hostil a los ideales humanistas y a la cultura laica.

mujeres que, consagrándose a la composición de rimas o relatos breves, comenzaron a recibir críticas, pensamientos poco amables. Deleitándose ora con una canción, ora con un soneto, sus fábulas se difundían entre el vulgo: reflexionando, aguzando los oídos, estas mujeres procuraban encontrar aliciente en los versos y cartas de los jóvenes indiscretos.

Visto lo cual, comprenderéis por qué no me gusta que, queriendo saber tanto, una noble mujer sea tratada con desdén. Sin embargo, si ponemos el foco en las tareas de la casa, me produce sumo gozo observar cómo las mujeres logran poner en práctica todo lo que la madre naturaleza les ha enseñado. Y si en algún momento les da por leer y de ello obtienen gran placer, léanse libros sobre honestidad u obras cuyas enseñanzas contribuyan a la vida cívica. No me gusta para nada —ni alabaré— que las ansias por conocer se ligen a oficios como el de espigadoras santurronas cuya existencia se consume sin haber aprendido nada¹⁰⁷. Tampoco me parece correcto que, hallándose en amplios salones atestados de hombres extranjeros, las mujeres comiencen a contar relatos, se pongan a entonar canciones amorosas o tengan a bien responder a cualquier proposición. A mi juicio, sería mucho más oportuno que se quedaran en casa y se hicieran responsables del sostenimiento de la familia. A nosotras, mujeres, nos basta con esto y ¡no con los más excelsos estudios de la filosofía!¹⁰⁸

La señora Porzia apostilló: —Me gusta eso de que el saber de las mujeres se acote dentro de unos límites. También a mí me producen rechazo aquellas mujeres que, dejando a un lado sus obligaciones domésticas, se muestran deseosas de aprender todo aquello que incluso los científicos y los eruditos apenas saben. Esta conducta no es apropiada para las mujeres: la modestia ha de ser la cualidad que caracterice y abandere cada acto femenino. Por otra parte, teníais razón al decir que no debe leerse toda clase

¹⁰⁷ Se muestra de manera clara y visual la realidad de la sociedad rural quinientista.

¹⁰⁸ Cassandra modera el discurso crítico de la señora Porzia al preocuparse de las consecuencias morales de una vida más libre para las jóvenes mujeres. Sin lugar a dudas, se hace referencia a las oportunidades que se les brindaron a las mujeres burguesas de Siena, socialmente expuestas al cortejo amoroso de jóvenes indiscretos.

de libros. Las Sagradas Escrituras esconden todos los tesoros de la sabiduría de Dios¹⁰⁹: ellas solas levantan del suelo a los más afligidos, doman la altivez de las personas prepotentes y, yendo por el camino recto, nos conducen al cielo. Asimismo, ya traducidas a nuestra lengua, léanse igualmente antiguas y modernas historias: mentiría si dijese que no son de mi agrado. En realidad, estos relatos no son más que un ejemplo, un espejo de la vida humana: al leerlos, toda mujer se hará muy sabia y discreta.

Por último, léase *El cortesano*¹¹⁰ o cualquier otra obra digna de consideración para una honorable mujer. A este respecto, piénsese en la utilidad de la lengua vulgar; adviértase la honestidad intrínseca a este tipo de lenguaje¹¹¹. Aquellas mujeres que hallen en él un nuevo instrumento, un nuevo modo de hablar, no duden –si así lo desean– en usarlo allá donde quieran. Digo esto porque me parece que las mujeres pueden hablar con propiedad y elegancia. Esto se percibe desde la antigüedad: apúntese cómo, teniendo una madre, un padre o un marido que hablaba bien, conversando con nobles señoras que daban muestra de su elocuencia, leyendo únicamente a buenos escritores y descartando a los ínfimos, no cabe duda de que las mujeres griegas y romanas se expresaban con habilidad en su lengua materna¹¹².

¹⁰⁹ *Colosenses* 2, 3.

¹¹⁰ Escrita por Baldassare Castiglione (1478-1529), además de ser una de las obras más importantes del Renacimiento italiano, esta contribución marcó el inicio de la prosa artística en español. *El cortesano* se publicó en Venecia en 1528 y, poco después, en 1534, fue traducido al castellano por Juan Boscán.

¹¹¹ Aparentemente defensora de restringir los límites de la cultura femenina, Porzia en verdad opone tres grandes instrumentos culturales a las estériles disputas filosóficas: las Sagradas Escrituras, fundamentales para la formación espiritual e inestimable guía para la salvación humana; las historias antiguas y modernas, relatos clave para reflexionar sobre la realidad del hombre; y *El cortesano*, libro de enorme trascendencia para la difusión y el desarrollo de la cultura cívica.

¹¹² Palerario consideraba que, aun siendo de gran ayuda la lectura de textos compuestos por buenos escritores, la lengua hablada no podía aprenderse a través de los libros. El lenguaje oral se asimilaba por imitación y creación cuando uno se comunicaba con los padres (si estos hablaban de manera adecuada) o entablaba conversaciones con personas cultas e instruidas.

Tuliola¹¹³ hablaba de manera primorosa porque estaba atenta al modo de razonar de su progenitor¹¹⁴; Hortensia¹¹⁵ se expresaba con elocuencia porque leía a menudo los escritos de su padre orador¹¹⁶; la magnánima hija de Catón y mujer de Bruto¹¹⁷ mostró al mundo –no solo con palabras comprometidas, sino incluso con la muerte– los grandes aprendizajes que había asimilado tanto de su padre como de su esposo¹¹⁸. Sin embargo, esto se revela de mayor importancia en el caso de quienes nacen de parientes sin trascendencia alguna. Con todo, nótese cómo a Cornelia¹¹⁹ le resultó sumamente beneficioso el reflexionar de forma prolífica y el escribir acerca de sus dos hijos, los Gracos¹²⁰. Pero si, por el contrario, todo lo referido no se reputa encomiable, basta con que se muera el marido: al quedarse sola la mujer, en virtud de sus necesidades esta podrá expresar con más facilidad sus propios pensamientos, defender el patrimonio de los herederos, rezar por sus parientes y amigos, quejarse a Dios o lamentarse de los hombres cuando le hagan daño¹²¹.

¹¹³ Hija de Cicerón y Terencia, esta dama romana del siglo I a. C. perteneció a la *gens* Tulia. Su padre siempre sintió un gran cariño por ella, llamándola habitualmente Tuliola.

¹¹⁴ Cicerón, *Epistulae, ad Quintum fratrem*, I, 3, 3.

¹¹⁵ Mujer de indiscutible formación lingüística y literaria, Hortensia fue una notoria dama romana del siglo I a. C. Era hija del célebre orador romano Quinto Hortensio Hórtalo.

¹¹⁶ Valerio Máximo, *op. cit.*, VIII, 3, 3.

¹¹⁷ Se está haciendo referencia a Porcia, mujer romana que vivió en el siglo I a. C. Era hija de Marco Porcio Catón y fue la segunda esposa de Marco Junio Bruto. La muerte por suicidio de Porcia en el año 42 a. C. ha suscitado debates entre literatos e historiadores.

¹¹⁸ Valerio Máximo, *op. cit.*, IV, 6, 5.

¹¹⁹ Hija de Escipión el Africano, Cornelia (c. 189-110 a. C.) fue una famosa matrona romana especialmente conocida por ser la madre de los Gracos.

¹²⁰ Cicerón, *Brutus* LVIII, 211; Quintiliano, *Institutio oratoria* I, 1, 6.

¹²¹ En el texto se ejemplifica la igualdad entre hombres y mujeres. Sin embargo, Paleario pone de manifiesto cómo las esposas tenían que esperar al fallecimiento de su marido para poder tomar las riendas de la familia y administrar el patrimonio familiar. Aunque aún no estuviese contemplado en las leyes, este modo de actuación se estaba extendiendo en Italia y en las sociedades de los países más avanzados. Cf. Nino Tamassia, *La famiglia italiana nei secoli decimoquinto e decimosesto*, Milano, Sandron, 1911, p. 142 y ss.

Más allá de esto, recuérdese cómo os estaba hablando de la gran utilidad que se deriva del saber hablar correctamente. Cada cual centrándose en sí mismo, piense en los inconvenientes de no saber expresar con claridad sus propias ideas. Nadie podrá decir –ni justificar en nombre de Dios– que la facundia haya traído hasta la fecha mal alguno al mundo. Y al igual que sucede con los elocuentes, todo lo dicho es aplicable a múltiples aspectos que consideramos buenos y que, sin lugar a dudas, lo son¹²². ¿Quién puede negar que el estar sano, el dar muestras de gallardía o el ser valiente y rico no son algo bueno para las personas? A pesar de ello, muchas veces la mala suerte ha tocado la puerta de quienes, provistos de tales dones, los han usado con vileza. Lo bueno no puede ser malo cuando se obra haciendo el bien. Aun así, las mujeres jamás tendrán acceso a este campo del saber, habida cuenta de que, para evitar que se pierdan en vaguedades que trascienden los límites de su conocimiento, queremos que las mujeres se preparen para saber lo que realmente necesitan.

La señora Cassandra dijo: –¡Oh, señora Porzia! Habéis pensado en usted misma a la hora de establecer un símil entre nuestras jóvenes y las antiguas romanas. Respecto de estas últimas, y a tenor de lo expuesto, no me gustaría ser diferente en ningún aspecto: estar a la altura de su intelecto, tener un padre o marido reputados como hombres honorables o incluso haber leído las obras antes mencionadas. No obstante, toda mujer que sepa más de lo requerido habrá de esconder en su interior esta satisfacción: no se jactará de ello en vano, no acudirá a solemnes convites donde mostrar hasta qué punto su conocimiento es superior al de los hombres; también se cuidará de no preguntarles y de no responderles a unos y a otros¹²³.

¹²² Si bien se exalta el valor de “hablar correctamente” y el arte de la persuasión, no se omite la supuesta inferioridad social de quienes “no saben expresar con claridad sus propias ideas”.

¹²³ Basándose en los hábitos sieneses de la época y en tono de preocupación, Paleario hace alusión a la vanidad y al erotismo de los hombres. A esta actitud profundamente arraigada en Italia se la define con el vocablo *gallismo*, término acuñado por el siciliano Vitaliano Brancati para referirse a la altivez y a la fanfarronería masculinas. Para más información, véase: <<https://www.trecani.it/vocabolario/gallismo/>> [fecha de consulta: 09/08/2021].

La señora Porzia apuntó: –No sé cómo se me ha podido pasar. Vuestras palabras me han recordado algo sumamente necesario que quisiera destacar: el cuidado y la atención que toda joven mujer ha de prestar al asistir a iglesias y fiestas, donde en ningún momento deberá mostrar una actitud indecorosa ni tampoco habrá de pensar de forma estéril. A este respecto, no cabe duda de que, de las innumerables criaturas que pueblan el mundo, las más exasperantes son los jóvenes arrogantes. No creo que la osadía de estos jóvenes los lleve a odiar a una muchacha solo por el hecho de reconocer en ellas una palabra o una mirada amables. Pero no hay forma alguna de corresponder o de familiarizarse con estos soberbios. Aun estando junto a ellos, ningún hábito es efectivo; no hay nada que los refrene: como caballos desbocados, se dejan guiar por sus instintos. Pensando en que la cortesía y en que el mérito de amarlos radica –como dicen– en ser una persona buena, ilustre y hermosa, o bien en ser rico o en proceder de alto linaje sin necesidad de tener un alma noble, ¿acaso estos hombres van a creerse indignos de algo? ¡Oh, pobre de aquella que, víctima de estos energúmenos, vea en ellos algún beneficio! Piénsese en aspectos tales como la clausura de ventanas y de puertas; ténganse presentes las contrariedades y los agravios de estar al frente de la casa; tómese en consideración la peligrosidad del marido o de los hermanos, quienes no podrán soportar los comportamientos indecentes de un joven atrevido. Así pues, ¿puede la mujer establecerse en algún lugar siendo libre? ¿Puede instalarse en algún sitio inaccesible a los celos del marido o en el que esa bestia inmundada no esté siempre encima de ella? ¿Dónde se puede debatir sin caer reprobadamente en boca del vulgo? En tales circunstancias, por muy inocente que sea, la mujer terminará por despertar el odio del padre, de los hermanos, de todos sus familiares.

Según lo anterior, ¿qué deberíamos decir nosotras? ¿Qué advertencias deberíamos tener en cuenta? En lo que a mí respecta, opino que se podría escapar fácilmente de esta peste huyendo a otras partes de Italia. En esta Toscana nuestra la plaga es casi imposible de eliminar: para percatarse de ello bastaría con pensar en las celebraciones públicas que se acostumbra a realizar en estos lares. Es más, cabría incluso pensar en las licenciosas conductas de la gente depravada, cuyo comportamiento jamás se

podrá erradicar. Ante nuestra imperiosa necesidad de vivir, ¿qué deberíamos hacer? Hemos de ser conscientes de que el adoptar una actitud infame no es propio de mujeres honorables. Pero, queridas señoras, ¡válgame Dios! Guárdeme yo de alabar a esas mujeres que en banquetes y eventos públicos se mantienen firmes, como estatuas de hierro o de mármol. Muy asustadas y con la mirada aturdida, pareciera como si nunca, en ninguna otra parte, hubieran visto a un hombre. Y los hombres que ven adoptan el aspecto de osos o leones, de donde, al percatarse de que las están observando, y como si un lobo las hubiese mirado justo antes, estas mujeres acaban por perder su voz.

A raíz de ello, no sorprende que, cuando los hombres les preguntan a dichas mujeres por algo que les suscita curiosidad, ellas no sepan qué decir: encogiéndose de hombros, bostezan tontamente. No sucede así cuando esas mujeres hablan con la criada o con la lavandera sobre un pañuelo que han perdido, caso en el que se expresan sin mayores dificultades. Entonces hablan con suma eficacia, como profesores de derecho o lógica que gritan locamente a los estudiantes cuando estos abandonan la escuela y salen a la calle. En consecuencia, en cierto modo cabría decir lo siguiente: enfocándonos en nuestras acciones y haciendo caso a los planteamientos de los eruditos, lo mejor es pensar cómo en todas las cosas ha de seguirse una vía intermedia. Quien transita este camino intermedio actúa de manera correcta¹²⁴: adviértase cómo el que una joven mujer hable demasiado resulta moralmente reprobable, pero tampoco es loable que una mujer se quede muda por completo. Del mismo modo, resulta necesario conocer y adaptarse a los lugares, a los tiempos y a las personas: para lograrlo, la naturaleza nos ha dotado de cierto sentido común. Sin embargo, cuando la joven carece de él, cualquier esfuerzo nuestro para con ella será en vano, cualquier reflexión personal resultará estéril.

Dicho lo anterior, conviene asimismo subrayar cómo toda ciudad rebosa de alegría en el momento de las nupcias, de la celebración de una boda. Cuando los hombres amables y corteses llegan a la ciudad, escuchan a las más nobles mujeres –reunidas

¹²⁴ Recuérdese que Aristóteles escribió “in medio virtus” para explicar cómo la virtud se encuentra a medio camino entre los excesos y las carencias.

en gran número— para ver cómo la honorabilidad, la gentileza y la cordialidad se tocan todas a la vez. Inducidos por la lujuria y los deseos impúdicos, los bromistas y los jóvenes rebeldes también corren por entre las calles. Y como bien se dice, el corazón se puede leer en la cara: de ahí que esos indóciles cometan múltiples actos vandálicos al hablar, al levantar la mirada o al moverse. Quien no los conozca, tome nota de cómo esos seres indómitos se camuflan bajo la apariencia de hombre. En virtud de ello, se revela esencial distinguir varios tipos de persona: por un lado, están los hombres afables, quienes darán muestras de su vileza si la joven no se muestra dulce, amable y cortés en sus actos y palabras; por otro, los patanes que se encargan de amargarles la vida a las mujeres, las cuales, a lo sumo, viven resentidas —pero nunca se comportan de forma grosera, pues no es propio de una noble mujer el ofender a la gente—. Y dado que no deben ultrajar el honor de nadie, las mujeres honorables, con diligencia y por encima de todo, habrán de evitar crearse enemigos.

En relación con estos hombres hostiles, destacan quienes se han consagrado al estudio durante mucho tiempo: estos eruditos han logrado ser tratados ya no como hombres, sino como auténticos dioses. Dueños y señores de toda época, convierten en eterno e inmortal el nombre de quien más les place. De ahí que, apelando a Dios, ruego que ninguna de vosotras olvide las ínfulas y las gloriosas provocaciones de todo joven letrado. Ya no como mujer, tras la lectura de las amenazas de estos intelectuales he llegado a la conclusión de que raro sería que un hombre no temblase de miedo ante tales insinuaciones: “No creáis que existe un solo camino para ejecutar mi ansiada venganza. Si hubiesen fallado todas mis trampas, no fallaría el poder de los ecos de mi pluma: con ella escribiría muchas y variadas cosas sobre ti; expresaría todo de tal manera que, habiendo llegado a tus oídos —te enterarías tarde o temprano—, habrías deseado no haber nacido mil veces al día. La fuerza de la pluma es mayor de lo que se reconoce, dicha fuerza es mayor de lo que creen aquellos que con su conocimiento no la han experimentado. Juro ante Dios que, ya no avergonzándote ante los demás sino ante ti misma, al escribir

tan execrables cosas sobre ti, acabarás por sacarte los ojos para no verte nunca más”¹²⁵.

Queridas señoras, teniendo en cuenta lo anterior e incluso yendo más allá de mis propias palabras, debemos temer y venerar a quienes escriben. En la medida en la que nuestra honestidad nos lo permita, debemos procurar tener a estos hombres como amigos. Este modo de proceder facilitará que la mujer sea vista como amable, se convierta en sabia y se muestre discreta. Sin embargo, cabe cuestionarse: ¿A qué nos referimos con todo esto? ¿Qué nos aporta? ¿Qué se desprende de lo señalado? “Un dulce acto, por cierto es gentil cosa”¹²⁶. Dicho lo cual, me pregunto: ¿Por qué me afano en mostraros la realidad? ¿Acaso no veis también vosotras cuán fuertes son los hombres que escriben? Resáltese cómo hubo en la antigüedad muchas mujeres cuya vida fue excelente y venerable: todas ellas preferían morir antes de vivir de manera deplorable. No obstante, quisiera advertir otra cuestión a este respecto: al actuar movidas por el despecho a renombrados escritores de aquel entonces, la mujeres eran tachadas de infames, de donde, si querían dar muestras de un mínimo de honestidad, surgió la idea de saber entregarse a la muerte. Incluso en libros y relatos se leen historias que perpetúan estas desvergüenzas¹²⁷.

Visto lo cual, ¿hay algo máspreciado para una mujer que la fama, la gloria y la buena y firme opinión que se tenga sobre ella? Si por lo general valoramos el ser consideradas buenas, sabias y discretas, con lo corta que es la vida, más aún deberíamos valorar el hacernos un buen nombre, el llevar una vida digna, el hacer buenas obras que beneficien a nuestros sucesores. Desde esta perspectiva, nótese cómo dejarán un recuerdo perdurable aquellos hombres que sean capaces de hacer todo esto. Y si bien son poco comunes y cuentan con excelentes estudios y refinados hábitos, no temáis si os causan aburrimiento los botarates que se creen grandiosos por el mero hecho de haber escrito tres cartas o

¹²⁵ Giovanni Boccaccio, *Decamerón*, VIII, 7.

¹²⁶ Francesco Petrarca, *Rimas*, CV, 7.

¹²⁷ Se denuncia con fuerza la deformación machista de la historia de algunas mujeres, cuyo virtuosismo fue transformado en debilidad, indecencia o locura por parte de escritores pérfidos y mentirosos. No está claro a quién quiere aludir el autor de la obra en esta parte del volumen.

haber compuesto un relato breve o un par de sonetos. Estos sujetos se incluyen entre los soberbios, entre las bestias inmundas de las que hablábamos hace poco: en presencia de una mujer, caminan con la cabeza alta, se muestran con la frente descubierta y con apariencia de caballos desbocados. Dignos de veneración, incluso se creen un Petrarca o un Boccaccio en potencia¹²⁸: la sencillez de nuestra lengua¹²⁹ convierte en presuntuosos a muchos varones; hasta el propio cocinero de Berni¹³⁰ se reputaba un verdadero gentilhomme¹³¹.

Con todo, hay otros quehaceres, otros empeños, otra serie de cosas inteligentes aparte de ese saber juntar cuatro malas palabras con el que los letrados adquieren glorioso renombre. Existen igualmente otras costumbres y otros modales propios de virtuosos, de hombres que nada tendrían que ver con los incontables varones que resultan ser infinitamente aburridos: por suerte la extraordinaria sabiduría femenina les permite a las mujeres rehuir el tedio con astucia. Ateniéndonos a lo descrito, resulta imperioso aleccionar a los hombres cuya cara es el espejo del alma, cuyos ojos son la puerta de entrada del espíritu, cuya lengua es la intérprete de su ánima: al aleccionarlos acabarán por llevar a la práctica nuestros propósitos. Aquí surgen las palabras esperanzadoras y las falsas opiniones que se escuchan en torno a nosotras: tener una mirada tímida y honesta o hablar poco y con sutileza son auténticos remedios para atajar este mal. Y cuando se concluye que la mujer joven es como una torre, como un torreón cuya cima nunca tiembla aunque los vientos soplen fuerte¹³², los hombres cesan en sus insinuaciones (sobre todo si

¹²⁸ A la soberbia del hombre conquistador se suma la del falso intelectual que se considera a la altura de Petrarca o Boccaccio y que, en consecuencia, pretende ser venerado igual que ellos.

¹²⁹ Cabría pensar que se habla de “simplicidad” lingüística al compararse la lengua vulgar con el latín.

¹³⁰ Poeta burlesco y dramaturgo italiano del Renacimiento. Fue el creador de la llamada “poesía bernasca”, esto es, de una variante jocoseria de la sátira.

¹³¹ Se hace referencia a Piero Buffet, cocinero del obispo Giberti en Verona, amigo de Berni, quien le dedicó los *Capitoli sulla peste* y la *Lode di Aristotele*. Cf. Francesco Berni, *Rime* (a cura di G. Barberi Squarotti), Torino, Einaudi, 1969, LI, LII, LIII, pp. 125-142.

¹³² Dante Alighieri, *Purgatorio*, V, 14-15.

comprueban que la mujer está muy feliz y satisfecha con su esposo).

En función de lo indicado, sería deseable que, en cuanto el marido llegue a casa, la mujer vaya a su encuentro (se dice que acostumbraba a hacer esto la sabia Apasia, esposa de Pericles, príncipe de Atenas¹³³). Retomando lo anterior, nótese cómo, cuando la mujer vaya al encuentro de su esposo, la cónyuge habrá de quitarle al marido la capa o el abrigo que este lleve puesto. Recibiéndole con sumo amor, él y todo el mundo podrá observar cómo el corazón de la joven late de amor por su pareja. No obstante, dicho esto, quisiera pasar ahora a abordar otros temas pendientes: en los primeros días y en los meses posteriores a la celebración del matrimonio, la recién casada suele vestirse con bonitas y opulentas prendas; suele asimismo prestar activamente atención al cuidado del cuerpo. Y por más mujer que sea yo, no aparcaré el asunto del que os quiero hablar: adviértase cómo, por mucho que deseemos con vehemencia ser consideradas hermosas, ¡también nosotras pecamos irremediamente! Hemos encontrado múltiples maneras de cumplir estos deseos nuestros: seamos feas o guapas, todas nosotras buscamos con suma habilidad, con gran perseverancia, sacarle el mayor partido a lo que la naturaleza nos ha dado. Este pecado es tan frecuente y se produce con tanta asiduidad que incluso no se consideran más sabias a las mujeres que se abstienen de él.

Sea como fuere, en la mayor medida posible, hemos de extirpar los pensamientos arraigados en la mente de los hombres. Para lograrlo, la joven discreta sencillamente habrá de canalizar todos sus esfuerzos a embellecer su alma y no así a abrazar la extendida idea según la cual las jóvenes actuales han de centrar su atención en la belleza y en el cuidado corporales. Por otro lado, allá donde las demás tratan de ataviarse con vestidos de rayas y procuran remozarse con mil afeites, allá donde las demás muestran tener buena mano para pintarse la cara, para peinar el cabello con largos rizos que se posan sobre los hombros o para teñir el pelo de color dorado, la joven discreta se acicalará de forma eficaz toda vez que siga la senda de la virtud, toda vez que haga bella y agraciada su alma con más que loables maneras. Y

¹³³ Plutarco, *Pericles*, XXIV, 5-9.

del mismo modo que en el octavo cielo se muestran orgullosamente y lucen con sereno resplandor las más hermosas estrellas¹³⁴, la joven discreta se esforzará en vestirse honorablemente de clara y de gloriosa bienaventuranza¹³⁵.

Me parece bien que intentemos cuidarnos con delicadeza con independencia de cuáles sean los bellos atributos corporales que a cada una de nosotras nos haya brindado la madre naturaleza. También me agrada que las mujeres se vistan de forma deslumbrante con prendas buenas y elegantes. Incluso me parece bien que en ocasiones –como exigen las costumbres propias de la ciudad– las mujeres se cubran con finas telas de seda. Sin embargo, con mayor motivo si cabe, será ensalzada y considerada más noble mujer aquella cuya belleza esté por encima de hermosos ropajes y lujosas prendas (lo cual no excluye que, de poder permitírselo, dicha mujer se engalane conforme a los códigos de vestimenta femeninos). Quien no caiga rendido ante esto será presa del alma de esas señoritas cuyas ricas vestimentas buscan complacer el deseo de los demás. En este asunto también se incluyen las mujeres de vida reprobable, fémimas que se consideran dignas de respeto por el mero hecho de vestirse de manera refinada¹³⁶. Estas mujeres se asemejan a los siervos de las tragedias, quienes, recitando para los reyes, acuden a amplios salones en los que se les viste de tal manera que parecen auténticos monarcas. Aun así, siguen siendo siervos, gente humilde; de reyes solo tienen la vestimenta. Tampoco hay nadie que verdaderamente los considere algo más que meros siervos o viles personas. En resumidas cuentas, para acortar nuestro debate, destáquese cómo las mujeres que tanto se acicalan, esas que tantas joyas llevan puestas encima, por mucho que hagan no cambiarán la esencia de lo que son en realidad. Y aunque, a decir

¹³⁴ Tal y como declara Dante Alighieri, el Paraíso se divide en varios tipos de “cielos”: el octavo es el cielo de las estrellas fijas.

¹³⁵ En esta parte del texto se recoge un lugar común de los tratados del Renacimiento.

¹³⁶ Las cortesanas vestían de forma elegante y sus buenas maneras nada tenían que envidiar a las de las señoras nobles y burguesas. No obstante, Paleario no aprueba el comportamiento de estas cortesanas, a las que el autor termina juzgando por su nombre.

verdad, estas mujeres no son pocas, poco deseable es lo que en ellas se ve.

En cualquier caso, después de haber hablado largo y tendido sobre nuestras jóvenes, me parece que ha llegado el momento de abordar las buenas maneras tanto del joven marido como de su recién casada esposa. Si hay algo que decir antes, señora Cassandra, no hace falta que esperéis por mí.

Cassandra respondió: –No hay nada que decir. Seguid, pues, reflexionando sobre lo que os gusta. ¿Acaso no veis lo atentas que estamos todas nosotras a vuestro discurso?

La señora Porzia dijo: –Intentaré no extenderme mucho. Consciente de que habéis incluido muchos temas en vuestro turno, he procurado no repetir ideas para evitar que tanto ustedes como yo terminemos por aburrirnos.

Llegada la recién casada a la residencia del marido dentro del tiempo establecido para ello, el esposo debía recibirla con alegría: su semblante y sus palabras debían expresar cuánto amaba a su mujer. Pero, antes de nada, el marido habría de estar atento al modo en que su mujer hacía las cosas; debía asimismo tener parcialmente en cuenta las costumbres de su esposa. Por tanto, el marido tendría que abrir la mente de su casta mujer a costumbres que confluyesen con las suyas propias. En esta época la joven aprendía todo sobre su estilo de vida, aprendía a encontrar discretamente la manera de mantenerse a sí misma y de agradar a su marido. Así pues, resultaba esencial que él le demostrase a su esposa que la amaba más que a nada en el mundo: de esta forma a ambos les quedaría claro cómo él haría todo con el consentimiento de ella, lo que no excluía que al hombre debiera reconocérsele también parte de la grandeza de su virilidad. En lo tocante a este punto, nótese cómo el marido se mostraría honorable y respetuoso si su mujer le daba muestras de cariño: esto último propiciaba con total naturalidad que él también fuese cariñoso, educado, serio a la par que alegre con su mujer. Muchos hombres pecaban en esto: con humildes, agradables e inadecuadas maneras, se convertían en víctimas de sus esposas, de donde ellas, disponiendo de un poder mayor del que les correspondía, no terminaban por asumir las costumbres del marido. De ese comportamiento erróneo se seguían muchos inconvenientes: en primer lugar, al disfrutar de una vida segura,

la mujer hacía casi todo sin tener en cuenta la voluntad del marido. Ella hacía todo a su manera, de donde surgían la ira, la indignación, la reprobación, la ofensa, el odio, la enemistad y los insultos.

En virtud de lo anterior, el marido podría optar por no organizarle a su mujer sus fiestas habituales. Incluso podría mostrarle a su esposa un semblante de amargura en algunos eventos: su rostro reflejaría con nitidez los celos, las sospechas o el odio, dándose vía libre a toda clase de chismorreos. Quien no conociese a maridos así, difícilmente se creería todo esto. A este respecto, recuérdese el momento en el que la señora Cassandra expresó con precisión la importancia de desposar a jóvenes de tierna edad. De este modo, las mujeres serían capaces de aprender los hábitos y las costumbres que son del agrado del marido. Con todo, debería compadecerse de sí mismo aquel hombre que, aun casándose con una mujer así, es culpable de no lograr que su esposa acabe por adaptarse a su *modus vivendi*. En lo que a mí respecta, creo que tales mujeres siempre se corresponden con las que aman y les permiten cualquier cosa a sus maridos. Bien es verdad que, pasado este primer periodo sin conseguir que se satisfagan las exigencias propias de la etapa, resulta imperioso encontrar otra forma de vivir para no luchar en vano. Ante este panorama, haciendo un seguimiento cuidadoso de la situación y encomendándose a Dios, los hombres deberían pensar en lo que es sumamente necesario para ellos: por mucho que se acostumbren a los demás, es de todo punto imposible sacarlos de sus hábitos; sin embargo, debería invadirles una súbita satisfacción cuando uno obtiene lo que desea. No hagan como aquellos hombres que, incapaces de atravesar la corriente de los ríos, tampoco lograron coger de ninguna manera lo que las ondas del agua había colocado a su vera. Y aunque se afanaron en cogerlo, desistieron en el intento: viendo cómo se alejaba, poco a poco quedó sepultado ante sus ojos aquello que habían tenido al alcance de su mano.

Hay quienes caen en este error. Otros, en cambio, se dejan llevar por sus impulsos: existen hombres que, en cuanto la joven mujer llega a casa, para someter a sus esposas, se muestran extremadamente altaneros, amenazadores y turbados. De ahí que, nobles de espíritu, ellas desprecien las vilezas de la condición

servil y comiencen a transformar el amor por su marido en un odio amargo y frío. Adviértase cómo las quejas y la ira no solo determinan la ruina total de un hogar, sino incluso la de cualquier ciudad: arruinan toda buena forma de vida, de donde, bajo una ruda apariencia y yendo por oscuros derroteros, las jóvenes pueden acabar fácilmente doblegando su alma. Sin duda alguna, en esto como en todo, lo mejor sería tomar siempre un camino intermedio¹³⁷, esto es: el hombre no debe mostrarse humilde a la manera de las mujeres, pero tampoco debe ser virilmente altanero. Cuando esté con su mujer en un lugar apartado de todo, el hombre deberá mirarla con amor y halagarla. Con fervoroso deseo en su rostro, el esposo también deberá entonces dejarle claro a su mujer que todos sus pensamientos, su alma y su cuerpo, todo él está con ella. El marido habrá de evitar que su esposa padezca ataques de celos, viva toda clase de miedos o tenga la más mínima sospecha sobre él. Pero, inherente a todo varón, si el hombre se halla en presencia de una brigada, deberá concedérsele un cierto aire de grandeza: ni con palabras ni con acciones ni con hechos deberán traspasarse los límites de la honestidad.

A las jóvenes que acostumbran a estar con extranjeros, hágaseles saber que, de escuchar algo deshonesto, inmediatamente deberán morir de vergüenza, habrán de sonrojarse las mejillas y tendrán que bajar los ojos al suelo sin levantar de allí su mirada. Queremos así impedir que la estupidez de tontos maridos sea la causa de que sus mujeres se acostumbren a oír cosas indecorosas. De lo contrario, al escuchar tantas sandeces, en un acto de osadía, las mujeres no se avergonzarán de que alguien más oiga todas estas majaderías. ¿Quieres que tu mujer sienta vergüenza? ¿Quieres que se sonroje? Aun habiéndola acostumbrado con gusto y placer a escuchar cosas indignas, ¿quieres que sea honesta y discreta contigo, sin ti o en presencia de una muchedumbre? Conclúyase cómo la honestidad debe ser la primera virtud que el marido le enseñe a su mujer. Hay muchos otros aspectos en los que todo gentilhomme deberá reparar. Sin embargo, puesto que el debatir sobre dichos aspectos es algo propio de las conocidas como ciencias morales, me callaré y me centraré en seguir hablando sobre el gobierno de la casa.

¹³⁷ Nuevamente se hace alusión a un principio aristotélico.

Más allá de lo dicho hasta ahora, y habida cuenta de que considero que se desposa a una mujer principalmente por dos motivos, quisiera subrayar ante todo cómo para tener una buena compañera resulta primordial que esta se alegre de tus progresos tanto como de los suyos propios, que igualmente se entristezca por tus males tanto como por los suyos propios. De este modo, al mostrarse afligida y apesadumbrada por las tribulaciones de su marido, la mujer ofrece gran alivio de aburrimiento e impregna de una dulce piedad a quien la mira con buenos ojos. Eso sí, téngase presente que el tener hijos sin descendencia no garantiza en absoluto la perpetuidad de los hogares particulares, lo que compromete la perdurabilidad de las ciudades y del mundo entero¹³⁸.

Después de que una noble mujer se ponga de parto y alumbré a su hijo, el padre y su esposa albergarán grandes esperanzas de futuro. La naturaleza nos enseña a pensar de este modo, por lo que ir más allá de esta creencia es inútil: no hay nada más grande que tener un bebé. Sin lugar a dudas, el primer regalo que se le puede ofrecer al recién nacido —y que cuesta bien poco— es el ponerle un hermoso nombre. Hemos de pensar si el padre o nuestros abuelos tienen algún nombre bonito y honorable para llamar al bebé de la misma manera. En caso contrario, encontrando convenientemente un nombre que sea de nuestro agrado, se le pondría uno distinto al de sus familiares o bien se seleccionaría algún nombre de antiguas historias. En este último supuesto, debería prestarse atención a la dulzura de la pronunciación, al significado del vocablo o al hecho de que el término esté vinculado a personas dignas de elogio y loables por sus hazañas. Si el bebé es un niño, el marido y su esposa deberán alegrarse mucho: de ese varón se espera que preserve la casa y aumente el honor familiar. Si el bebé es una niña, los cónyuges deberán estar igualmente contentos: llegados el padre y la madre a la senectud, enfermos y necesitados, las mujeres se muestran

¹³⁸ En el texto se habla de la prioridad del afecto dentro del matrimonio, subordinando el cariño al concepto de procreación típico de la sociedad burguesa. Sobre este punto, destáquese cómo, en *L'instituzione del matrimonio cristiano*, Erasmo de Róterdam considera un verdadero matrimonio aquel en el que prima el afecto sobre la igualdad de clase o las riquezas.

mucho más cariñosas y compasivas. De hecho, la voz de la experiencia nos dice que son las hijas –y no los hijos– quienes casi siempre dan mayores alegrías a la familia.

No obstante, según el orden establecido, cabe señalar cómo, en opinión de los sabios, las enseñanzas de la naturaleza son siempre certeras. Por tanto, ¿cómo podemos fallar ante lo evidente? Oh, santa madre naturaleza, oh, conservadora del mundo, ¿acaso ninguna de nosotras ve con cuánta diligencia los deambulantes pajarillos hacen sus nidos? ¿Acaso no vemos cómo esos pajarillos hacen nidos acá o acullá para criar a sus polluelos en igualdad de condiciones y sin diferencia alguna? ¿Acaso tampoco vemos cómo las osas fieras y las feroces leonas les dan sin distinción alguna el pecho a todas las criaturas que han alumbrado? Rindiéndonos a la evidencia, aquel que no sienta la misma alegría cuando nace un niño o una niña, ¿acaso puede ser más vil o mezquino? Si la honradez y el buen hacer, si la humanidad y la justicia de una leona o de una osa son superiores a los valores del hombre, ¿acaso no se le debe considerar una bestia irracional? Sea niño o niña, ambos nacen de la misma sangre, ambos descienden de los mismos padres, ambos son de la misma carne; incluso el poder de su alma es análogo, pues en ambos casos son obra de un mismo creador. De todos los animales, solo el hombre establece diferencias a la hora de amar a sus hijos: ¿Esta actitud no es más deplorable que cualquier otra bestialidad? Actuando locamente y sin razón, ¿acaso hay mayor brutalidad que la de dejarse corromper por vete a saber tú qué falsos apetitos¹³⁹?

La señora Aurelia apuntó entonces: –Señora Porzia, os confesaré por qué, a diferencia de los animales, esto es frecuente en los hombres. Creo que, aun iluminados por la luz de la razón, harían lo mismo. La naturaleza nos incita a querer vivir eternamente, pero, dado que resulta conveniente que perezcamos y no hay nada que pueda evitarlo, el hombre acaba por desear irse

¹³⁹ Aun abogándose por la igualdad de género (cf. *Gálatas*, 3, 28), véase cómo en este momento aún se debatía vivamente sobre la preferencia por los hijos varones en detrimento de las mujeres: se consideraba que los hombres eran los encargados de perpetuar el nombre de la familia e incluso se les auguraba un matrimonio ventajoso. Las mujeres, en cambio, se convertían en una carga familiar por causa de la dote.

de este mundo dejando huella viva de los rasgos más insignes de su identidad. De este modo, se logra que su nombre y su memoria perduren lo máximo posible en el tiempo. Añádase asimismo cómo la naturaleza demuestra una gran dulzura y benevolencia hacia los niños. De lo contrario, si promoviese otra forma de pensar, en vez de ser mujeres tan buenas y dóciles, la propia naturaleza nos terminaría forzando a ser más licenciosas para con nuestros hijos. Si a las mujeres se les despojase de su ternura, me pregunto: ¿Podrían sufrir algún problema más? ¿Podrían soportar las molestias diarias de criar a sus hijos? Yo no me creo nada de esto, puesto que, independientemente de los instintos naturales, la esencia racional del ser humano es mucho mayor: el hombre distingue muy bien la hembra del varón, de donde comprende cómo el niño será quien preserve la casa y aumente el patrimonio familiar. En el caso de las mujeres, el hombre es consciente de que las niñas acabarán yéndose con otra familia y se harán cargo de la casa del marido, de donde se explica que al final el hombre se alegre cuando su hijo nace varón y no mujer.

La señora Porzia dijo: –Sé muy bien que, esgrimiendo este falso argumento, los hombres se alejan de la verdad con el beneplácito de la mayoría de la gente. No obstante, en primer lugar, quisiera dar réplica a lo que comentasteis sobre los rasgos de la identidad: téngase presente que se trata de un aspecto intrínseco tanto a hombres como a mujeres. En relación con lo que habéis apuntado sobre la preservación de la casa y el aumento de bienes, os advierto que, de ser eso verdad, todas las familias con hijos verían conservado y acrecentado su patrimonio familiar. Pero la realidad es bien distinta: ¡Oh, Dios mío! ¿Cuántas familias ilustres se han visto incesantemente relegadas y vilipendiadas por el mal proceder de alocados hijos que se convirtieron en herederos? De no ser por ellos, el nombre de sus virtuosos padres aún tendría un glorioso lugar en el mundo. Por lo tanto, ¿creéis que no hay ninguna otra forma de conservar el patrimonio familiar que no sea la de tener hijos, o a lo sumo, hijas? ¿Es esta la única alternativa para que, al dejar esta vida, quede un buen recuerdo del nombre de familia? ¿Acaso con esto os parece que recibís suficiente compensación? Parémonos a pensar en estos tiempos nuestros, en las costumbres del momento que nos ha tocado vivir. Recordemos las buenas y encomiables prácticas

ancestrales que, en silencio y casi sin darnos cuenta, van desapareciendo poco a poco de nuestro planeta.

Es habitual que, en caso de no tener hijos, nuestros mayores busquen un joven gallardo, valeroso y gentil. Reconociéndolo como hijo, dicho joven se convertiría con total seguridad en el heredero del nombre y de los bienes familiares. Pero, dicho esto, quisiera resaltar la veracidad de las palabras que procedo a exponer: al actuar de este modo, pueden encontrarse otros hijos que, comportándose a su manera, no repetirán las imprudencias que se pueden leer en el jactancioso caballero de Plauto. Ya traducido a nuestra lengua, dice así: “Ella acabará por alumbrar hijos mudos, tullidos o ciegos, malogrados y horribles”¹⁴⁰. Resulta, pues, mucho más sencillo ponerse a buscar –donde fuere menester– un joven muchacho que, además de tener un buen ingenio por naturaleza, posea un buen nivel de estudios y se muestre servicial a la par que valeroso. Si al final se satisfacen estas deseables condiciones, el joven pasará a convertirse en el nuevo hijo de un padre cuyo nombre ensalzará incluso en las estrellas. Ante este escenario, no sorprende que antiguamente se acostumbrase a hacer esto con mayor frecuencia que en la actualidad: nuestros antepasados eran más previsibles, tenían grandes conocimientos y estaban dotados de una mayor capacidad de raciocinio. En cambio, en nuestro caso cabe subrayar cómo la fortuna nos ha otorgado hijos a los que, sean buenos o malos, casi de manera forzosa, amamos según las enseñanzas de la naturaleza. Y puesto que en múltiples ocasiones estos hijos causan daño y sufrimiento a toda la familia, puesto que no se dejan guiar por la razón y se comportan como bestias insensatas (en vez de hacer lo contrario), ¿acaso duda alguien de que nuestro amor se transforme de inmediato en odio cruel y amargo?

Destáquese cómo, si tenemos una hija, lo mejor que podemos hacer es desposarla con un hombre noble, con un marido que la instruya y del que además herede el nombre de familia. En consecuencia, dejo a vuestro criterio sopesar hasta qué punto alguien puede dejarse engañar por la falsa creencia de que el

¹⁴⁰ Probablemente se trate de una cita aprendida de memoria, ya que estas palabras no se leen en el *Miles gloriosus* de Plauto.

nacimiento de una niña causa menos alegría: a fin de cuentas, lejos de tener hijos varones, el no tenerlos nos resulta hasta casi más beneficioso. Y dado que la fortuna es la que nos ha otorgado hijos y en su poder recaen todas las cosas del mundo, me agrada sobremanera que, en la medida de lo posible, obremos y trabajemos con alegría para que nuestros hijos sean buenos, sabios, refinados, capaces de ensalzar gloriosamente el nombre de sus venerados antepasados. Para lograrlo, debemos sostener con diligencia cada uno de nuestros pensamientos desde el mismo momento en el que damos los primeros alimentos a nuestros bebés. Sobre este asunto, téngase presente cómo se ha extendido por el mundo la mala usanza de que las nobles mujeres no le den el pecho a sus propios hijos. Ahora bien, no hay nada mejor que amamantarlos: ¿Acaso no fue esta la práctica habitual de las valerosas, sabias y antiguas mujeres? Os lo planteo de otra forma: ¿No os dais cuenta de que esas mujeres traían al mundo a semidioses y no a hombres? Se podía fácilmente reconocer –y, desde luego, sin duda alguna se reconocía– quién era la madre de esas criaturas, quién era la mujer que los había alumbrado y de cuya leche habían bebido. Nosotras, sin embargo, siguiendo la común mezquindad de nuestros tiempos, consentimos que el recién nacido se alimente con la leche de una vil sierva e incluso con la de una criada venida días atrás del campo, acostumbrada a derrochar todo su ingenio en el cuidado de asnos y bueyes o a desempeñar únicamente infames ocupaciones.

La leche de esas féminas de baja estofa no era otra cosa que su propia sangre, líquido de color bermellón que se transforma en blanco una vez llega a los pechos. Al beber desde edad temprana la leche de estas mujeres, el recién nacido acaba adoptando las mismas cualidades, los mismos modales y el mismo aspecto de la nodriza. Luego hay quienes se sorprenden al comprobar cómo, aun nacidos de padres nobles y valerosos, estos hijos en ocasiones cometen actos alevosos y viven como holgazanes¹⁴¹. A decir

¹⁴¹ Fruto de una larga tradición que halla su origen en Hipócrates y Galeno, pasando por Plutarco, Aulo Gelio, Platón y Jenofonte, nótese cómo los humanistas también insistieron en la importancia física y moral de la lactancia materna. Erasmo de Róterdam afronta con contundencia este tema en su coloquio *Puerperio*.

verdad, a mí me sorprende muchísimo más que nadie se haya percatado de la importancia de no ahuyentar las almas generosas antes de que germinen. Por lo que deduzco, el espíritu controla todos nuestros actos y no es más que un ligero vapor de sangre que nace en las cavidades cerradas de nuestro corazón. De ahí que, si la sangre es turbia, nuestro espíritu será así: sin garbo ni agudeza alguna, ese espíritu terminará ineludiblemente por promover la ejecución de deshonrosas y viles actuaciones. ¿Acaso no ve ninguna de nosotras cómo la lactancia tiene un grandísimo efecto sobre los animales?

Conforme a lo indicado, subráyese cómo, si son amamantados por una perra cualquiera, los perros de muy buena raza no heredarán los mismos nobles atributos de quienes los engendraron. Embebiéndose de las características de un mal terreno, ¿acaso no os percatáis de cómo cualquier buena semilla puede acabar viéndose totalmente influenciada por la tierra en que nace? ¿Por qué entonces no podemos creer que lo mismo ocurre con nuestros hijos cuando beben la leche de viles personas? Por malas personas entiéndanse aquellas cuyos abuelos, cuyos padres y cuyas madres siempre se distinguieron por tener un temperamento tosco y grosero, unos modales improcedentes y un espíritu bajo y servil. Pero, ya que en estos infaustos tiempos no podemos amamantar honradamente a nuestros propios hijos y necesitamos de otras mujeres para que se ocupen de ello, os ruego que busquéis a las más gentiles y refinadas que veáis. Si alguna de estas mujeres está enfadada con el mundo, resulta imprescindible que vivan junto a otras personas. Sea como sea, aunque el mundo se haya vuelto hoy más corrupto que nunca, no quisiera pasar de puntillas por este tema: en el mundo hay muy malas costumbres, y dado que somos demasiado desconfiadas, nos parece desagradable y tedioso tener que recibir en casa a mujeres jóvenes y bastante agraciadas para que ejerzan de nodrizas. Aquí pecamos en exceso: asaltadas por temores y dudas, no atendemos las necesidades de nuestros hijos, a quienes deberíamos querer por encima de todo. Como los sabios médicos y los hombres valientes nos han enseñado a cada instante, ¿acaso no sabemos nosotras que la sangre de una joven es pura y buena y, por ello, tiene la piel suave, clara y de color rojo carmesí?

A la luz de estas señales, se nos dice que de ellas extraigamos alimento y nutramos el alma y el espíritu de ese bebé que tanto hemos deseado, de esa criatura que hemos llevado en nuestro vientre con tanto esfuerzo. Por ese bebé hemos soportado con paciencia el malestar, la angustia y los grandes dolores del parto. Y en vista de que esa criatura era fruto de la carne del padre, ¿cómo no va a amarla más que a su propia vida? Nosotras, sin embargo, antes de nacer nuestro preciado bebé, cuando aún es de un tamaño poco más que diminuto, buscamos a una vieja marchita, fea y malhumorada en cuyo grotesco rostro se advierte su forma de ser, en cuya rugosa piel se percibe la torcida inclinación de su espíritu. Al hacer que nuestros hijos beban la leche de esta mujer, les estamos suministrando sangre infecta en vez de alimentos sanos y nutritivos. Con ello, desmemoriadas, observad cómo acabamos dejándonos llevar por los celos y, fuera de toda lógica, terminamos igualmente siendo presas de nuestras sospechas y miedos. Por el amor de Dios, no permitamos este vituperio: o bien nos comportamos con integridad, o bien nos percatamos de que no hay razón alguna para avergonzarnos de nosotras mismas por el mero hecho de darles el pecho a nuestros hijos.

Si, perpetuada en el pasado, esta dañina costumbre se siguiese llevando a la práctica en lo sucesivo, no me cabe duda de que nos comportaríamos como los bárbaros: dejaríamos que nuestros hijos fuesen amamantados por brutas fieras¹⁴², de donde, asemejándose no sé cómo a esas fieras, veríamos a hijos de frente turbaba y modales toscos. Por el contrario, si hemos nutrido a nuestros hijos con la delicada sangre de una joven nodriza, debemos tener cuidado de que las buenas costumbres no se vean empañadas por pequeñas extravagancias (así las llaman): esto se podrá llevar a cabo si los cuidadores y los custodios del recién nacido son amables, educados y refinados. Resáltese cómo, en la mayoría de los casos, los sirvientes se adaptan a los hábitos de sus señores, maneras que los criados también se encargan de enseñar a sus hijos: del mismo modo que los hijos deben estarles

¹⁴² Esta controvertida polémica encuentra su explicación en la difundida tendencia –sobre todo entre las élites sociales de la época– de contratar nodrizas a las que se les confiaba el cuidado de los hijos.

agradecidos a su padre y a su madre, el hombre honorable y la mujer ilustre habrán de mostrar en cada momento la excelencia de sus virtudes para hacer de la vida de ambos un espejo en el que mirarse el resto de los miembros de la familia. Siguiendo este ejemplo, en ellos se verá la figura de Dios, pues fueron creados a su imagen y semejanza¹⁴³.

Mientras la señora Porzia decía todo esto, las jóvenes mujeres tomaban nota de cada palabra que salía de su boca. Bajo un profundo pensamiento, sin mover sus ojos ni ninguna otra parte de su cuerpo, la señora Cassandra estaba rígida como una estatua de mármol. Mirándola con dulce piedad, la señora Porzia no pudo contenerse y terminó diciéndole estas afectuosas palabras: – Señora Cassandra, ¿a dónde se ha ido vuestra hermosa alma? ¿En qué parte del cielo se ha instalado, visto que ahora da muestras de gozo y alegría?

La señora Cassandra respondió: –¡Oh! ¡No sabéis hasta qué punto vuestras últimas palabras elevaron mi alma a lo más alto! Me han traído a la memoria asuntos que escuché con anterioridad. Por otro lado, creo haber leído que la mujer que lleva excelentemente las riendas de su familia tiene cierto parecido con la maravillosa imagen de Dios.

La señora Porzia apostilló: –No os dejéis llevar por la pasión: no es casualidad que las Sagradas Escrituras nos brinden cierta ayuda. Quizá os parezca que ha llegado el momento de retomar este tema de gran calado, habida cuenta de que he satisfecho ampliamente vuestras demandas al expresar mis propias palabras. En lo que atañe a vuestras enseñanzas, al parecer lo esperable de una recién casada –a la que se le suele llamar “mujer hecha y derecha”– es tener hijos y desear llevar las riendas de su casa.

La señora Cassandra contestó: –Muchos sabios de todo el mundo opinan lo mismo que nuestros teólogos: al ser inmortal, el grande y todopoderoso Dios tiene una mente eterna con la que dirigir y asumir el mando de todas las cosas. Consciente de tal circunstancia, hay quien siempre se mira en esa mente como en un espejo de la divinidad y de la sabiduría de Dios: a ese alguien algunos lo llaman criatura; otros, imagen; la mayoría, el hijo unigénito de Dios. Todo sobrevive a Cristo, él mismo es la fuente

¹⁴³ *Génesis* 1, 15.

de vida de todas las cosas¹⁴⁴: de no ser así, ¿cómo nacerían y crecerían los matorrales, las plantas y los árboles? ¿Cómo se moverían y se orientarían los animales? Nosotros mismos, ¿cómo podríamos razonar? ¿Cómo podrían orbitar de forma mesurada los cuerpos celestes? ¿Cómo se producirían oportunamente los cambios estacionales según la fecha del año? Por último, ¿cómo se mantendría el orden del mundo si el hijo unigénito de Dios no controlase todo? ¿Acaso no colma todos los espacios con el espíritu de su padre, comparte la riqueza de sus tesoros y reparte sus dones de acuerdo con la altura de su sabiduría? Para que todo se haga con orden y medida, en tiempo y forma, debe llevar esta imagen en su alma y en su corazón todo aquel que desee ocuparse del gobierno de la ciudad o del de su propia casa.

Pero, señora Porzia, volviendo sobre algo que habíais dejado atrás, quisiera señalar cómo todo gentilhomme debe ser tan virtuoso que parezca, y casi sea, un Dios: la fuerza de su amor transformará a la mujer, la cual, asumiendo el mando de todo, hará que el gentilhomme se vea reflejado a sí mismo al mirar a su esposa (esto es, en ella verá su mente y su espíritu). Con todo, adviértase cómo esto no podría llevarse a cabo a menos que cada uno profesase las mismas creencias y la misma religión¹⁴⁵. Por lo tanto, en primer lugar, ambos deberán estar llenos de temor y de amor divino. Asimismo, de manera reverente habrán de pensar en, obrar según y hablar sobre, los designios de Dios. También deberán creer firmemente en Dios para que, poniendo nuestros ojos en él, modelemos nuestra propia manera de actuar: se deberá ser un generoso donador y un sagaz defensor de la firmeza de nuestras almas. En consecuencia, tendremos cuidado de no ofender ni de burlarnos de nadie: aplicable a cualquier ser humano, debemos ser afectuosos los unos con los otros con amor fraternal; hemos de demostrar con palabras y hechos que las indecencias de este mundo nos producen total rechazo. Hay que huir de la hipocresía; hay que llevar el corazón tallado en la frente y el alma esculpida en el rostro. No por el temor al castigo o a la

¹⁴⁴ *Juan 1, 1-4; Colosenses 1, 15; De immortalitate animorum*, libr. I, 424-438.

¹⁴⁵ Inspirándose en el lenguaje neoplatónico y manifestando una concepción erasmista, Paleario explica en el texto cómo abrazar un mismo credo se consideraba el mejor instrumento para garantizar la unión de los cónyuges.

recompensa a recibir, sino por bondad auténtica, hay que alejarse y rehuir los delitos y a los malhechores; hay que caminar con paso rápido y trepar hasta la cima de la gloriosa virtud; hay que ser gentiles y corteses con todo el mundo¹⁴⁶.

Por muy sirvientes que sean, tampoco debemos menospreciar ni desdeñar a los criados. Más bien ha de hacerse lo opuesto: hemos de tener compasión de su mala suerte y de su mísera condición. Obremos, pues, en consecuencia: en vez de ahondar en la desgracia o incidir en la dura situación en que se encuentran, trátase a los siervos con el respeto que se merecen. Asimismo, castíguense a los infames y libertinos; seamos bondadosos con quienes atienden las tareas del hogar con amor y abnegación: al comportarnos de esta forma, los buenos serán mejores y los malos –si resulta posible– serán buenos. Por otro lado, como se espera de nuestros iguales, para nosotros es imprescindible comer y vestirnos de manera excelente. Sin embargo, visto que nuestros hábitos comunes no son extrapolables a los de los siervos, hemos de hacer que estos últimos vivan con alegría sin recurrir a la embriaguez y sin necesidad de decir o de hacer algo malo en la mesa. Dado que puede haber criados y sirvientes con muy malas formas, pero también los hay buenos y fieles, de poder elegir, escójanse a estos últimos: teniendo en cuenta su condición y no actuando conforme a la mayoría de los hombres, evítese increparlos con rudeza. Si se tortura a los buenos criados, se les darán sobrados motivos para que en ellos se despierte la cólera y se encienda la ira. Si, por el contrario, se adula a quienes no se lo merecen, se terminará por convertir en bueno al malo. Es más, inspirando demasiada confianza en sus sirvientes, hay quienes solo empeoran las cosas: adquiriendo en casa la costumbre de tratar a su señor con cierta osadía, los criados dejan de ser buenos y acaban por hacerse vagos y gandules.

Según lo expuesto –y en consonancia con lo advertido al hablar sobre la condición de las mujeres–, subráyese cómo a los criados se les debe tratar de tal forma que amen y teman a la vez

¹⁴⁶ El compromiso ético de Paleario encuentra su raíz en el Evangelio, es decir, en: la fe en Dios y el amor al prójimo, esencia básica del cristianismo para Erasmo de Róterdam. Cf. *Ratio seu compendio ad veram theologiam*, LB, V, 105 E.

a su señor. Con todo, puesto que cada nación tiene sus propias tradiciones, debemos ser selectivos con ellas: en algunas costumbres se hallan indicios de gran humildad y se atisban rasgos de cariño y fidelidad, en otras se advierten signos de audacia y de buenas maneras. Y si bien es cierto que hay hábitos en los que se aprecian suma prudencia y comprensión, existen otros asociados a la embriaguez o a la deslealtad, siendo muchas las prácticas que provocan una ira irremediable. De todos modos, ya que los italianos, los franceses, los españoles, los alemanes – y, en resumidas cuentas, todas las naciones– van cambiando sus costumbres y usanzas con el transcurso del tiempo, no quiero aventurarme a decir qué hábitos son mejores o peores. Prefiero callarme: dejo su valoración al juicio de los hombres sabios y de las mujeres discretas.

Por otra parte, téngase presente que, si por casualidad tenemos un pésimo sirviente (algo que sucede en la mayoría de los casos), no debemos golpearlo con un hierro o con un bastón. Sin embargo, si lo hemos comprado, revendámoslo; si se le ha contratado, despídasele y búsquese a otro cuya manera de trabajar nos agrade. Dicho esto, cabe preguntarse: quienes se ensañan con sus criados, ¿qué tipo de atrocidad cometen? ¿Por qué intentan lastimarlos con golpes o con malas palabras¹⁴⁷? En muchos casos a estos hombres les confiamos nuestros bienes, nuestra reputación, nuestra vida y la de nuestros hijos. Colérico, humillado y ofendido, cualquier animal ruin y mezquino siente de inmediato cómo su corazón estalla de ira: sobre esto hay múltiples ejemplos que habrían de servirnos como fuente de aprendizaje. No obstante, nuevamente prefiero callarme, habida cuenta de que dichos ejemplos son desagradables, están llenos de crueldad e ingratitud y en ellos se incluyen hechos traumáticos. Eso sí, adviértase cómo, en mi opinión, es más sano recordar algo que prohibirlo: en el fondo, no hay nada que temer si se respetan

¹⁴⁷ Cassandra habla con pasión y vehemencia sobre la importancia de ser humanos y comprensivos con los siervos, pues hay que “tener compasión de su mala suerte y de su mísera condición”. Este sentimiento de justicia lo mostraría Paleario en su oración *De iustitia*, un planteamiento que resultó ser contrario a la posición de Jenofonte. Para este intelectual griego, al asumirse el cuidado de los criados debía priorizarse la productividad al factor humano. Cf. Jenofonte, *Económico*, VII, 37.

las leyes divinas (lo cual es de obligado cumplimiento). Los hombres que veneran las leyes de Dios son dignos de encomio, como también dignas de alabanza resultan las mujeres que obran de la misma forma: si no se respetasen las leyes divinas, no habría nada bueno en nosotros.

A tenor de lo anterior, cabe apuntar cómo lo primero que debemos hacer es amar a Dios con cierto temor. Ese amor no debe nacer del miedo, sino todo lo contrario: del miedo ha de brotar nuestro amor por Dios¹⁴⁸. Y con más actos que palabras, exclámese y dígase: ¡Venid a mí, hijos míos! Os enseñaré a temer a nuestro Señor: desde la más tierna infancia, id por el buen camino de la moral; en la desconcertante juventud, absteneos de toda clase de vicios; en la edad adulta, no hagáis nada que no sea digno de alabanza; llegados los achaques de la vejez, seguid con júbilo y gran esperanza el estilo de vida de Jesucristo, vivid a imagen de Dios. Al resplandecer esa imagen de Dios en nuestros corazones, la vida de todo progenitor se convierte –tal y como decíais, señora Porzia– en un espejo en el que habrá de mirarse el resto de la familia. Esto es muy efectivo en el caso de los hijos, quienes vivirán de manera adecuada y honrada, no para ser alabados o para lograr mayor renombre, sino para agradarle a Él (al Señor), cuya mente traspasa cada uno de nuestros pensamientos¹⁴⁹. Dios lo ve todo, a él nada se le escapa, nada se le puede esconder: el Señor está en todas partes, ejerce su libre arbitrio y en su mano está el castigarnos con dolor perpetuo o el guiarnos por el camino de la felicidad eterna¹⁵⁰. Por tanto, atenta a estos aspectos, una buena madre debe ser piadosa, cercana y

¹⁴⁸ Cf. Benedetto da Mantova, *Il beneficio di Cristo* (a cura di S. Caponetto), Firenze-Chicago, Sansoni-Newberry Library, 1972 (“Corpus Reformatorum Italicorum”), pp. 78-79.

¹⁴⁹ Dante Alighieri, *Paráiso*, XV, 61-63.

¹⁵⁰ Haciéndose alusión al libre arbitrio, nótese cómo en el texto se afirma la soberanía de Dios. Aunque de forma velada, aparecen algunas expresiones típicas de Boccaccio (cf. Giovanni Boccaccio, *L’elegia di Madonna Fiammetta*, *op. cit.*, pp. 103, 106). Por otro lado, esta parte de la obra parece sacar a la luz un destacado concepto luterano: la consideración del libre arbitrio como un título divino que solo compete a Dios. Cf. Aonio Paleario, *Dell’economia o vero del governo della casa* (testo, introduzione e commento a cura di S. Caponetto), Firenze, Leo S. Olschki Editore, 1983 [1555], p. 94.

mostrarse en sumo grado amorosa con sus hijos. El padre, en cambio, deberá tener un trato más rudo con sus vástagos.

Según estos parámetros, criándolos con alegría, los hijos aprenderán qué significa amar y querer gracias al cariño de su madre. Al mismo tiempo, los hijos se guardarán de seguir el mal camino de la perdición y se abstendrán de toda clase de vicios por temor hacia su padre: respecto de los comportamientos inmorales, resáltese cómo la inconsciencia conduce a los hijos por derroteros indeseables, sobre todo durante la juventud. Con todo, habida cuenta de que el padre se interesará por las principales necesidades de sus conciudadanos, resulta perentorio que la madre se ocupe de velar por los hijos al menos en sus primeros años de vida: así lo hizo Mandana, reina de Persia, durante la infancia de Ciro¹⁵¹; y, de entre los múltiples ejemplos romanos, destaca sobremanera el de la madre de los Gracos¹⁵². Sin embargo, llegada la edad en la que se hacen necesarias otras enseñanzas además de las femeninas, todo sabio padre deberá estar atento y proceder en consecuencia. Se espera que ambos progenitores sean sabedores de la enorme trascendencia de lo descrito, pues, en opinión de los hombres valerosos, pocas obligaciones deben tener los hijos para con su madre y para con su padre si, después de haber nacido y tras probar sus primeros alimentos, no reciben de ellos ningún otro tipo de cuidado. Es más, si no fuesen bien educados por el descuido de unos padres ignorantes, los hijos podrían acabar sintiéndose heridos más pronto que tarde ante la falta de atenciones.

Justo por este motivo, el prudente Licurgo estableció una ley para los espartanos según la cual era necesario que, como instructor de sus herederos, un padre educase correctamente a sus hijos¹⁵³. En caso contrario, el padre era duramente sancionado: además del castigo público, el hijo podía acusar a su propio padre ante los jueces, exponiendo que ni le convenía honrarlo ni tampoco venerarlo en modo alguno. Exento de respetar esas leyes

¹⁵¹ Jenofonte, *Ciropedia*, I, 3,1; I, 4,1.

¹⁵² Se hace referencia a Cornelia (c. 189-110 a. C.), mencionada en el texto con anterioridad.

¹⁵³ En realidad, cabe resaltar que no se trata de una ley de Licurgo, sino de Solón (considerado uno de los siete sabios de Grecia). Cf. Plutarco, *Solón*, XIII, 1.

de la naturaleza y de los pueblos por las que se les exigía a los hijos el cumplimiento de determinadas obligaciones para con sus padres, se lograba entonces la legitimidad de unos hijos que no tendrían que llamar padre a su progenitor, sino que podrían tacharlo de pérfido y bandido. Más aún, al verlo pobre y mendigando, los hijos debían dejar a su padre morir de hambre: ¿Qué más le daba a Dios que el padre hubiese engendrado a su hijo? ¿Qué más le daba a Dios que la madre le hubiese dado el pecho a su retoño? ¿Acaso no hacían lo mismo las fieras? Atendiendo a muchas otras necesidades, resulta de todo punto razonable el mostrarse benévolo, tierno, diligente —o, al menos, piadoso— con los hijos. De esta manera, conscientes de la gran obligación que asumimos, debemos promover con buenas maneras el cultivo de las ciencias humanas, evitando que, por culpa de gritos o de palabras amenazadoras, los hijos terminen odiándolas antes de adentrarse en ellas. Y si bien los hijos tampoco deben tomar el ruin hábito de propinar golpes¹⁵⁴, hemos de cuidarnos igualmente del mimarlos y del complacerlos¹⁵⁵ en demasía: solo así se previene que acaben siendo desobedientes y maleducados.

Por otra parte, es imprescindible que los hijos sean conocedores de Dios y se muestren reverentes con el padre, la madre y sus mayores, con quienes hablarán estando de pie y con la cabeza descubierta según las loables usanzas de los lacedemonios. Amorosos con sus familiares, cercanos con los hermanos, nuestros hijos no deben ser altaneros, no deben comportarse con desdén ni tampoco decir embustes; todo lo contrario: han de ser amables, corteses, enemigos de la mentira, listos y dispuestos a obrar de buena fe, recelosos y desconfiados de todo lo que no se hace bien. A tenor de lo expuesto, dechados de virtudes en la juventud y una vez alcanzada la madurez, los hijos habrán de apoyar al padre y a la madre en la vejez, asistiéndolos ante situaciones de extrema gravedad: será entonces cuando el sosiego y la alegría descansen sobre los hombros de los

¹⁵⁴ Plutarco, *De liberis educandis*, VIII, F.

¹⁵⁵ En el texto original se usa el sintagma “donneschi compiacimenti”, lo que deja entrever hasta qué punto el complacer a los hijos se consideraba una actitud propia y exclusiva de las mujeres.

progenitores. Con todo, como ya advertí, recuérdese la relevancia de que nuestros hijos cultiven los estudios humanísticos, se entreguen al estudio y aprendan buenas maneras. Esto se logrará con suma facilidad si se les educa para que se conviertan en sabios, si se les inculca desde temprana edad el valor de las llamadas artes liberales¹⁵⁶. No hay mejor etapa que la tierna infancia para que todo tome forma¹⁵⁷.

En virtud de lo anterior, se hace indispensable que el padre de los hijos asuma su papel de manera apropiada: dejo a un lado en qué artes y en qué ciencias debe estar versado el progenitor. Sin embargo, quisiera apuntar cómo, llegada una determinada fase vital, no considero apropiado que el hijo esté junto a su madre: en realidad, habrá de estar junto a su padre, de donde, acostumbándose a frecuentar valerosos hombres, el hijo acabará por asumir una virilidad encomiable. Por esta razón, tras haber estado todo el tiempo con su madre Media¹⁵⁸, el sabio rey Cambises le reclamó su hijo a la cónyuge para que, al permanecer por primera vez junto a él, tomase conciencia de la conducta viril y de su real grandeza¹⁵⁹. Queridas señoras, aunque no lo parezca, es importante prestarle atención a este aspecto: si os fijáis, al vivir alejados de sus padres, muchos jóvenes están casi siempre pegados a las faldas de sus madres. Al criarse de esta forma, se comportan igual que ellas: además de los hábitos femeninos, los hijos aprenden a hablar de un modo cautivador, afeminado, se expresan en un tono bajo; las voces se escuchan con retardo, de manera interrumpida. Si no fuera por la barba, todos pensarían que son mujeres: desprovistos de una voz y de unos hábitos acordes al sexo masculino, conviene subrayar cómo los hijos deben aprender las costumbres y el modo de hablar, no tanto de la madre, sino sobre todo del padre y de otros gentilhombres. Sucede al revés con las hijas: estas habrán de fijarse no tanto en

¹⁵⁶ Expresión medieval que alude a las artes cultivadas por personas libres, opuestas a las denominadas “artes serviles” (oficios viles y mecánicos propios de esclavos o criados).

¹⁵⁷ Plutarco, *De liberis educandis*, III, E F.

¹⁵⁸ Se hace referencia a Mandane de Media, cónyuge del rey persa Cambises I. Su hijo era Ciro II el Grande.

¹⁵⁹ Jenofonte, *Ciropedia*, I, 4,25.

el padre, sino especialmente en su madre y en otras mujeres que frecuenten a diario.

De igual forma, es obligación de los padres encontrar a alguien con quien sus hijos aprendan ciencias. En el caso de las madres, en ellas recae el lograr que sus hijas se codeen con granadas compañías: manteniéndolas unidas desde la temprana infancia hasta la indolente juventud, todas ellas habrán de estar a cargo de una maestra respetable. Se les enseñará lo que necesitan: a las indispensables tareas domésticas se sumarán los aprendizajes maternos; por ello creemos que las hijas han de pasar más tiempo con sus madres. En cualquier caso, adviértase cómo (recordamos lo mismo con frecuencia porque, en lo atinente a este punto, se sigue pecando en exceso) tanto el padre como la madre deben escapar de formas de vida censurables e inaceptables: piénsese en las borracheras, en los juegos, en los improprios, en las conversaciones improcedentes y en las múltiples cosas que los hombres hacen con impudicia; de ahí que, como no podía ser de otra manera, veamos monos queriendo imitar los actos de quienes cometen de continuo este tipo de vandalismo¹⁶⁰. Dicho lo cual, queda claro que, al dejar que los niños imiten el comportamiento del padre y las niñas las maneras de la madre, se está dando un ejemplo de crianza a los hijos; pero también se da ejemplo a los sirvientes, quienes siempre se las ingenian para emular a su señor. En relación con este último, hay un proverbio muy certero que dice: “¿Quieres reconocer al patrono? Fíjate en sus sirvientes”¹⁶¹.

Conforme a ese dicho, cabe notar cómo quienes pasan mucho tiempo con otras personas, asumen sin duda alguna sus costumbres e incluso aprenden de ellas hábitos prácticamente idénticos. En vista de ello, resulta necesario que el señor les enseñe a sus sirvientes cómo actuar con delicadeza, cómo llevar una vida sobria y cómo adoptar refinadas costumbres. No hay duda alguna de que un señor prudente y sensato hace que sus criados se comporten con prudencia y sensatez. Pero, dado que ya hemos hablado largo y tendido sobre todo esto, procedo a

¹⁶⁰ En otras palabras, se expresa la existencia de hombres que se comportan como monos.

¹⁶¹ Erasmo de Róterdam, *Adagio* 3463 (*LB*, II, col. 1068): *Qualis bera, tales pedissequae*.

contar lo que quizá estabais esperando oír desde hace un buen rato.

La señora Porzia dijo: –Continuad, os lo ruego. Seguid hablando de lo que os agrada, pues, si bien es cierto que los extensos debates de otras personas suelen causar aburrimiento, el vuestro nos deleita de forma extraordinaria.

La señora Cassandra prosiguió: –Queridas señoras, sois muy amables. Haré lo que me pedís. Resáltese cómo en la antigüedad hubo muchas y variadas formas de ejercer un gobierno. Por ejemplo, los atenienses solían vender los frutos de la cosecha anual conjuntamente, por completo y en cuanto se recogían. Luego, mes a mes, compraban aceite, vino, forraje para las bestias y productos similares. Las cosas se hacían de esta manera para, sirviéndose de sus bienes, asegurarse la obtención de los mayores réditos posibles. Las compras se hacían en función del tiempo y de las características propias de cada época. Sobre este punto, adviértase cómo las lluvias inesperadas, la estación seca, el frío o el calor insoportables no causaban daño alguno si se vendía todo sin demora: aun así, más allá de que fuese o no fértil, se dejaba con toda seguridad la tierra en barbecho. Ahora bien, apúntese cómo ni los anfitriones extranjeros ni ningún ciudadano enemigo podían llevarse ganancias o robar con astucia fruto alguno. Respecto de esos frutos, se consumía de inmediato todo lo que las propias tierras iba ofreciendo; los sirvientes se encargaban de custodiar lo que se compraba con previsión de futuro. Y dado que esta arraigada costumbre les parecía adecuada a todos los atenienses, el sabio Pericles la alabó y la recomendó con vehemencia. Hoy en día, en cambio, pocos son los que la practican: aparte de causar aburrimiento, opino que la existencia de una fecha específica para comprar cada cosa o la necesidad de vender todo conjuntamente causa efectos nocivos y provoca graves daños.

Pese a esto, damos el beneplácito a esta forma de actuación en ciudades como Atenas, habida cuenta de que quizá, en enclaves como este, dicha manera de proceder era óptima y ofrecía sólidas garantías. No obstante, en nuestro caso específico cabe señalar que este *modus operandi* resulta sumamente perjudicial: me satisface más el plan de acción de los persas, quienes conservan los frutos de sus tierras y los venden en su temporada

correspondiente. Dicho lo anterior, esperamos que no se pretenda convertir a las nobles señoras en vendedoras ambulantes o en feriantes: lo acertado es que, eligiendo a un sirviente, le confiemos a él esta tarea; de este modo, sin pasar demasiada vergüenza, las señoras encontrarán una alternativa viable con la que poder llevar a cabo este cometido. Y aunque el ocuparse de los quehaceres domésticos es algo propio de las mujeres, queremos que las señoras lleven las riendas de su hogar sin sentirse por ello a disgusto: en lo atinente a las necesidades de la vida familiar, no se comprará ni venderá nada sin su expreso consentimiento. He ahí la razón por la que, preguntándole de qué se servía para fortalecer a un caballo, un sabio persa respondiese: de “los ojos del Señor” y, “como dijo el Africano, de los vestigios de Dios que hacen fértiles los terrenos”¹⁶². Estas respuestas vienen a expresar cómo ambos aspectos son esenciales para quien ostenta el poder de gobernar y administrar la casa, el cual, también de vez en cuando, habrá de dejarse ver por las tierras (algo que puede hacerse con relativa facilidad y con sumo placer).

¡Y por el amor de Dios! No hay nada mejor que ver cómo, aplacado el impetuoso furor de los vientos huracanados, arriban otros vientos que dispersan las brumas del gélido cielo y derriten la nieve de las altas montañas con ligeros y apacibles soplos de aire. Indicio de la llegada de días serenos, bañada por las lluvias caídas y exteriorizando su imponente riqueza, la tierra firme se reviste con verdes plantas y con mil tipos de flores. Mudos hasta entonces debido al frío extremo del invierno e instalados entre frondosos árboles, los deambulantes pájaros comienzan a cantar canoramente y se les puede escuchar desde todos los rincones del espeso bosque. Se inicia así un feliz periodo estacional en el que uno puede trasladarse a las villas, a las fincas campestres en alegre compañía. Quedándose en ellas con sumo gusto durante algunos días, las sabias mujeres pueden comprender –y, sobre todo, ver– con notable acierto la diligencia de sus sirvientes y en

¹⁶² Aristóteles, *Oeconomicorum* lib. I, 6,3: “Perses, interrogatus, quae res potissimum saginaret equum, respondit: Oculus domini. Et Libyus, quod stercus esset optimum, Domini, inquit, vestigia”. Erasmo de Róterdam hace igualmente referencia a este pasaje al comentar el siguiente proverbio: *Frons occipitio prior*. Cf. Erasmo de Róterdam, *Adagio* 1119 (*LB*, II, cols. 77-78).

qué manera obran sus empleados. Al respecto, subráyese cómo no tiene justificación alguna –y menos en nombre de ningún Dios– el considerar una bajeza tener que obedecer o estar a las órdenes de una mujer¹⁶³.

Por otro lado, a tenor de lo anterior, recuérdese cómo, en los tiempos en los que todas sus virtudes florecían con lozanía, a los grandes hombres romanos nunca les disgustó –qué digo disgustar–, sino que les agradó enormemente cultivar bien la tierra. Asimismo, no mucho después de haber sido convocados por el senado y de llevar la capa colgada al cuello, los romanos regresaban a la ciudad y se vestían de toga; e incluso, poniéndose el sayo¹⁶⁴, los llamados dictadores iban voluntariamente a someter a los pueblos enemigos y a los bárbaros. Se mostraba así al mundo cómo, de ser necesario, y aun estando acostumbrados a la tranquila y reposada vida de Pales¹⁶⁵, los romanos sabían superar y vencer los turbulentos tumultos del sobrehumano Marte¹⁶⁶. Y si realmente es lícito –como, de hecho, lo es– encontrar semejanzas entre, y hallar ejemplos en, aspectos de enorme calado, préstese especial atención a aquellos de cuya gloria hablamos hace poco: son quienes gobiernan y administran con maravilloso y estupendo orden todo lo que vemos ante nuestros ojos. De la belleza y de la estética de ese orden establecido se deriva lo que llamamos mundo, un cosmos donde no debe rehusarse, sino atenderse el más mínimo aspecto con extraordinaria dedicación.

A la luz de estos hechos, ¿por qué ha de considerarse una bajeza el que, llevando las riendas de su hogar, una gentil mujer

¹⁶³ Se percibe un claro influjo del ámbito burgués de Siena, Luca y Florencia. En estos enclaves donde la mayoría de los nobles eran de origen mercantil, no era raro ni constituía una excepción que la mujer se ocupase de la administración de las tierras. Sin embargo, Paleario entra en polémica con respecto a esta cuestión al hablar de cómo había hombres contrarios a recibir órdenes de una mujer.

¹⁶⁴ Concretamente se alude a un manto corto de tela, utilizado por militares de la antigua Roma.

¹⁶⁵ Antigua divinidad romana protectora de la tierra y del ganado.

¹⁶⁶ Además de mencionar a Marte, dios de la guerra y de la virilidad masculina según la mitología romana, esta parte del texto referencia a Cincinato (519 a. C.-430 a. C.): patricio, cónsul, general y dictador romano por orden del senado, fue considerado un claro ejemplo de honradez, integridad y rectitud.

se dedique en algunas ocasiones a la administración de las posesiones familiares? ¿Acaso ninguna de vosotras atisba la enorme agudeza y el gran ingenio presentes en la mente divina y en las pequeñas cosas? Es más, preguntémonos lo siguiente: ¿Por qué hay tanta variedad de plantas? ¿A qué se debe? ¿Por qué hay tantas y tan coloreadas hojas y ramas? ¿Por qué se tiñen las flores de tan alegres colores y nos transmiten tanta suavidad y dulzura? Algunas de esas flores tienen forma alargada; otras son redondas y, con cautivadora belleza, exhiben impresionantes atributos en los bordes de su superficie. Pero, además de eso, ¿por qué, observándose una gran cantidad de similitudes entre ellas, las pequeñas mariposas deambulan tanto por el mundo? Ya sean de color púrpura, doradas, plateadas o de tono verde esmeralda, todas ellas llenan de colorido el universo. ¿Y por qué los errantes pajarillos están cubiertos de tantas y tan variadas plumas? ¿Quién y dónde les enseñan tantos y tan distintos gorjeos rebosantes de melódicas notas? Habida cuenta de la infinidad de aspectos dignos de mención, paso por alto muchas otras cuestiones que podrían ser objeto de debate: dejemos esos temas a quienes, maravillados, consideran tales argumentos de máximo interés.

Por otro lado, si para el todopoderoso Dios no es indecoroso que la mente divina se use con diligencia ni tampoco que se preste atención a las pequeñas cosas, ¿por qué no iba a resultar conveniente que una noble mujer, cuidadora de su hogar, se plantease administrar con mimo los bienes familiares? Que cada cual diga lo que estime oportuno, pero, en mi opinión, se equivoca quien no ve esto con buenos ojos. ¿Alguna de vosotras sabe lo que Lisandro¹⁶⁷ dijo acerca del rey Ciro? Enviado por los atenienses, el embajador Lisandro quedó asombrado de la grandeza y de la magnificencia del rey. Hubo un día en el que se le llevó a un bellissimo jardín que el mismo Ciro había cuidado a conciencia con sus propias manos. Pero, al no saberlo, Lisandro le dijo a Ciro cómo, además de quedarse atónito ante tan bellas plantas, le había causado mayor asombro su real grandeza. Lisandro quedose perplejo al apreciar cómo este hombre era capaz de supervisar cualquier cosa con minuciosidad, de muy buenas formas y en perfecto orden. A lo que, riéndose, Ciro

¹⁶⁷ Notorio político y general griego.

apostilló: “¿Y qué dirías si todo lo que ves aquí fuera obra de estas manos?” Estupefacto, Lisandro alzó la voz y le dijo: “Creo que te mereces tu felicidad, Ciro, pues eres feliz por ser un hombre bueno”¹⁶⁸.

En virtud de lo dicho, todo aquel que censure el que las mujeres se ocupen del cuidado de una finca estará cometiendo en realidad el mayor error del mundo. ¿Pero qué deben hacer esas mujeres? Llegada a la casa de campo, donde tendrá a un servidor de confianza, la señora deberá enterarse de qué actividades están llevando a cabo sus trabajadores; también habrá de interesarse por el estado de los animales y tendrá que comprobar si las tierras, los olivos, las vides y los jardines están en buenas condiciones y se han cultivado de forma adecuada. Corriendo el fresco del amanecer o del atardecer, habrá de caminar por el césped y cerciorarse de si se puede regar con las aguas de algún río cercano. Además, habrá de estar atenta a esas colinas que, iluminadas por el sol durante todo el día, están abundantemente pobladas de ciruelos rojos y de perales silvestres cuyos frutos son idóneos para la elaboración de excelentes y refinados vinos. Resultará asimismo fundamental corroborar qué zona de la finca se sumerge menos bajo el agua, qué parte es menos arenosa y cuál más untuosa, dónde podrían crecer con fuerza los yezgos, los tréboles, las malvas y las grandes zarzamoras: al valorarse todo esto, se tendrá igualmente la capacidad de juzgar qué suelo es apto para cultivar trigo, habas y cebada. También se debería determinar qué tierra es más productiva y dispone de un río o de una fuente cercana: en ese terreno podrían establecerse huertos que darían buenas cosechas durante todo el año y que incluso proporcionarían un significativo sustento para la vida doméstica (la familia viviría con total comodidad sin tener que incurrir en muchos gastos).

Por otro lado, nótese cómo de igual forma se hace imperioso sembrar centeno, arvejas, almortas, yeros y linazas en terrenos bastante secos, pero no arcillosos. Sin embargo, en tierras menos secas habrá de cultivarse avena, escanda, lupino, judías y rábanos. En los terrenos más áridos, pero donde aún es posible labrar la tierra, plántense garbanzos. En las zonas más cálidas y delicadas,

¹⁶⁸ Jenofonte, *Económico*, IV, 20-25.

cultívense lentejas. Si la untuosidad de la tierra es tal que arruina las cosechas, siémbrese cáñamo; si, en cambio, el suelo es pantanoso, cultívense sorgo o mijo. Si el terreno casualmente se encontrase cerca de un río y estuviese compuesto por una mezcla de arenas, siémbrese en él –y en temporada– hierbas altas: no hay plantas herbáceas más idóneas que estas para la decoración y el diseño de jardines y pérgolas, en cuyos laterales resulta de sumo provecho y de gran utilidad el que se entrelacen rosas, romero, mirto y jazmines. Además, para los olivos, los almendros, las higueras, los cerezos y los ciruelos habrán de reservarse aquellas partes del terreno donde, cubiertas de piedras, aún sea posible trabajar la tierra. Donde no haya piedras y la tierra sea arcillosa, cultívense manzanos, perales, nogales, serbales u otras especies de árboles frutales semejantes. En las costas y en las orillas de algunas playas, plántense avellanos, nísperos, membrilleros, granados u otros arbustos similares y agradables de ver a mediodía –como sucede con los castaños y con las moreras al atardecer–. Y allá donde las aguas de los arroyos o de los ríos representen un obstáculo, cultívense sauces, orones u otros árboles parecidos y capaces de adaptarse a las necesidades del emplazamiento.

De igual modo, subráyese cómo en las zonas boscosas resulta más sencillo el crecimiento de encinas, robles y hayas, árboles que siempre han dado cobijo a hombres y animales; de otra parte, tampoco se dude en recurrir al empleo de carpes y lentiscos, óptimos para usar con fuego. Y dicho esto, apúntese asimismo cómo la parte oeste y norte de una finca habrá de reservarse para arboledas y zonas de ocio estivo, áreas donde ahogar el tedio de la mayoría de las personas. Bañada por el sol a mediodía, la parte este de la finca habrá de acondicionarse en consecuencia, instalándose para ello una pérgola cubierta de plantas enredaderas: de esta manera, además de los frutos extraídos durante el crudo invierno, se podrá aprovechar este lugar para pasear y para tomar el sol¹⁶⁹. Pero ¿por qué os estoy dando

¹⁶⁹ De inspiración geórgica, el fragmento refleja el amor de Paleario por el campo. Este tema fue uno de los intereses literarios propios del siglo XVI; de hecho, a raíz de la tradición virgiliana, se encuentran numerosos ejemplos de poesía y de prosa didáctica centrados en el entorno campestre: *Le api* de

tantísimos detalles? ¿Para qué me molesto? Si hoy me tuviera que poner a explicaros cómo cultivar los campos, nuestro debate no tendría fin. De ahí que, llegadas aquí, me centre ahora en mostrar brevemente a las nobles mujeres cuáles son sus cometidos: sobre lo expuesto hace un momento se ha escrito mucho tanto en idiomas extranjeros como en nuestra propia lengua; es más, de entre los múltiples escritores que abordaron el tema, uno de los primeros fue el señor Pietro Crescenzo¹⁷⁰.

A tal respecto, adviértase cómo, al igual que resulta sencillo encontrar trabajadores expertos en tareas agrícolas –quienes nos ayudarán a comprender innumerables cosas–, no hay ninguna otra ciencia más simple que la del campo. A diferencia de otras disciplinas, el aprendizaje de las faenas agrícolas no requiere de mucho tiempo para disfrutar de los resultados finales: se aprende de los demás, fijándose en los entendidos en la materia, curtiéndose a base de pruebas y saboreando los réditos de consagrarse a esta actividad. Y a pesar de que todas las artes y ciencias consideran más valiosos a esos hombres que saben guardar en secreto las cosas más bellas y dignas de conocimiento (aunque luego no quieran ni enseñarlas), téngase presente cómo en el campo sucede justamente lo contrario: el buen trabajador se regocija al mostrarle a todo el mundo cuán espléndidos son los frutos de su esfuerzo. Visto el rendimiento, se le preguntará cómo y en qué momento ha logrado algo así, a lo que el trabajador responderá con alegría y de buena gana¹⁷¹. Por tanto, retomando lo que habíamos dicho, conclúyase lo siguiente: habiéndoseles dado con sumo gusto a los labriegos un respiro en marzo, en abril, a veces en mayo (o incluso en el placentero otoño, esto es, en septiembre u octubre), se les podrá llevar a las fincas en compañía de una feliz brigada, donde, instalados, no habrá momento alguno en que no tengan algo que hacer.

Rucellai, el *Podere* de Tansillo, *Della coltivazione* de Alamanni y *Delle lodi e della coltivazione degli ulivi* de Vettori.

¹⁷⁰ Pietro de' Crescenzi (1230-1320, aprox.) escribió *Ruralium commodorum libri XII*, traducido a la lengua vernácula por un toscano anónimo del siglo XIV e impreso por primera vez en 1478. Paleario hace referencia a esta traducción bajo el convencimiento de que se trata del texto original.

¹⁷¹ Jenofonte, *Económico*, XV, 10-13.

En las villas se podrá contemplar la hermosa disposición de los árboles: ¿Acaso hay mayor placer que el de comprobar cómo, por medio de nuestros cuidados, dichos árboles rebosan de exquisitas frutas? Piénsese incluso en esas ramas que, vencidas por el peso, parecieran reclamar ayuda: ¿Acaso hay algo más placentero y bonito que auxiliarlas para evitar que perezcan? Luego, al mirarlas, podrás constatar cómo, a resultas de tus atenciones, esas ramas se acaban apoyando en algún listón de madera. Parecieran darte así las gracias, pues, ¿acaso sabrían o podrían dártelas de otra manera mejor? Esta clase de deleite estremece la delicadeza y la dulzura de quienes lo experimentan: ¿Hay angustia o dolor alguno que este estado de satisfacción no pueda aplacar? ¿Hay algo que sea incapaz de erradicar por completo? Es más, a tenor de lo dispuesto, ¿habrá alguien que realmente quiera permanecer todo el año en la ciudad? Llegada la extraordinaria primavera, después de haber estado encerrados en casa durante el crudo invierno, ¿habrá alguien que no desee estar al aire libre? ¿Habrá alguien que no quiera ver los alegres campos repletos de espléndidas plantas, violetas, rosas, lirios, narcisos y muchos otros tipos de flores? En la tranquilidad de la noche, ¿habrá alguien que no quiera admirar las estrellas del octavo cielo¹⁷², donde se mezclan los suaves y melódicos gorjeos de errantes pajarillos? ¿Acaso habrá alguien que, en vez de estos cantos, prefiera los sonidos que emanan de esos instrumentos artificiales cuyo eco retumba en los amplios salones de las ricas ciudades?

Dada su infinidad, dejaré a un lado el resto de diversiones y placeres ofrecidos por las villas campestres, pues todo valeroso griego, romano o toscano ha podido advertirlo con plena convicción¹⁷³. En lo atinente a este punto, tengo la absoluta certeza de que, si el hombre comienza a deleitarse con las actividades campestres, al sentir tanto gozo y tal tranquilidad, terminará dirigiendo sus esfuerzos a gritarle a la esposa, a quien

¹⁷² Recuérdese cómo, según Dante Alighieri, en el Paraíso hay varios tipos de “cielo”: el octavo sería el cielo de las estrellas fijas.

¹⁷³ Se alude a la larga tradición de la poesía geórgica (desde el periodo grecolatino hasta la época del texto). Lo mismo se advierte en: Erasmo de Róterdam, *Christiani matrimonii, op. cit.*, LB, V, col. 662 A C.

pedirá que se vaya de la finca y regrese de inmediato a la ciudad. En consecuencia, los hombres no querrán que nos quedemos en el campo por mucho tiempo, sino simplemente unos días en primavera u otoño. Ahora bien, apasionadas por este estilo de vida y entregadas sin reservas a este *modus vivendi*, hay también mujeres que sienten repulsión por la ciudad y viven casi todo el año en el campo: esto supone un serio inconveniente, ya que nuestros mayores pensamientos deben estar y radicar en la ciudad¹⁷⁴.

Sea como fuere, habrá de ponerse asimismo en práctica la sana costumbre de no asumir únicamente el buen cuidado de la familia, sino también –si nuestros ingresos nos lo permiten– de construir una bonita vivienda. En caso de que ya dispongamos de un inmueble, pero este nos resulte poco cómodo, será esencial acondicionarlo de forma conveniente: de este modo, restaurado debidamente, la familia podrá vivir en él sin problema alguno. A la hora de hacer obras, téngase en cuenta la trascendencia de que nuestro hogar tenga una planta bastante alargada. Además, una parte de la casa habrá de estar orientada hacia el norte; la otra, hacia el sur. Si se atiende a esta metodología de construcción, la casa se refrescará con suaves vientos de noroeste. Respecto del sol, al salir por el este, poco importará que ascienda demasiado en verano: dada la disposición de la vivienda, no representará un obstáculo. En invierno, en cambio, al mantener una posición baja, el sol calentará buena parte del inmueble con sus rayos. De ahí que, en virtud de lo anterior, no quepa duda alguna de que la configuración de la casa es primordial: al escudarse en la sombra durante el verano, el inmueble estará fresco; al acondicionarse para afrontar los rigores del invierno, la vivienda permanecerá caliente. Aun así, por lo que se refiere a la construcción de la casa, apúntese cómo resulta imperioso levantar los cimientos y construir las bóvedas de la vivienda con paredes muy gruesas: de esta manera se asegura la solidez del inmueble y la buena conservación de vinos en lugares frescos. Por otra parte, cabe

¹⁷⁴ Este comentario es sumamente interesante desde el punto de vista de la refeudalización, un proceso histórico de enorme calado acaecido en Europa a partir de la crisis del siglo XIV. Tal y como se reconoce más adelante, para Paleario la ciudad era el centro impulsor de la vida social y política.

resaltar cómo las ventanas de la bodega deberán estar orientadas al norte; sin embargo, el espacio reservado para guardar el forraje u otras cosas similares se construirá en lo más alto de la casa y deberá estar provisto de muchos y grandes ventanales que reciban aire del norte y oeste¹⁷⁵.

Y puesto que quizá alguien podría decirme que todas estas consideraciones se escapan al alcance de las mujeres, quisiera advertir la necesidad de que las nobles señoras no osen actuar por su cuenta y sin atender a sus esposos. Es más, si se percatan de que hay algún desperfecto en casa, las mujeres, estando junto a sus maridos, deberán recordarles y decirles lo que han de hacer para que se pueda vivir cómodamente en el inmueble. Y como dijimos antes, aunque pase algunos días en el campo, lo más apropiado para toda sabia mujer es regresar pronto a la ciudad y, una vez allí, ocuparse del cuidado de la casa y, en especial, de los hijos. A tal respecto, señálese cómo, a fin de criarlos de forma adecuada, es necesario que los niños permanezcan en la ciudad: en este lugar frecuentarán valientes hombres y personas nobles y educadas de las que aprenderán buenas y loables maneras de vivir. Con todo, como mencionamos al inicio del debate, también los gentilhombres tienen mucho que hacer en la ciudad, de donde conviene que la mujer se quede en la urbe y entregue su vida al servicio del marido y de los hijos.

Al anteponer las necesidades del marido y de los hijos, la mujer se percatará de cómo su esposo es tratado de manera honorable por sus conciudadanos (lo que, a su vez, redundará en un incremento de sus dotes como esposa). Visto lo cual, si la cónyuge es querida por su marido, amada por sus hijos, respetada por sus sirvientes, ¿acaso puede haber mujer máspreciada que ella? Esa mujer será testigo de cómo el marido está orgulloso de haber tenido hijos con ella; constatará que su esposo aprecia sumamente el que sus hijos se hayan criado con éxito, fruto, por otra parte, de la meticulosidad de la esposa en el cuidado y en la atención de la familia. El marido estará encantado de comprobar cómo su patrimonio ha sido bien gestionado e incluso ha

¹⁷⁵ Perteneciente a la pequeña burguesía, Paleario considera que debía aspirarse a tener una casa cómoda y funcional; en otras palabras, un hogar que satisficiera las necesidades familiares.

aumentado. De ahí que, en relación con su mujer, más que amarla, el hombre acabe por adorarla.

Pero además de lo expuesto, la mujer también advertirá cómo sus hijos serán honrados y apreciados por sus virtudes y por su dignidad. Por consiguiente, recibiendo en casa a ciudadanos de renombre, los invitados terminarán por mostrarle a esta dama su amabilidad. Las atenciones de estos gentilhombres para con ella en verdad emularán su propia conducta, habida cuenta de que en la actitud servicial de esta mujer radica la clave del éxito de sus hijos. Por otro lado, con gran cantidad de fruta y gracias al buen cultivo de las tierras, esta mujer verá de igual modo cómo llegan a la ciudad esos hombres que trabajaron duro en el campo: estos labriegos le rendirán tributo al haberse obtenido sendos beneficios de la cosecha. Y a medida que la edad avanza, llegadas a la vejez, estas mujeres observarán con complacencia que se han ganado el respeto y la admiración de sus conciudadanos y conciudadanas, quienes las tratarán, ya no como sujetos humanos, sino como seres divinos: al final de sus días, estas mujeres percibirán cómo sus maneras, sus actos y, en definitiva, toda su vida se convierten en un ejemplo para las jóvenes discretas que llegan al mundo tras ellas. Estas mujeres podrán morir entonces tranquilas: los hombres honorables, aquellos que escriben sobre los múltiples aspectos de una vida loable y recta, no podrán acallar las proezas de estas mujeres cuando su noble espíritu se haya separado de sus delicados cuerpos. Más bien al contrario: al hacerse referencia en múltiples contextos a la encomiable capacidad de estas mujeres para consagrarse al gobierno de la casa, los ilustres gentilhombres lograrán –como solo ellos saben– que el virtuoso desempeño de estas mujeres perdure en la eternidad. Por tanto, conforme a lo expuesto, cabe preguntarse: ¿Puede alguien considerar que estas mujeres no son un magnífico modelo de vida? ¿Puede alguien no considerarlas felices y benditas? (suponiendo que, de bendito, haya algo en este mundo).

Así concluyó la señora Cassandra justo cuando todo el cielo se cubrió de nubes negras; prácticamente había caído la noche. En vista del mal tiempo, todas las mujeres se percataron de que estaba a punto de desatarse una tormenta. Dejando de mutuo acuerdo sus puestos, las mujeres fueron a la búsqueda de esos gentilhombres con quienes habían estado en un primer momento:

poniendo la mirada en el cielo, ninguno de ellos pudo reprimir su indignación. Tratando de huir de la feroz tormenta –si es que llegaban a tiempo–, se fueron todos juntos de allí. Se dirigieron sin demora al castillo, conscientes de que la fortaleza estaba muy cerca.

Laus Deo Semper
Laus Deo Semper
